

NO
DAD AUT
CIÓN GEN

AM
MADENUEV
DE BIBLIOTE

ATAWA

REVE

E02205

273

NOMIA

RALD

45915

01073A



1080022109



EX LIBRIS

HEMETHERI VALVERDE TELLEZ

Episcopi Legionensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIENESTAR SOCIAL



ATALA.

RENÉ.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



ATALA.

RENÉ.

Por Fr.-A. DE CHATEAUBRIAND.

Traducción hecha libremente del
francés al español.

Por Don TORQUATO TORIO DE



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Capilla Alfonso

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BURDEQUE

1819 - 46965

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tellez

PQ2205

A73



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

ATALA,

6

LOS AMORES
DE DOS SALVAGES
EN EL DESIERTO.

PROLOGO.

Posixia antiguamente la Francia en la América septentrional un vasto imperio, que se extendia desde el Labrador hasta las Floridas, y desde las orillas del Atlántico hasta los mas distantes lagos del alto Canadá.

Dividen estas inmensas regiones cuatro caudalosos rios que tenian su origen en las mismas montañas, y son el de S. Lorenzo, que se pierde al Este en

610753

el golfo de su nombre; el Oeste, que lleva sus aguas á mares desconocidos; el Borbon, que se precipita de mediodia á norte en la bahia de Hudson; y el Meschacebe (1), que desagua de norte á mediodia en el golfo de Méjico.

Este último rio en un espacio de mas de mil leguas riega el delicioso pais llamado el nuevo Eden por los habitantes de los Estados unidos, y á quien los franceses diéron el dulce nombre de Luisiana. El Missouri, el Illinés, el Akanza, el Ochlo, el Whache y el Tenaso, tributarios del Meschacebe, lo engruesan consucieno, y lo fertilizan con sus aguas. Cuando llegan á hincharse estos rios con las lluvias del invierno, y arrastran las tempestades pedazos enteros de bosques, junta el tiempo en todos los ma-

(1) Verdadero nombre del Missisipi ó Meschasiipi.

nantiales los árboles arrancados; los enlaza, los cimenta con lodo, planta allí arbolitos, y echa los fundamentos de su obra sobre las aguas. Arrastradas de las espumosas ondas estas balsas, bajan por todas partes al Meschacebe. Se apodera de ellas el antiguo rio, y las arroja á su embocadura para formar un nuevo brazo. A intervalos levanta su grande voz cuando baña las faldas de los montes, y esparce sus aguas por las columnatas de los bosques, y por los sepulcrales pirámides de los indios: este es el Nilo de los desiertos. Pero la gracia anda siempre unida á la magnificencia en las escenas de la naturaleza; y mientras que la corriente del medio conduce al mar los cadáveres de los pinos y encinas, se ven á lo largo de las orillas de las dos corrientes laterales unas islas flotantes de alfonsigos y de nenufares,

cuyas amarillas flores se levantan como unos pequeños pabellones. Sérpientes verdes, garzas reales azules, rosas flamencas y coccodrilos pequeños se embarcan en estos navíos de flores; y desplegando al viento esta colonia sus doradas velas, llega durmiendo á un brazo de mar retirado del río.

Las dos orillas del Meschacebe presentan el cuadro mas extraordinario. Sobre el borde occidental se pierden de vista las llanuras; y cuando se alejan sus verdes ondas, parece suben al azulado cielo donde desaparecen. Por estas inmensas praderías se ven pasar rebaños de tres ó cuatro mil búfalos salvages. Algunas veces un bisonte cargado de años, atravesando á nado las ondas, se viene á echar en medio de las altas yerbas en una isla del Meschacebe. Al ver su frente adornada de dos puntas, y su larga barba llena de

cieno, lo tendria por el dios bramador del río, que echa con satisfacion una ojeada sobre la grandeza de sus ondas y la salvage abundancia de sus orillas.

Tal es la escena que presenta el borde occidental; pero se muda de repente en la orilla opuesta, que forma con la primera un admirable contraste. Detenidos sobre la corriente de las ondas; amontonados sobre las peñas y montañas, y esparcidos por los valles varios árboles de todas figuras, colores y perfumes, se mezclan, erocen juntos, y suben por los aires hasta perderse de vista. Las cepas silvestres, las bignonias, y los coloquintidas se enlazan al pié de estos árboles; escalan sus ramas; trepan hasta la estremidad de ellas; se enlazan desde el acebuche al tulipan, y desde el tulipan á la malva, formando mil grutas, mil bóvedas y

mil pórticos. Sucede con frecuencia que pasando de un árbol á otro estas enredaderas, atraviesan brazos de rios sobre los cuales forman puentes y arcos de flores. Desde el seno de estos macizos bálsamos levanta su cono inmóvil la soberbia magnolia, que sobrepujando con sus anchas rosas blancas, domina todo el bosque sin tener mas rival que la palma, que mueve ligeramente junto á ella sus verdes albanicos.

Una multitud de animales colocados por la mano del Criador en estos hermosos retiros, distribuyen en ellos el encanto y la vida. Al último de la arboleada se perciben osos embriagados con racimos que se bambolean en las ramas de los olmos; una multitud de castores bañandose en un lago; ardillas negras jugueteando en la espesura de las hojas; pájaros burlones; palomas

virginianas, del tamaño de un gorrión, bajando sobre las yerbas sembradas de fresas; papagayos verdes con la cabeza amarilla; cotorras purpúreas, y cardenales de fuego encaramandose y circulando por lo alto de los cipreses; resplandecientes colibris sobre el jazmín de las floridas, y culebras pajarreras silbando, colgadas de las cimas de los árboles, y meciéndose en ellas como lianas (1).

Si de la otra parte del rio se nota un gran silencio y reposo, aquí por el contrario, todo es movimiento y murmullo; ya se oyen picotazos de aves en los troncos de las encinas; ya el ruido de los animales que van paciendo y rompiendo entre sus dientes los huesos de las frutas; y ya el zumbido de las ondas, sus débiles gemidos, bra-

(1) Enredaderas de América.

midos sordos, y unos dulces arrullos que llenan los desiertos de una tierna y suave armonía. Pero cuando una brisa anima todas estas soledades, pone en movimiento todos estos cuerpos flotantes; mezcla en todas estas masas los colores blancos, azules, verdes y rosados, y reúne todos los murmullos: entónces salen tales ruidos del fondo de los bosques, y se presentan á la vista tales objetos, que en vano intentaríamos explicarlos á los que no han pisado aquellos primitivos campos de la naturaleza.

Después del descubrimiento del Meschacébe por el P. Hennepin, y por el desgraciado La Salle, los primeros franceses que se establecieron en Biloxi y en la Nueva Orleans, hicieron alianza con los Natches, nación india, cuyo poder era formidable en aquellos países. Las injusticias parti-

culares, la venganza, el amor y todas las pasiones ensangrentaron en lo sucesivo la tierra de la hospitalidad. Había entre aquellos salvages un viejo llamado Chaetas (1), que por su edad, sabiduría y prudencia en las cosas de la vida, era el amor y el patriarca de los desiertos. Había adquirido la virtud á costa de desgracias como algunos otros hombres. No solo llenó los bosques de sus infortunios, sino que le siguieron hasta las costas de Francia. Detenido en las galeras de Marsella por una cruel injusticia, restituido á su libertad, y presentado á la corte de Luis XIV, habia tratado á todos los hombres grandes de aquel siglo, asistido á las fiestas de Versalles, á las tragedias de Racine, á las oraciones fúnebres de Bossuet: en una palabra,

(1) Foz armoniosa.

este salvaje había contemplado allí la sociedad en sus mas alto grado de esplendor.

Despues de muchos años, restituido Chactas al seno de su patria disfrutaba en ella una completa tranquilidad. Sin embargo el cielo le vendió caro este favor, porque el pobre viejo perdió la vista. Una muchacha era la que le acompañaba en la soledad, al modo que Antigono guiaba los pasos de Edipo sobre el Cyteron, ó como Malvina conducia á Ossian al sepulcro de sus padres.

No obstante las muchas injusticias que Chactas había experimentado de los franceses, los amaba. Se acordaba siempre de Fenelon, en cuya casa había estado hospedado; deseaba servir en algo á los compatriotas de este hombre virtuoso, y se le presentó para ello una ocasion favorable. En el año

de 1725, un francés llamado René, combatido de pasiones y desgracias, llegó á la Luisiana; subió el Meschacébe hasta el Natchez, donde solicitó plaza de soldado de esta nacion. Despues de haberle examinado Chactas, y visto su firme resolución, le adoptó por hijo, y le casó con una india llamada Celuta. A poco tiempo de este matrimonio se dispusieron los salvages para la grande caza del Castor.

Chactas, aunque ciego, estaba nombrado por el consejo de los *Sachems* (1) para mandar esta partida, á causa del respeto que profesaban á su nombre los pueblos del desierto. Comienzan las oraciones y ayunos: los truanes interpretan los sueños: se consultan los manitus: se hacen sacrificios de tabaco: se quemian tiras de lengua

(1) Ancianos ó consejeros.

do danta : se examina si salta la llama para descubrir la voluntad de los genios ; y salen finalmente despues de haber comido el perro sagrado. René es uno de la comitiva : con el auxilio de las contramareas suben las piraguas el Meschacebe, y entran en la madre del Ocho. Era el tiempo de otoño. Se descubren á los asombrados ojos del jóven francés los magnificos desiertos del Kentuki. Una noche, á la claridad de la luna, mientras que todos los salvages estaban dormidos en el fondo de sus piraguas, y hogaha su flota á impulsos de una ligera brisa, estando René solo con Chaetas, le suplicó que le contase sus aventuras. Consiente en ello el viejo, y sentándose sobre la popa de la piragua, le habla de este modo en medio de las ondas y de toda la soledad.

RELACION.

LOS CAZADORES.

Por un destino particular, mi querido hijo, nos vemos reunidos en el desierto. Yo veo en tí un hombre civilizado que se hizo salvage ; y tú ves en mi un hombre salvage, á quien el grande espíritu, sin duda por sus designios, ha querido civilizar. Puestos ámbos en la carrera de la vida por dos extremos opuestos, has venido tú á ocupar mi lugar, y yo á sentarme en el tuyo. Por lo mismo parece que tuvimos objetos y miras totalmente diferentes. ¿ Quien de los dos ha ganado ó perdido mas en esta mudanza de posicion ? eso está solamente reservado á los espíritus, de los cuales el menos sabio excede á todos los hombres juntos.

» Para la inmediata luna de las flores (1) se cumplirán siete veces diez nieves y tres nieves mas (2) que me echó al mundo mi madre á las orillas del Meschacebe. Poco tiempo hacia que los españoles se habian establecido en la bahía de Panzacola; pero aun no habia blanco alguno en la Luisiana. Apenas contaba yo diez y siete caídas de hojas, cuando con mi padre el guerrero Outalissi marché contra los muscogulgos, nacion poderosa de las Floridas. Nos juntámos con los españoles, nuestros aliados, y se dió el combate en una de las puntas de la Mobila. Areskoui (3) y los manitus no nos fueron favorables. Triunfaron los enemigos, y perdió mi padre la vida en la batalla, quedando yo con dos he-

(1) El mes de Mayo.

(2) Una nieve por año, ó 73 años.

(3) Dias de la guerra.

ridas. ¡Ah! ¡que no hubiera yo bajado entónces al pais de las almas (1)! á lo menos hubiera evitado las desgracias que me aguardaban sobre la tierra. Pero los espíritus lo dispusieron de otro modo, y los fugitivos me llevaron á S. Agustin.

» En esta ciudad edificada nuevamente por los Españoles, estave á punto de ser llevado á las minas de Méjico, á no ser por un castellano viejo, llamado Lopez, que prendado de mi juventud y sencillez me ofreció un asilo presentandome á una hermana suya, con la que vivia sin esposa.

» Esta digna hermandad practicó conmigo los mas tiernos sentimientos: me educaron con todo cuidado, y me pusieron toda clase de maestros. Pero despues de haber pasado treinta lunas

(1) Los infernos.

en S. Agustín, empecé á disgustarme de la vida social : me iba estenuando visiblemente ; horas enteras me quedaba á veces inmóvil, contemplando la cima de los lejanos bosques : en otras ocasiones me hallaban sentado á la orilla de un río, que con tristeza veía correr, figurandome los bosques que habría bañado ; y mi alma se hallaba enteramente en la soledad.

» No pudiendo ya resistir mas al vehemente deseo que tenia de volver al desierto, me presenté una mañana á Lopez con mi vestido de salvaje, teniendo en una mano el arco con mis flechas, y en la otra mi vestido europeo ; ámbos los presenté á mi generoso protector, á cuyos pies me postre llorando. Pronunciaba contra mí mismo nombres odiosos, y le confesé mi ingratitude ; por fin le dije : ¡ O padre mio ! bien conoces que me muero si

no vuelvo á la vida errante del indio.

» Admirado Lopez de la determinación, quiso apartarme de ella, representandome los peligros á que me exponia cayendo en manos de los muscogulos. Pero viendome resuelto á pasar por todo, deshaciendose en lágrimas, y estrechandome entre sus brazos, me dijo : « Vete enhorabuena, » magnánimo hijo de la naturaleza ; » toma de nuevo esa preciosa independencia del hombre, que no te ha » quitado Lopez : yo mismo, si fuese » mas jóven, te acompañaria al desierto á que tengo tambien mucha » inclinacion, y te restituiria á los » brazos de tu madre. Cuando te halles » en tus bosques, acuerdate alguna vez » de este viejo español que te fran- » queó la hospitalidad, y ten presente » para encaminarte al amor de tus semejantes, que la primera experien-

« cía que hiciste del corazón humano
 « ha sido toda en su favor. » Dió Lopez fin á sus consejos con una oracion al Dios de los cristianos, cuyo culto no quise abrazar, y nos despedimos con sollozos.

« No tardé en experimentar el castigo de mi ingratitud. Mi poca experiencia me extravió en los bosques, donde me sorprendió una partida de muscogulos y siminolos, como Lopez me lo habia pronosticado. Por el vestido y plumas de mi cabeza conocieron que era natche. Me echaron una cadena, aunque ligera, á causa de mi juventud. Simaghan, jefe de la partida, quiso saber mi nombre, y le respondí: *Yo me llamo Chactas, hijo de Outalissi, hijo de Miscou, que han quitado mas de cien cabelleras á los héroes muscogulos.* A lo cual me contestó Simaghan: *Chactas, hijo de*

Outalissi, hijo de Miscou, alegrate, pues serás quemado en una grande poblacion. Está muy bien, le dije, y entoné mi cancion de difunto.

« Sin embargo de hallarme prisionero, no dejaba de admirar á mis enemigos en los primeros dias. El muscogulgo, ó mas bien el siminolo su aliado, respira alegría, amor y contento. Su paso es ligero, su trato franco y sereno: habla mucho y con velocidad, y su lenguaje es armonioso y fácil: ni aun la edad puede quitar á los antiguos esta placentera sencillez; y á imitacion de las ayes viejas del desierto, mezclan sus canciones antiguas con las nuevas gracias de su jóven posteridad.

« Las mugeres que acompañaban á la tropa manifestaban una amable curiosidad, y una tierna compasion de mi juventud: me hacian varias pre-

guntas acerca de mi madre y de los primeros dias de mi vida : querian saber si colgaba mi cuna de musgo en las floridas ramas de los acebuches, y si me mecian en ella las brisas junto á los nidos de los pajaritos. En seguida me hacian otras varias preguntas sobre el estado de mi corazon, y me decian si habia visto en mis sueños alguna cierva blanca, si los árboles del valle secreto me habian aconsejado amar. Respondia yo con sinceridad á las madres, á las jóvenes y á las casadas, diciéndolas : *Vosotros sois las gracias del dia, y os estima la noche como el rocío : sale el hombre de vuestro seno para colgarse de vuestro pecho, y de vuestra boca, y tenéis palabras mágicas que adormecen todos los dolores. Esto es lo que me dijo la que me parió, y no me volverá á ver jamás. También me dijo que las vírgenes*

eran unas flores misteriosas que se hallan en los parages solitarios.

Estas alabanzas daban mucho gusto á las mugeres que me colmaban de toda especie de regalos, me traian crema de nuez, azúcar de acebuche, sagamita (1), pernils de oso, pieles de castor, conchas para adornarme, y musgo para la cama. Cantaban y reian conmigo, y en seguida se echaban á llorar al acordarse que habia de ser quemado.

Estaba sentado una noche junto á la hoguera del bosque con el guerrero encargado de mi custodia, cuando oigo de repente sobre la yerba el ruido del vestido de una muger medio tapada, que vino á sentarse á mi lado : lloraba esta, y se le veia en su pecho un pequeño crucifijo de oro, que brillaba

(1) Una especie de pasta.

á la luz del fuego : era bastantemente hermosa , y se notaba en su cara un no sé que virtuoso y apasionado , á cuyo atractivo no se podía resistir. Añadía á esto las mas tiernas gracias : manifestaba en sus miradas una estrema sensibilidad unida á una profunda melancolia , y su sonrisa era celestial.

» Creí era la *virgen de los últimos amores* ; esto es , aquella virgen que se envia á los prisioneros de guerra para encantar su tumba. En esta inteligencia la dije tartamudeando , y con una turbacion que sin embargo no provenia del miedo de la hoguera : *¡Virgen! vos sois digna de los primeros amores , y no sois hecha para los últimos. Las palpitaciones de un corazon que va á morir pronto , corresponderán mal á las agitaciones del vuestro. ¿ Como es posible mezclar la muerte con la vida? ¡ En verdad que me la hariais dema-*

siadamente sensible! ¡ sea otro el que disfrute esta dicha , y el que con dilatados abrazos úna á la encina macho con la enredadera!

» A esto me contestó la jóven , diciendo : *No soy la virgen de los últimos amores. ¿ Eres tú cristiano ?* Respondíla que jamas habia dejado los espiritus de mi cabaña. A estas palabras hizo la virgen un movimiento involuntario , y me dijo : *Te tengo lástima porque no eres sino un mal idólatra. Mi madre me hizo cristiana : me llamo Atala , hija de Simaghan , el de los braceletes de oro , y jefe de los guerreros de esta tropa. Nos vamos á Apalachucla donde serás quemado ;* y al decir esto , se levantó y marchó.

» Aquí se vió precisado Chaetas á interrumpir su relacion : se presentaron á su alma una multitud de ideas : salian de sus cerrados ojos dos manan-

tiales de lágrimas, que regaban sus
ajadas mejillas, al modo de dos fuentes
sepultadas en la profunda noche de la
tierra, que se descubren por las aguas
que dejan filtrar entre las peñas. ¡ Oh
hijo mio! prosiguió diciendo, *bien ves
la poca sabiduría que acompaña á
Chactas, sin embargo de la fama que
tiene de sabio. ¡ Ah! hijo mio que-
rido, los hombres saben mejor llorar
que ver. Por espacio de muchas no-
ches no dejé de venir á hablarme la
hija de Sachem junto á la hoguera.
Había huido el sueño de mis ojos, y
Atala estaba en mi corazón lo mismo
que la memoria de la casa de mis pa-
dres.*

» El día diez y siete de la jornada,
ácia el tiempo en que sale de las aguas
la mosca pasajera, entramos en la
grande sábana ó llanura Alachua, cer-
cada de cotarros, que huyendo los

timos tras los otros presentan, levan-
tándose hasta las nubes, unos bosques
llenos de copaybas, limones, magnolias,
y encinas verdes. Dió el gefe la
señal del arribo, y se acampó la tropa
á la falda de las colinas. Me separaron
á cierta distancia al borde de uno de
aquellos pozos naturales, tan famosos
en las Floridas. Me tenían atado al
pié de un árbol, y me hacia la guar-
dia con disgusto un guerrero. A poco
rato de hallarme allí, se presentó Atala
bajo el ámbar liquido de la fuente: Ca-
zador, dijo ella al héroe muscogulgo,
*si quieres perseguir los corzos, yo
guardaré el prisionero.* Saltó de ale-
gría el guerrero al oír estas palabras
de la hija del gefe, y saliendo de la
cumbre de la colina alargó sus pasos
por la llanura. ¡ Estrana condicion del
corazón del hombre! yo mismo que
tanto había deseado decir cosas mis-

teriosas á la que ya amaba como al sol, sorprendido entónces y confuso, creo hubiera preferido me arrojasen á los cocodrilos de la fuente, mejor que verme solo con Atala. Esta hija del desierto estaba tan turbada como su prisionero: guardábamos ámbos un profundo silencio: los espíritus del amor habian robado nuestras palabras. Por fin, esforzandose Atala me habló así: *Estais débilmente guardado, podeis escapar con facilidad.* A estas palabras, cobrando fuerza mi lengua, la respondí: *Oh muger! ¿estoy débilmente guardado?....* Yo no sabia como acabar. Quedó Atala suspensa por algunos momentos, y dijo despues: *Poneos en salvo;* y me desató del trouco del árbol. Cogí el cordel, lo puse en las manos de la jóven estrangera, y obligando á sus hermosos dedos á que apretasen mi cadena, la dije:

Tomadla, tomadla de nuevo.— *Sois un insensato,* me replicó ella con una voz lánguida: *¿Infeliz! ¿no sabes que te quieren quemar? ¿que intentas hacer? ¿ignoras que soy la hija de un formidable Sachem?*— *Algun dia,* la respondí llorando, *me llevaba mi madre á sus espaldas envuelto en una piel de castor: mi padre tenia tambien una hermosa choza, y sus cabras bebían las aguas de muchos arroyos; pero al presente ando errante y sin patria. Cuando deje de existir, no habrá quien eche sobre mi cuerpo un puñado de yerba para libertarlo de las moscas: á nadie interesa el cuerpo de un desgraciado estrangero....*

» Al oír estas palabras se enterneció Atala, y caían sus lágrimas en la fuente.— *¡Ah! la dije con viveza, ¿si vuestro corazon hablara como el mio! ¿No es acaso libre el desierto? ¿no*

tienen por ventura los bosques en su verde ropa rincones donde ocultarnos? ¿necesitan tantas cosas los hijos de las cabañas para ser felices? ¡Ah! joven más hermosa que el primer sueño del esposo! ¡oh, querida mía! resuélvete á seguir mis pasos á la soledad. Hablando á Atala en semejantes términos, me respondió ella con una voz tierna: Amigo joven, bien se conoce habeis aprendido el language de los blancos: es muy fácil engañar á una India.— ¿Pues que, le dije, me llamis vuestro joven amigo? ¡Ah! si un pobre esclavo..... ¡Y bien, me replicó ella, inclinándose sobre mí, un pobre esclavo!..... Yo la interrumpi con ardor: Asegúrele de tu fe un solo ósculo. Oyó Atala mi súplica, y á la manera que un cervatillo parece que cuelga en las flores de las enredaderas las rosas que coge con su delicada lengua

en el declive de la montaña, así quedé yo pendiente de los labios de mi querida.

« ¡Ay! hijo, la felicidad está muy cerca de la desgracia. ¿Quién hubiera creído que el momento en que Atala me daba la primera prenda de su amor, habia de ser el mismo que ella escogia para meterme el puñal en el pecho? ¡Venerables canas del viejo Chaactas! ¿cual fué vuestro espanto al oír pronunciar estas palabras á la hija del desierto! Hermoso prisionero, ya descendí locamente á tus deseos; pero ¿adonde nos arrastrará esta pasión naciente? Mi religion me separa de tí para siempre..... ¡Oh madre mía! ¿que has hecho?..... Calló de repente Atala, deteniendo un no sé que fatal secreto que iba á escaparsela de sus labios. Sus palabras me escitaron una desesperacion tanto mas profunda

cuanto mas viva habia sido mi esperanza. ¡ Ah! la dije: *seré tan cruel como tú: no huiré: me verás en medio de la hoguera: oiréis los gemidos de mi carne, y quedarás llena de alegría.*

—Entonces cogió Atala mi mano entre las suyas, y dijo: *¡ O pobre joven idólatra! mucha lástima me das: ¿quieres pues que lllore todo mi corazón? ¿que lástima que no pueda huir contigo! ¿desgraciado ha sido el vientre de tu madre! ¡ Oh Atala! ¿por que no te arrojas al cocodrilo de la fuente?*

» En este momento, que era el de ponerse el sol, comenzaban á dar sus rugidos los cocodrilos, y me dijo Atala: *Dejemos esta triste cueva.* Llevé á esta hija de Sinaghan á las saldas de los cerrillos que formaban unos golfos verdes, y avanzaban sus promontorios á la llanura. El desierto respiraba solo tranquilidad, magnificencia, soledad

y melancolia. Cantaba la cigüeña sobre su nido, resonaban los bosques con el canto monótono de las codornices, el silbido de los papagayos, el bramido de los bisontes, y el relincho de las yeguas siminolas.

» Nuestro paseo fué casi mudo: yo iba al lado de Atala, que llevaba la punta del cordel que la habia precisado á tomar. Llorábamos algunas veces, y otras buscábamos alguna sonrisa: ya mirábamos al cielo, ya á la tierra: nuestro oído iba atento al canto de las aves; una señal ácia el sol que se ponía; una delicada mano apretada; un seno ya palpitante, ya tranquilo; los nombres de Chactas y Atala dulcemente repetidos á intervalos.....
 ¡ Oh primer paseo del amor dado con Atala en el desierto, preciso es que sea muy poderoso nuestro recuerdo, cuando despues de tantos años de des-

dichas enterneces todavía el corazón del viejo Chactas.

» ¡Que incomprensibles son los mortales cuando se hallan agitados de las pasiones! Acababa de abandonar al generoso Lopez, y esponerme á todos los peligros por ser libre: la vista de una muger habia mudado en un instante mis gustos, mis resoluciones y mis pensamientos. Olvidado de mi país, de mi madre, de mi cabaña, y de la espantosa muerte que me aguardaba, habia quedado indiferente á todo lo que no era Atala. Sin fuerzas para elevarme á la razon del hombre, habia caído de repente en una especie de infancia; y lejos de poder hacer nada por mí mismo, me hallaba casi en la necesidad de que otro cuidase de mi sueño y alimento.

» En vano intentó Atala, despues de haber paseado la llanura y echadose

á mis piés, persuadirme de nuevo que la dejase. La aseguré que en este caso me volveria solo al campo si rehusaba volver á atarme al pié de mi árbol; y así se vió precisada á satisfacerme, esperando convencerme en otra ocasion.

» Al dia siguiente que decidíó el destino de mi vida, hizo alto nuestra tropa en un valle cerca de Cuscowila, capital de los siminolos. Estos indios unidos con los muscogulgos forman la confederación de los Creeks. La hija del país de las palmas volvió á media noche: me llevó á un grande bosque de pinos, donde renovó sus instancias para reducirme á dejarla; pero sin responderla una palabra, cogí su mano con la mía, y obligué á aquella tímida cierva á que vaguense conmigo por todo el bosque. La noche estaba muy deliciosa. El genio de los aires sacudia su azul cabellera, perfumada con la

fragancia de los pinos, y se respiraba el suave olor del ámbar que exhalaban los cocodrilos echados bajo los tamarindos de los rios. Brillaba la luna en medio de un azulclaro, y flotaba sobre las cimas de los bosques su luz de perla. No se percibía mas ruido que una especie de armonía á lo lejos, que reinaba en la profundidad de la selva; de modo que se podia decir que suspiraba el alma en la soledad en toda la estension del desierto.

» Percibimos por medio de los árboles un hombre joven, que llevando en la mano un farol, se parecia al genio de la primavera cuando corre los bosques para reanimar la naturaleza. Era este un amante que iba á la cabaña de su querida para instruirse de su destino. Si la virgen apagaba el farol, era señal de que aceptaba un esposo; pero si se cubria sin apagarlo,

lo era de que desechaba las ofertas. El guerrero, metiendose entre las sombras, iba cantando en voz baja estas palabras: *« Adelantaré los pasos del día sobre la cumbre de las montañas para sorprender á mi paloma solitaria sobre la rama del bosque. »*

« Puse en su garganta un collar de porcelanas (1), en el cual habia tres granos colorados en señal de mi amor; tres morados en señal de mis temores, y tres azules en señal de mis esperanzas. Mila tiene los ojos de armiño, su cabellera suave como un campo de arroz: es su boca una concha rosada guarnecida de perlas: sus dos pechos se parecen á dos cabritillos blancos que parió á un tiempo su madre.

» ¡Ojalá apague Mila este farol!
¡quieran los dioses que su boca der-

(1) Especie de conchitas.

rane sobre él una sombra gustosa !
Fertilizaré yo su seno, estará pendiente de su fecundo pecho la esperanza de la patria, y fumaré mi pipa de paz sobre la cuna de mi hijo.

» Ah ! dejadme adelantar los pasos del día sobre la cumbre de las montañas para sorprender á mi paloma solitaria sobre la rama del bosque.

» Así iba cantando este jóven, cuyos acentos introdujéron la turbacion hasta el fondo del alma, é hicieron mudar de color á Atala : se estremecieron nuestras unidas manos; pero nos distrajo de esta escena otra que no nos era menos peligrosa. Pasámos junto al sepulcro de un niño, que servia de limite á dos naciones en la soledad. Estaba puesto á la orilla del camino público, segun su costumbre, con el fin de que las jóvenes, cuando iban por agua á la fuente, pudiesen

atraer á su seno el alma de la inocente criatura, y volverla á la patria. Se veían allí á la sazón unas recién casadas que descando las dulzuras de la maternidad intentaban, entreabriendo sus labios, recoger el alma del pequeño niño que creían ver errante sobre las flores. Dejaron sitio á la verdadera madre, que puso sobre la tumba un manojo de maiz y de flores blancas de lis : regó la tierra con su leche, y sentándose despues sobre la húmeda yerba, empezó á hablar á su hijo con una voz tierna en estos términos.

» ¿ Porque te he de llorar yo en tu cuna de tierra, o mi recién nacido ?
» cuando el pajarito llega á ser grande,
» se vé en la precision de buscar su alimento, y halla en el desierto muchos granos amargos. A lo menos
» no supiste lo que son lágrimas, ni
» estuvo espuesto tu corazon al soplo

» devorador de los hombres. El boton
 » que se seca en su capullo pasa con
 » todas sus aromas como pasaste tú,
 » hijo mio, con toda tu inocencia.
 » ¡ Dichosos los que mueren en la
 » cuna, pues no han conocido sino los
 » besos y sonrisas de su madre! »

» Subyugados ya de nuestro propio
 corazon quedamos consternados con
 estas imágenes de amor y maternidad,
 que acompañada de la noche en estas
 soledades encantadoras, parecia que
 nos perseguian para confundirnos.
 Llevé en mis brazos á Atala hasta lo
 profundo de los bosques, diciendola
 cosas que en vano intentarían espresar
 mis labios. El viento de mediodia, mi
 querido hijo, adquiere su calor cuando
 pasa sobre lagos helados; y los re-
 cuerdos del amor en el corazon de un
 viejo son como dos fuegos del astro
 del dia reflejados por el globo apaci-

ble de la luna cuando está acostado el
 sol, y el silencio y melancolia descan-
 san sobre las chozas de los salvages.

» ¿ Quien podia allí salvar á Atala,
 ni quien podia impedirle que se rindi-
 diese á la naturaleza? Nadie absoluta-
 mente, sino un milagro que en efecto
 se verificó. La hija de Simaghan re-
 currió al Dios de los cristianos; se
 postró en tierra, y pronunció una fer-
 vorosa oracion á su madre y á la reina
 de las vírgenes. Desde este momento,
 o René, concebí una maravillosa idea
 de esta religion, que en los bosques
 y en medio de todas las privaciones
 de la vida, puede llenar de favores á
 dos desgraciados: esta religion, en
 fin, que oponiendo solo su poder al
 impetuoso torrente de las pasiones,
 basta para vencer la mas fogosa incli-
 nacion, aun cuando esté de su parte
 el secreto de los bosques, la ausencia

de los hombres, y la fidelidad de las sombras. ¡Ah! ¡que divina me parecía la simple salvaje y la ignorante Atala, que puesta de rodillas delante de un viejo y derribado pino, como si fuese al pié de un altar, ofrecía á su Dios los votos en favor de un amante idólatra! Sus ojos dirigidos ácia el astro de la noche; sus mejillas brillantes con las lágrimas de la religion y del amor presentaban una hermosura inmortal. A veces me parecía que iba á tomar su vuelo ácia los cielos; y otras creí ver bajar sobre los rayos de la luna, y oír en las ramas de los árboles, aquellos espíritus que envía el Dios de los cristianos á los ermitaños de las peñas, cuando quiere llamarlos para sí.... Quedé entónces afligido, pronosticando que restaba á Atala muy poco tiempo de vida.

» En esta disposición vertió tantas

lágrimas, y se mostró tan desgraciada que me hallaba casi resuelto á dejarla, cuando resonó en el bosque el grito de muerte, y se echó sobre mí cuatro hombres armados. Habíamos sido descubiertos; y el gefe de la guerra había dado órden que nos siguiesen.

» Atala, que se parecía á una reina en la magestad de su proceder y modo de pensar, no se dignó hablar á estos guerreros: solamente les echó una ojeada soberbia, y se fué junto á su padre.

» Nada pudo conseguir: me dobláron las guardias, me multiplicáron las cadenas, y se llevóron á mi amante. Cinco noches se pasáron cuando divisámos á Apalachucla situada á las orillas del rio Chata-Uche. Al instante me coronáron de flores, me pintáron la cara de azul y vermellon, me adornáron de perlas las narices y orejas,

y me pusieron en la mano una chichikoué (t).

« Adornado así para el sacrificio, entré en Apalachucla con repetidos gritos del pueblo. Ya me contaba sin vida, cuando se dejó oír el sonido de un caracol, y el mico ó gefe de la nación ordenó una asamblea.

« No ignoras, hijo mío, los tormentos que los salvajes hacen sufrir á los prisioneros de guerra. Los misioneros cristianos con peligro de sus vidas, y con una infatigable caridad, consiguieron en muchas naciones se sustituyese á los horrores de la hoguera una esclavitud bastante dulce. Los muscogulgos no habian adoptado aun esta costumbre, aunque se habia declarado en su favor un partido bastante considerable. Para decidir sobre

(t) Instrumento músico de los salvajes.

este importante asunto convocó el mico á los sachems, y me llevaron á la audiencia.

« No lejos de Apalachucla estaba sobre una tierra aislada el pabellon del consejo. Tres círculos de columnas formaban la elegante arquitectura de esta rotunda. Las columnas eran de ciprés bruñido y esculpido, y asimismo mas altas, gruesas y en menor número á proporcion que se acercaban al centro señalado por un solo pilar, de cuya cima salian dos fajas de corteza que pasando sobre las otras columnas cubrian el pabellon en forma de abanico. Juntóse el consejo compuesto de cincuenta ancianos con magnificas capas de castor, los cuales se colocaron sobre una especie de gradieria que mira á la puerta del pabellon: se sienta en medio de ellos el gefe supremo teniendo en la mano la pipa de paz, y medio

colorada para la guerra. A la derecha de estos viejos se ponen cincuenta mugeres con vestidos largos guarnecidos de plumas de cisne; y á la izquierda de estos padres de la patria se colocan los gefes de guerra con su tomahawk en la mano, penacho en la cabeza, y teñidas de sangre sus manos y pecho.

» Al pié de la columna central está ardiendo el fuego del consejo. El primer juglar rodeado de ocho guardas del templo, con vestido talar, y llevando un buho de paja sobre la cabeza, echa en el fuego bálsamo de copayba, y ofrece al sol un sacrificio. Estas tres clases de ancianos, matronas y guerreros, y además los sacerdotes, las nubes de incienso y el sacrificio contribuyen para dar á este consejo salvaje un extraordinario y magestuoso aparato.

» Yo estaba de pié y encadenado en medio de la asamblea. Concluido el sacrificio, toma la palabra el mico esponiendo con sencillez el asunto que debe tratar el consejo; y en testimonio de lo que acaba de decir, echa un collar azul en la sala.

» Entonces se levanta un sachem de la tribu del águila, y habla así :

» Mi padre el mico, sachems, matronas y guerreros de las cuatro tribus del águila, del castor, de la serpiente y de la tortuga, no alteremos en nada las costumbres de nuestros abuelos : quememos al prisionero, y no afeminemos nuestro valor. La costumbre que os proponen es propia de los blancos, y ella nos ha de ser perniciosa. Dad un collar rojo que contenga mis palabras. Concluí.»

» Entonces echa un collar rojo en la asamblea.

» Se levanta despues una matrona , y dice :

« Mi padre el águila , vos tenéis el espíritu de un zorro , y la prudente lentitud de una tortuga. Quiero manifestar entre vos y yo la cadena de amistad , y plantarémos el árbol de la paz. Pero mudemos las costumbres de nuestros abuelos en lo que tengan de funesto. Tengamos esclavos que cultiven nuestros campos , y no volvamos á oír mas los gritos de los prisioneros , que conmueven las entrañas de las madres. Acabé.»

» Al modo que se rompen las olas de la mar en una tempestad ; así como en tiempo de otoño levanta un torbellino las hojas secas ; como en una repentina inundacion se bajan y levantan las cañas del Meschacche , y como una gran manada de ciervos brama en lo profundo de un bosque ; del mismo

modo se agitaba y murmulaba el consejo. Los sachems , los guerreros y las matronas hablan sucesivamente á un mismo tiempo. Hay partidos y diversidad de opiniones , y se deshace el consejo. Prevalece el uso antiguo , y se decide que me quemen con los tormentos acostumbrados.

» Retardóse mi castigo por la circunstancia de estar próxima la fiesta de los muertos , ó el festin de las almas. Es costumbre introducida que no se mate á ningun cautivo en los días consagrados á esta grande ceremonia. Me entregaron á una guardia rigurosa , y sin duda los sachems alejaron á la hija de Simaghan , porque no la volví á ver.

» Sin embargo , las naciones de mas de trescientas leguas al rededor llegaban en tropas para celebrar el festin de las almas. Se habia construido una

choza larga en el desierto, en un sitio apartado. Al día señalado desenterró cada cabaña de sus respectivos sepulcros los residuos de sus padres, colgando por orden y por familias todos estos esqueletos en las paredes de la sala comun de los abuelos. Con motivo de espermentarse á la sazón una grande tempestad, los vientos, los bosques y las cataratas bramaban por fuera, mientras que los viejos de diversas naciones concluían entre sí tratados de comercio, de paz y de alianza sobre los huesos de sus padres.

» Se celebran los juegos fúnebres, la carrera, la pelota y las tabas. Dos vírgenes procuran quitarse una sortija de sauce. Se juntan sus bocas y los botones de sus senos, y mueven con ligereza sus manos sobre la sortija, que levantan por cima de sus cabezas; se enlazan sus hermosos y desnudos piés;

se confunden sus dulces alientos; la-dean y mezclan sus cabellos; miran á sus madres; se avergüenzan, y se la aplaude (1). El juglar invoca á Michabou, genio de las aguas. Cuenta las guerras de la grande Liebre contra Kitchimanitou, dios del mal. Invoca tambien al primer hombre, y á la bella Atahensic, la primera muger, precipitados ámbos del cielo por haber perdido la inocencia; á la tierra colorada con la sangre fraternal; á Jouskeka el impío, sacrificando al justo Tahouistsaron; al diluvio bajando á la voz del grande espíritu; á Massou libertado solo en su canoa de corteza; al cuervo enviado para descubrir la tierra, y á la hermosa Endag retirada del país de las almas por las

(1) El rubor es muy conocido entre las jóvenes salvajes.

dulces canciones de su esposo. Acabados estos juegos y cánticos, se disponen para dar á sus abuelos una eterna sepultura.

» Se veia á la orilla del rio Chata-Uche una higuera silvestre consagrada al culto de los pueblos. Acostumbraban las virgenes lavar en este sitio sus vestidos de corteza, y esponerlos al aire del desierto sobre las ramas del árbol antiguo donde cavaron un inmenso sepulcro. Salen de la sala fúnebre cantando el himno á la muerte: cada familia lleva algun pedazo sagrado. Llega esta procesion solemne hasta la tumba, y colocan allí las reliquias, estendiendolas á trechos, y separandolas con pieles de oso y de castores. Se eleva el monte del sepulcro, y se planta en él el árbol de los llantos y del sueño.

» ¡Compadezcamonos de los hom-

bres, mi querido hijo! estos mismos indios, cuyas costumbres son tan apreciabiles, y estas mismas mugeres que me habian manifestado un interes tan tierno, pedian sin embargo mi muerte á grandes gritos, y naciones enteras suspendian su marcha por tener el gusto de ver sufrir terribles tormentos á un jóven desgraciado.

» En un valle que está al norte, y á corta distancia de la gran poblacion, se elevaba un melancólico bosque de cipreses y pinos, llamado el *bosque de la sangre*. Se subia á él por las ruinas de uno de aquellos antiguos monumentos que pertenecia á un pueblo hasta ahora desconocido. Habia en el centro de este bosque un vasto arenal donde se sacrificaban los prisioneros de guerra. Me condujeron á él en triunfo, y estaba ya todo preparado para mi muerte. Plantáron el poste de Areskoui; caen

al golpe del hacha los pinos, los elmos y los cipreses antiguos; se enciende la hoguera; forman los espectadores sus anfiteatros con ramas y troncos de árboles; inventa cada uno su suplicio; propone uno que se me arranque la piel del cráneo; otro que me quemén los ojos con hachas encendidas; y empezando yo mi canción de muerte, les digo:

» No temo vuestros tormentos; soy valiente, o muscogulgos, os desafío, os desprecio mas que á unas débiles mugeres: mi padre Outalissi, hijo de Miscou, ha bebido en el cráneo de vuestros mas famosos guerreros; no arrancaréis de mi corazón ni un solo suspiro.

» Irritado con mi canción un guerrero, me pasó un brazo con una flecha, y le dije: « Te doy gracias, hermano. »

» A pesar de la actividad de los verdugos, no pudieron acabarse los preparativos del suplicio ántes de ponerse el sol. Consultáron al juglar, él que prohibió se turbasen los genios de las sombras, y se suspendió mi muerte hasta el dia siguiente. Pero por la impaciencia de disfrutar del espectáculo, y para tenerlo todo prevenido al salir el sol, no dejáron el bosque de la sangre: encendieron grandes hogueras, y diéron principio á sus festines y danzas.

» Me tenían echado de espaldas. Los cordeles que colgando de mi cuello sujetaban mis piés y brazos, estaban atados á unas estacas fijadas en la tierra, y ademas estaban echados algunos guerreros sobre los cordeles, de modo que no podia hacer movimiento alguno sin que lo advirtiesen. Adelantandose la noche, se dismi-

nuyen por grados las canciones y danzas, y las hogueras no despiden ya sino unas luces rojas, delante de las cuales se veían las sombras de algunos salvages errantes: todo está dormido, y á proporcion que se debilita el ruido de los hombres, se aumenta el del desierto, sucediendo al tumulto de las voces los llantos del viento en el bosque.

» A este tiempo una jóven india que acababa de parir, despierta sobresaltada al medio de la noche, porque la pareció oír los gritos de su hijo que la pedía su dulce alimento. Estaba ya reflexionando mi destino, fijando los ojos en el cielo, donde giraba la luna por entre nubes. Atala me pareció un monstruo de ingratitud. ¡ Yo que me había ofrecido á las llamas ántes que dejarla !..... ¡ y abandonarme ella en el momento mismo de mi suplicio !.....

Sin embargo, conocía que la amaba, y que moriría con gusto por ella.

» En los excesivos placeres se siente un aguijon que nos despierta como para advertirnos que debemos aprovechar este momento rápido; así como por el contrario en los grandes dolores se advierte una especie de pesadez que nos entorpece: cansados los ojos de llorar procuran naturalmente cerrarse, y la bondad de la Providencia se deja conocer hasta en nuestras desgracias. Por fin, me rendí á aquel pesado sueño que gusta algunas veces á los miserables. Soñaba que me quitaban las cadenas, y me parecia sentir el alivio que se experimenta cuando despues de haber estado fuertemente apretado, afloja nuestros hierros una compasiva mano.

» Fué tan viva en mi esta sensacion que me hizo levantar los párpados. A

la pálida luz de la luna, cuyos rayos descendian de entre dos nubes, divisé una figura blanca, que inclinada sobre mí se ocupaba en desatar silenciosamente mis cordeles: iba yo á gritar, cuando siento que me tapa la boca una mano que reconocí al instante: sólo faltaba una cuerda que parecia imposible romper sin tocar á un guerrero que la tenia toda debajo de su cuerpo. Echa á ella su mano Atala, despierta el guerrero, y se sienta: queda inmóvil Atala mirandole: creyendo el indio fuese el espíritu de las ruinas, se vuelve á echar cerrando los ojos, é invocando á su Manitu. Se rompe el cordel, me levanto, y sigo á mi libertadora..... Pero ¡de cuantos peligros nos vimos cercados! unas veces estuvimos á piñe de tropezar con los salvajes dormidos en la sombra: otras nos hacia varias preguntas un guardia

á quien Atala respondia mudando su voz. Gritan los niños, y ladran los perros por donde pasamos. Apenas salimos de este funesto recinto, cuando nos pareció que se meneaba el bosque á fuerza de aullidos. Despertáron los soldados, se encendiéron las hogueras, vimos correr por todas partes con luces á los salvages, y apresurámos el paso.

» Cuando la aurora salia del Oriente, ya estábamos lejos en el desierto. ¡ Grande espíritu! ¡ bien sabeis cual fué mi felicidad cuando me ví de nuevo en la soledad con Atala, con Atala mi libertadora, con Atala que se me entregaba para siempre! Faltáron palabras á mi lengua; me arrojé, y dije á la hija de Simaghan: Muy poco valen los hombres; pero cuando los visitan los Genios, son muy apreciables. Sois un Genio, me

habeis visitado, y no puedo hablar delante de vos. Atala entónces me alargó su mano con una sonrisa melancólica, y me dijo: « *Es preciso que os siga, pues no queréis huir sin mí. Soborné esta noche al juglar; embriagué á vuestros verdugos con esencia de fuego (1), y debí exponer mi vida por vos, porque habeis dado la vuestra por mí. Si, joven idólatra, añadió con un tono terrible, el sacrificio será recíproco.* »

» Me entregó Atala las armas que tuvo cuidado de traer; me vendó despues la herida que enjugaba con una hoja de papaya al mismo tiempo que la regaba con sus lágrimas. *Es un bálsamo*, la dije, *el que viertes sobre mi llaga; pero ella me respondió: Mas bien me temo que sea un veneno. En*

(1) Aguardiente.

fin, rompió uno de los encajes de su seno, de que hizo un cabezal que sujetó con un rizo de sus cabellos.

» La embriaguez que dura mucho tiempo á los salvages, y es para ellos una especie de enfermedad, les impidió sin duda perseguirnos en las primeras jornadas; y en el caso de buscarnos, es probable fuese ácia el Occidente, en la persuasion de que bajaríamos al Meschacebe; pero habíamos tomado nuestra ruta ácia la estrella inmóvil (1), dirigiendonos sobre el musgo de los troncos de los árboles.

» No tardámos en conocer cuán poco habíamos ganado con mi libertad. Presentaba el desierto á nuestros ojos sus inmensas soledades: sin experiencia de la vida de los bosques;

(1) El Norte.

estraviados de nuestro verdadero camino, y marchando á la aventura, ¿ que seria de nosotros en aquellos bosques salvages? Acordahame con frecuencia, mirando á Atala, de la antigua historia de Agar que me hacia leer Lopez, y sucedió mucho tiempo ha en el desierto de Bersabé, cuando los hombres vivian tres edades de encinas.

» Atala me hizo una capa de la segunda corteza de fresno; porque estaba casi desnudo. Me bordó mocasines (1) con piel de raton, perfumada con pelos de erizo. Por mi parte tuve tambien cuidado de adornarla: unas veces la ponía sobre su cabeza una corona de malvas azules, que hallábamos al paso en los abandonados cimiterios de los indios; otras la hacia collares con granos rojos de azalea, y despues

(1) Calzado de los indios.

me echaba á reir contemplando su maravillosa hermosura.

» Cuando hallábamos un río, lo pasábamos á nado, ó sobre una balsa. Apoyaba Atala una de sus manos sobre mi espalda, y como dos cisnes viageros atravesábamos las ondas solitarias.

» En tiempo de los calores rigurosos buscábamos con frecuencia un abrigo bajo los musgos de los cedros. Casi todos los árboles de la Florida, especialmente el cedro y la encina verde, estan cubiertos de un musgo blanco que baja de sus ramas hasta la tierra. Así como por la noche á la claridad de la luna, cuando percibís sobre una rasa sábana una encina aislada cubierta con esta vestidura, pensais ver un fantasma que arrastra tras sí sus largas cortinas; así tambien es no menos pintoresca la escena al mediodia, porque un crecido número de

mariposas, moscas brillantes, colibris, papagayos verdes, y arrendajos azules vienen á colgarse de estos musgos, y presentan con ellos el efecto de una tapicería de lana blanca bordada, y sembrada de insectos y aves resplandecientes por un europeo.

» En estas maravillosas posadas preparadas por el grande Espíritu en medio de las soledades, descansábamos á la sombra. Cuando los vientos bajaban del cielo para mover este enorme cedro; cuando el castillo aereo batido sobre sus ramas iba fluctuando con las aves y viajeros dormidos en su abrigo; y cuando asían mil suspiros de las galerías y bóvedas del móvil edificio, jamas podian competir las maravillas del antiguo mundo con este monumento del desierto.

» Cada noche encendíamos una grande hoguera, y formábamos la

barraca de camino con una corteza apoyada sobre cuatro estacas. Yo habia muerto un pavo salvaje, una paloma torcaz y un faisán de los bosques, los cuales colgábamos á la punta en una vara larga fijada en tierra delante de la encina encendida, abandonado á los vientos el cuidado de restituir su presa al cazador. Nos manteniamos de ovas llamadas *tripas de peñas*, con azucaradas cortezas de álamo blanco y sanguesa mezclada con manzanas de maí, que tienen el gusto del albérchigo. El nogal negro, el zumaque y el acbuche proveían de vino á nuestra mesa solitaria. Algunas veces iba yo á buscar entre las cañas una planta cuya flor, ensanchada en forma de trompetilla, contenia un cristal del mas puro rocío. Bendeciamos á la Providencia que sobre el tierno vástago de una flor habia colocado este

azúcar limpio en medio de las lagunas corrompidas; del mismo modo que puso la esperanza en medio de los corazones ulcerados por la tristeza, y hace salir la virtud del seno de las miserias de la vida.

« Pero ¡ay de mí! pronto descubri que me había engañado la aparente calma de Atala. Quanto mas avanzámos en el desierto, tanto mas se apoderaba de ella la tristeza. Se estremecía con mucha frecuencia, y sin causa, volviendo precipitadamente la cabeza.

« La sorprendía echando sobre mí una mirada apasionada, que dirigía despues ácia el cielo con una profunda melancolía. Lo que mas me asustaba, era una especie de secreto ó pensamiento que ocultaba en el fondo de su alma, aunque lo revelaban sus ojos. Fomentando siempre y desechando; animando y destruyendo mis espe-

ranzas, cuando me parecia haber dado algun paso en su corazon, me hallaba al principio del camino. Cuantas veces me dijo: ¡Oh amante jóven mio! ¡te amó como á la sombra de los bosques en medio del dia! eres hermoso como el desierto con todas sus flores y brisas. Si me inclino sobre tí, me estremezo; si mi mano toca á la tuya, me parece que voy á morir. El otro dia echó el viento tus cabellos sobre mi cara, mientras descansabas en mi regazo; me pareció sentir el suave tacto de los Espiritus invisibles. Si, he visto las cabras de la montaña de Ocon; he oido los propósitos de los hombres cansados de vivir; pero la dulzura de los cabritillos y la sabiduría de los viejos son menos agradables y menos fuertes que tus palabras. ¡Ah! pobre Chactas, no seré jamas tu esposa.

« Las perpetuas contradicciones del amor y de la religion de Atala; el abandono de su ternura y la castidad de sus costumbres; la grandeza de su carácter, y su profunda sensibilidad; la elevacion de su alma en las cosas grandes, y su humildad en las pequeñas, me hacian mirarla como á un ser incomprendible. No podia Atala ejercer sobre un hombre un imperio débil: al mismo tiempo que estaba llena de pasiones, lo estaba tambien de poder; era preciso ó adorarla, ó aborrecerla.

« Despues de quinze dias de una marcha precipitada, entrámos en la cordillera de los montes Alleganis, y llegámos á uno de los brazos del rio Tenasa que desagua en el Ohio. Ayudado de los consejos de Atala, hice una canoa que carené con goma de ciruelo, despues de haber cosido las cortezas con raices de pino: nos em-

barcámos en ella abandonandonos á la corriente del rio.

« Se veía á nuestra izquierda, tras de un promontorio, la poblacion de Stico con sus tumbas piramidales y sus barracas arruinadas: dejámos á la derecha el valle de Keow, que termina en la perspectiva de las cabañas de Jore, suspendidas al frente de la montaña del mismo nombre. El rio que nos llevaba corría entre altas montañas, á cuyo extremo se veía poner el sol. Aquellas profundas soledades no estaban embarazadas con la presencia del hombre. Solo vimos un cazador indio que apoyado sobre su arco, é inmóvil sobre la punta de una peña, parecia una estatua erigida en la montaña al genio de los desiertos.

« Uníamos Atala y yo nuestro silencio al de la escena del mundo primitivo, cuando de repente la hija del

desierto hizo resonar en los aires una voz llena de emocion y de melancolía cantando su patria ausente.

» ¡Felices los que no han visto el humo de las fiestas extranjeras, y solo han asistido á los festines de sus padres!

» Si el arrendajo del Meschacebe dijera á la nomparella de las Floridas: ¿Porque os lamentais tan tristemente? ¿acaso no teneis aquí aguas cristalinas, sombras deliciosas, y toda especie de pastos como en nuestros bosques? Si, responderia la nomparella fugitiva; pero mi oido está en un jazmín: ¿quien me lo traerá? y el sol de mi llanura, ¿lo teneis vos á caso?

» ¡Felices los que no han visto el humo de las fiestas extranjeras, y solo han asistido á los festines de sus padres!

» Despues de una penosa marcha se sienta el viagero con tristeza: registra al rededor de sí los techos de los hombres, ¡y no halla donde reclinar su cabeza! Llama á la puerta de la cabaña, arrima á un lado su arco, y pide le hospeden en ella: hace el dueño una señal con la mano, y el viagero toma otra vez su arco, y se vuelve al desierto.

» ¡Felices los que no han visto el humo de las fiestas extranjeras, y solo han asistido á los festines de sus padres!

» Vosotras, maravillosas historias, contadas al rededor del hogar, tier-
nas efusiones del corazon, y largas costumbres de amar, tan necesarias á la vida: vosotras sois las que habeis llenado de satisfacciones á los que no han dejado su pais nativo. Sus sepuleros estan en su patria

» con el sol puesto, con los llantos de
 » sus amigos, y con los encantos de
 » la religion.

» ¡Felices los que no han visto el
 » humo de las fiestas estrangeras, y
 » solo han asistido á los festines de
 » sus padres! »

» De este modo cantaba Atala sin
 que nadie interrumpiese sus quejas,
 sino el sordo ruido que hacia nuestra
 canoa sobre las ondas. Solamente en
 dos ó tres parages los recogió un débil
 eco que los volvió mas débiles en la
 segunda vez, y mucho mas á la ter-
 cera: se hubiera creído que el alma
 de dos amantes tan desgraciados en
 otro tiempo como nosotros, y atraídas
 de esta dulce melodía, se complacian
 suspirando en la montaña sus últimos
 sentimientos.

» Aunque la soledad, la presencia
 continúa del objeto amado, y nuestras

mismas desgracias aumentaban conti-
 nuamente nuestro amor, sin embargo
 las fuerzas de Atala comenzaban ya á
 abandonarla, y abatiendo su cuerpo
 las pasiones iban ya á triunfar de sus
 virtudes cristianas. Instaba continua-
 mente á su madre, cuya sombra irri-
 tada parecia querer apaciguar. Me
 preguntaba algunas veces si oía alguna
 voz lastimosa, ó si veía salir llamas
 de la tierra. Por lo que á mi tocaba,
 lleno de fatiga, abrasado de desco, y
 contemplandome perdido en estos bos-
 ques, estuve tentado mil veces á coger
 entre mis brazos á mi esposa, y otras
 tantas la propuse hiciésemos una bar-
 raca en aquellos desiertos y nos enter-
 rásemos juntos en ella. Pero siempre
 se me opuso diciendo: « Reflexiona,
 » mi jóven amigo, que un guerrero
 » debe servir á su patria: ¿ que falta
 » hace una muger flaca en compara-

» cion de los deberes que debes lle-
 » nar? Animo, hijo de Outalissi, no
 » murmures contra tu destino: el co-
 » razon del hombre es como la esponja
 » del río, que unas veces bebe agua
 » pura en tiempo de serenidad, y otras
 » la bebe turbia en tiempo de tor-
 » menta. ¿Por ventura tiene la esponja
 » derecho para decir: Creía que no
 » hubiese jamas tempestades, ni que
 » abrasase el sol?»

» ¡Oh René! si temes las turba-
 ciones del corazón, no te fies de los
 retiros salvajes: las pasiones grandes
 son solitarias, y transportarlas al de-
 sierto no sería mas que volverlas su
 imperio. Oprimidos de cuidados y de
 miedos; espuestos á caer en manos de
 indios enemigos, á ser sumergidos en
 las aguas, mordidos de las serpientes,
 devorados de las bestias, hallando
 con dificultad un escaso alimento, y

no sabiendo adonde dirigir nuestros
 pasos, parecia haber llegado á su
 mayor altura nuestros males, cuando
 sobrevino un accidente que echó el
 colmo á todos.

» Ya se cumplian veinte y siete soles
 desde que salimos de las cabañas; ya
 la *luna de fuego* (1) habia comenzado
 su carrera, y todo anunciaba una tem-
 pestad; ya se acercaba la hora en que
 las matronas indias colgaban su cayada
 de labor en las ramas del sabinero,
 y en que los papagayos se retiraban á
 los huecos de los cipreses para dis-
 frutar la frescura en medio del dia,
 cuando comenzó á cubrirse el cielo.
 Callaron todas las voces de la soledad,
 guardó silencio el desierto, y quedá-
 ron enmudecidas las selvas, y en una

(1) Mes de Julio.

calma universal. No tardó en oírse á lo lejos el estallido de un trueno, que estendiéndose por aquellos bosques, tan antiguos como el mundo, hizo salir de ellos un ruido terrible. Temiendo nosotros sumergirnos en medio del río, nos dimos prisa para ganar la orilla y retirarnos á una selva. Era aquel un terreno pantanoso: caminábamos con fatiga bajo una bóveda de zarzaparrilla, y entre cepas de viñas, anil, judías, y arrastradas enredaderas, que entrelazaban como redes nuestros piés. Murmuraba al rededor de nosotros el húmedo suelo, y á cada instante nos mirábamos espuestos á hundirnos: nos cegaba un enjambre de insectos, y nos hallábamos rodeados de disformes murciélagos: sonaban por todas partes las culebras de cascabel; y los lobos, osos, bisontos, carcaños y tigres, que iban á abrigarse

á aquellos retiros, los estremecían con sus rugidos.

» Además se aumentaba la oscuridad, y rateras las nubes se metían bajo las sombras de los árboles: abrióse una de ellas despidiendo un grande relámpago de fuego: un viento impetuoso que venia del poniente, mezclaba en un vasto caos unas nubes con otras: se abrió el cielo por varias partes, descubriendo por medio de sus grietas nuevos cielos y campos encendidos: los árboles del bosque parecia que se duplicaban: ¡que espantoso y magnífico espectáculo! Encendió el rayo los árboles: se estendió el fuego como una madeja de llamas; y unas columnas de centellas y humo cubrieron las nubes que descargaron sus rayos sobre el vasto incendio. El sonido de la tempestad y del incendio, el ruido de los vientos, los gemidos de los ár-

boles, los gritos de los fantasmas, los aullidos de las bestias, los clamores de los rios, y los silbidos de los truenos, que se ahogaban cayendo en las olas, todos estos estruendos multiplicados por los ecos del cielo y de las montañas ensordecian el desierto.

» ¡Bien lo sabe el grande espíritu! en este momento no ví sino á Atala, ni pensé en otra cosa que en ella: la metí bajo el inclinado tronco de un flamo grande para libertarla de las aguas, y sentado yo tambien bajo este mismo árbol hospitalario, teniendola sobre mis rodillas, y calentando con mis manos sus hermosos y desnudos piés, me contemplaba mas feliz que una recién casada cuando por primera vez siente que salta en su seno el fruto de sus entrañas.

» Estábamos muy atentos al ruido de la tempestad, cuando siento caer

sobre mi pecho una lágrima de Atala.
 « ¡ Tempestad del corazón! exclamé:
 » ¿ es esta una gota de vuestra lluvia? »
 Y abrazando despues estrechamente á mi amante, la dije: « Atala, sin duda
 » me ocultas alguna cosa: ¡ abre me tu
 » corazón, querida mia! ¡ las penas se
 » alivian mucho euando se comunican
 » á un amigo! ¡ Cuéntame tu dolor
 » secreto, que tanto te obstinas en ocultar! ¡ Ah! ya lo penetro. ¿ Sientes tu
 » patria? » — « Hijo de los hombres,
 » me respondió ella, ¿ porque he de
 » llorar mi patria cuando mi padre no
 » está ya en la tierra de las palmas? »
 — « ¿ Pues que? la dije con asombro,
 » ¿ no eran vuestros padres del país de
 » las palmas? ¿ quien es el que os echó
 » á esta tierra de miseria? respondió:
 » me. » Atala me dijo entónces lo siguiente:

» Antes que mi madre hubiese lle-

» vado al matrimonio con el guerrero
 » Simaghan treinta yeguas, veinte bú-
 » falos, cien medidas de aceite de
 » bellota, cincuenta pieles de castor,
 » y otras muchas riquezas, habia co-
 » nocido un hombre blanco. La madre
 » de mi madre la echó agua en la cara,
 » y la obligó á casarse con el magná-
 » nimo Simaghan, muy parecido á un
 » rey, y honrado de los pueblos como
 » un genio. A este nuevo esposo, pues,
 » le habló mi madre en estos térmi-
 » nos: *Mi vientre ha concebido, ma-*
 » *tadme.* Pero Simaghan la respondió:
 » ¡El grande espíritu me libre de co-
 » meter una accion tan ruin! No os
 » mutilaré, ni os cortaré la nariz, ni
 » las orejas porque sois tan sincera, y
 » no habeis sido infiel á mi tálamo: el
 » fruto de vuestras entrañas lo será
 » tambien mio, y no os visitaré hasta
 » que se vaya el pájaro del arroz,

» cuando brille la luna décimatercia.
 » En este intermedio rompí el seno de
 » mi madre, y comencé á crecer siendo
 » tan orgullosa como un español y
 » como un salvaje. Mi madre me hizo
 » cristiana, como lo eran ella y mi
 » padre. Despues se apoderó de ella
 » la tristeza del amor, y bajó á su pe-
 » queña cueva guarnecida de pieles,
 » de la que no sale jamas. »
 » Tal fué la historia de Atala. Mas
 » ¿quien era tu padre, la dije yo,
 » pobre huérfana del desierto? ¿como
 » le llamaban en la tierra los hombres,
 » y que nombre tenia entre los genios?
 » — Yo no lavé jamas los piés de mi
 » padre, me respondió Atala; solo sé
 » que vivia con una hermana suya en
 » S. Agustin, y que fué siempre fiel
 » á mi madre. Felipe era su nombre
 » entre los ángeles, y los hombres le
 » llamaban *Lopez.* »

» A estas palabras di un grito que resonó en toda la soledad : el ruido de mis transportes se mezcló con el de los truenos, y apretando á Atala sobre mi corazón, como si la quisiese ahogar, la dije estas palabras interrumpidas con sollozos : « ¡ Oh mi querida hermana ! ¡ oh hija de Lopez ! ¡ oh hija de mi bienhechor ! » Asustada Atala me preguntó la causa de mi turbacion ; pero cuando la respondí que Lopez era aquel generoso huésped que me habia adoptado en S. Agustín, y á quien yo habia dejado por vivir libre, quedó también llena de confusion y de alegría.

» Era demasiado golpe para nuestros corazones esta fraternal amistad, que venia á visitarnos y unir su amor con el nuestro : los combates de Atala eran inútiles ; en vano metia su mano en el seno haciendo movimientos es-

traordinarios ; ya la tenia yo agarrada, ya estaba enagenado con su aliento, y ya habia gustado en sus labios todo el encanto del amor. Con los ojos fijos en el cielo, y á la luz de los rayos tenia en brazos á mi esposa en medio de los desiertos, y en presencia del Eterno. ¡ Pompa nupcial, digna de nuestras desgracias, y de la grandeza de nuestros amores salvages ! ¡ soberbias selvas, que agitais todas vuestras yerbas y bóvedas como las cortinas y cielo de nuestra cama ! ¡ abrasados pinos, que formais los faroles de nuestro himeneo ! ¡ rio desenfrenado, montañas bramadoras, espantosa y sublime naturaleza ! ¡ vosotros no érais mas que un vano aparato, preparado para engañarnos, y no pudsteis ocultar por un momento en vuestros misteriosos horrores la felicidad de un hombre !

» Ya no ofrecia Atala mas que una débil resistencia, y yo tocaba el momento de mi felicidad, cuando siento de repente un impetuoso relámpago seguido del estallido de un rayo, que desterrando la espesura de las sombras, y llenando el bosque de azufre y claridad, destrozó un árbol á nuestros piés. Huímos llenos de espanto. ¡Terrible sorpresa!... en el silencio que sucedió á este grande destrozó, oímos el sonido de una campanilla. Suspensos ámbos aplicamos el oído á este ruido tan extraño en el desierto. Al instante oímos á lo lejos el ladrido de un perro; se acerca, redobla sus ladridos, llega, y aulla de alegría á nuestros piés: tras él vimos un viejo solitario que con una linterna en la mano venia desterrando las tinieblas del bosque. » ¡ Bendita sea para siempre la divina providencia! dijo luego

» que nos percibió: ya hace tiempo que os voy buscando. Ordinariamente tocamos por la noche, y cuando hay tempestades, la campanilla de la mision para llamar á los viageros; y á imitacion de nuestros hermanos de los Alpes y del Libano, enseñamos á nuestro perro á descubrir los extranjeros extraviados en las soledades: ya os ha sentido desde que comenzó la tempestad, y me ha conducido aquí. ¡ Oh buen Dios! ¡ que jóvenes son! ¡ pobres hijos! ¡ cuanto habréis sufrido en el desierto! Venid conmigo: aquí tengo una piel de oso que servirá para esta jóven, y un poco de vino en nuestra calabaza. ¡ Sea Dios alabado para siempre en todas sus obras! ¡cuan grande es su misericordia, y cuan infinita su bondad! »
» Atala estaba postrada á los piés

del Religioso, y le dijo: « Cefe de la
 » oracion, yo soy cristiana, el cielo
 » os envia aqui para salvarme. » —
 Por lo tocante á mí, apenas entendia al
 ermitaño: esta caridad me parecia tan
 superior al hombre, que la juzgaba
 un sueño. A la luz de la linterna que
 tenia el Religioso, divisé su barba y
 cabellos llenos de agua, y ensangren-
 tados con las zarzas sus piés, manos y
 cara. — « ¡Venerable viejo! le dije:
 » ¿ que corazon es el tuyo cuando no
 » temes que te mate el rayo? ¡Temor,
 » me respondió con una especie de
 » enardecimiento, temor cuando hay
 » hombres en peligro y puedo serles
 » útil! en tal caso seria un indigno
 » siervo de Jesucristo. — Pero ¿sabes,
 » le contesté, que no soy cristiano?
 » ¿Y que? me replicó, ¿te he pregun-
 » tado acaso cual es tu religion? ¿Ha
 » dicho por ventura Jesucristo, mi

» sangre lavará á este, y no á aquel?
 » Murió igualmente por el judío que
 » por el gentil, y no reconoce en to-
 » dos los hombres sino hermanos y
 » desgraciados. Bien poco es lo que
 » hago aqui por vosotros, y acaso ha-
 » llariais en otra parte mayores so-
 » corros; pero no debe atribuirse esta
 » gloria á los sacerdotes. ¿ Que somos
 » nosotros, débiles solitarios, sino vi-
 » les instrumentos de una obra celes-
 » tial? Mas no obstante, ¿ que soldado
 » habria tan cobarde que volviese piés
 » atras, viendo á su gefe que, con la
 » cruz en la mano y coronada de es-
 » pinas la cabeza, camina delante de
 » él al socorro de los hombres? »
 « Estas palabras penetraron todo mi
 corazon, y derramé lágrimas de admi-
 racion y de ternura.
 « Mis queridos neófitos, prosiguió
 » el misionero, yo gobiernó en estas

» selvas un corto número de salvages,
 » compañeros vuestros: mi gruta está
 » cerca de aquí en una montaña: ve-
 » nid á calentaros á ella, y aunque no
 » hallaréis las comodidades de la vida,
 » os servirá á lo menos de abrigo.
 » ; Aun de esto debo dar gracias á la
 » bondad divina, porque hay muchos
 » hombres que no la tienen! »

LOS LABRADORES.

HAY justos cuya conciencia se halla
 tan tranquila, que no se puede tratar
 con ellos sin participar de la paz que
 exhalan, ó por mejor decir, de su co-
 razon y de sus pensamientos. Segun
 iba hablando el solitario, sentia yo
 calmarse en mi seno las pasiones, y
 hasta la misma tempestad del cielo
 parecia que se alejaba con su voz. Se
 esparciéron tanto las nubes, que nos

permitiéron dejar nuestro retrete. Sa-
 limos del bosque, y comenzámos á
 trepar la espalda de una alta montaña.
 Iba delante de todos el perro, que
 conducia en la punta de un palo la
 linterna apagada. Llevaba yo de la
 mano á Atala, y seguíamos al misio-
 nero que volvia con frecuencia la cara
 para mirarnos, contemplando con lás-
 tima nuestras desgracias y nuestra ju-
 ventud: traía un libro colgado del
 cuello, y un baston blanco en la mano
 derecha: su talle era alto; su figura
 pálida y flaca, y su fisonomía apacible
 y sincera: no tenia aquellas facciones
 amortiguadas y pacatas que se ad-
 vierten en el hombre que nace sin pa-
 siones: se conocia que habian sido
 penosos sus dias; y las arrugas de su
 frente manifestaban las hermosas ci-
 catrices de las pasiones ahogadas por
 las virtudes, y por el amor de Dios y

» selvas un corto número de salvages,
 » compañeros vuestros: mi gruta está
 » cerca de aquí en una montaña: ve-
 » nid á calentaros á ella, y aunque no
 » hallaréis las comodidades de la vida,
 » os servirá á lo menos de abrigo.
 » ; Aun de esto debo dar gracias á la
 » bondad divina, porque hay muchos
 » hombres que no la tienen! »

LOS LABRADORES.

HAY justos cuya conciencia se halla
 tan tranquila, que no se puede tratar
 con ellos sin participar de la paz que
 exhalan, ó por mejor decir, de su co-
 razon y de sus pensamientos. Segun
 iba hablando el solitario, sentia yo
 calmarse en mi seno las pasiones, y
 hasta la misma tempestad del cielo
 parecia que se alejaba con su voz. Se
 esparcieron tanto las nubes, que nos

permitiéron dejar nuestro retrete. Sa-
 limos del bosque, y comenzámos á
 trepar la espalda de una alta montaña.
 Iba delante de todos el perro, que
 conducia en la punta de un palo la
 linterna apagada. Llevaba yo de la
 mano á Atala, y seguíamos al misio-
 nero que volvia con frecuencia la cara
 para mirarnos, contemplando con lás-
 tima nuestras desgracias y nuestra ju-
 ventud: traía un libro colgado del
 cuello, y un baston blanco en la mano
 derecha: su talle era alto; su figura
 pálida y flaca, y su fisonomía apacible
 y sincera: no tenia aquellas facciones
 amortiguadas y pacatas que se ad-
 vierten en el hombre que nace sin pa-
 siones: se conocia que habian sido
 penosos sus dias; y las arrugas de su
 frente manifestaban las hermosas ci-
 catrices de las pasiones ahogadas por
 las virtudes, y por el amor de Dios y

de los hombres. Cuando nos hablaba en pié é inmóvil, su barba larga, sus ojos bajos y modestos, y su voz afable, publicaban su serenidad y grandeza de alma. El que haya visto como yo al P. Aubry, caminando solo por el desierto con su baston y breviario, tendrá una perfecta idea del viagero cristiano sobre la tierra.

» Despues de haber andado una media hora por los peligrosos senderos de la montaña, llegámos á la gruta del misionero, donde entrámos por medio de las yedras, y otras malezas que la lluvia habia arrancado de las peñas. No habia en este albergue sino una estera de hojas de papaya, una calabaza para sacar agua, algunos vasos de madera, una pala, una culebra doméstica, un crucifijo, y el libro de los cristianos, que estaba sobre una piedra que servia de mesa.

» Se dió prisa este buen viejo á encender lumbre con yerbas secas: mollió entre dos piedras un poco de maiz, y haciendo de él una torta, la puso á cocer sobre la ceniza: apénas se puso dorada con el fuego, nos la presentó caliente con crema de nuez en un plato de acbuche.

» Habiendose serenado la noche, nos propuso el siervo del grande Espiritu fuésemos á sentarnos á la punta de una peña que estaba á la entrada de su cueva: le seguimos á este sitio que dominaba una inmensa vista sobre el desierto. Las reliquias de la tempestad se habian dirigido desordenadamente ácia el oriente: los fuegos del incendio que en los bosques habia ocasionado el rayo, brillaban aun á lo lejos: habia al pié de la montaña un pino arrancado: estaban mezclados los rios, empapada la tierra, derribados los

troneos de los árboles , y muertos los animales y peces , cuyo plateado vientre flotaba sobre la superficie de las ondas.

» Mientras mirábamos esta triste escena , contó Atala nuestra historia al viejo genio de la montaña , cuyo corazón quedó tan conmovido que vertía lágrimas sobre su barba. Hija mia , dijo á Atala , es preciso ofrecer á Dios vuestros trabajos , por cuya gloria habeis hecho ya tantas cosas : él os dará la tranquilidad. Bien veis como humean estos bosques , se secan estos torrentes , y se disipan las nubes.

¿ Creéis por ventura que el que puede calmar una tempestad como esta , no podrá tambien aquietar las turbaciones del corazón humano ? En el caso de que no tengais un cómodo albergue , yo os ofrezco , querida hija mia , una cabaña entre el rebaño que tengo

el honor de conducir á Jesucristo : instruiré á Chactas , y os lo daré por esposo cuando sea digno de serlo.

» A estas palabras me eché á los piés del solitario vertiendo lágrimas de alegría ; pero Atala quedó pálida como la muerte. Me levantó el viejo con benignidad , y entónces vi que tenia mutiladas ámbas manos. Comprendió de repente Atala sus desgracias , y dijo : ¡ Los bárbaros , los bárbaros han sido ! »

» Hija mia , la contestó el padre con una dulce sonrisa , ¿ que comparacion tiene esto con lo que ha sufrido mi soberano Maestro ? Si los indios idólatras me han maltratado , es porque son unos pobres ciegos , á quienes Dios alumbrará algun dia : los amo otro tanto mas cuanto mas es el daño que me han hecho ; y es digno de admiracion el ver que habiendo vuelto á mi patria ,

no he podido quedarme en ella, sin embargo de que una ilustre reina quería detenerme para contemplar estas pocas señales de mi apostolado. Pero ¿que recompensa mas gloriosa podia yo recibir de mis trabajos, que haber conseguido de la cabeza de nuestra religion el permiso de celebrar el divino sacrificio con estas manos mutiladas? Despues de un honor tan grande nada mas me faltaba que hacerme digno de él: he vuelto á estos desiertos con ánimo de acabar en ellos el resto de mi vida en servicio de mi Dios. Van á cumplirse treinta años que habito esta soledad, y cumplirán mañana veinte y dos que estoy en esta peña. Cuando llegué á estos parages, no encontré en ellos sino familias yagamundas, de costumbres feroces, y de una vida muy miserable: les hice oír la palabra de paz, y sus costumbres se

fuéron suavizando poco á poco. Viven al presente juntos en una corta sociedad cristiana á la falda de esta montaña. Al mismo tiempo que les instrua en el camino de la salvacion, procuré enseñarles las primeras artes de la vida, sin llevarlos muy lejos, y reteniendo á esta gente honrada en aquella sencillez que constituye la felicidad. Por lo que á mi toca, temiendo incomodarlos con mi presencia, me retiré á esta gruta, donde vienen á consultarme. En este sitio retirado de los hombres, admiro á Dios en la grandeza de las soledades, y me dispongo para la muerte que me anuncian mis largos dias. »

» Al acabar estas palabras, se puso de rodillas el solitario, y nosotros imitamos su ejemplo: comenzó en alta voz una oración, á la cual respondia Atala. Unos relámpagos mudos abrian

todavía los cielos ácia el oriente, y brillaban á un mismo tiempo tres soles sobre las nubes del poniente. Algunos zorros dispersos por la tempestad sacaban sus negros hocicos por el borde de los precipicios, y se oía el ruido de las plantas, que enjugándose con la brisa de la tarde, levantaban por todas partes sus abatidos tallos.

Entrámos otra vez en la cueva, donde el ermitaño dispuso para Atala una cama de musgo de ciprés. Se notaba en sus ojos una profunda languidez, y en medio de sus repetidos movimientos miraba al Padre Aubry, como si tuviese que comunicarle algun secreto, bien que parecia detenerla alguna cosa, ya fuese mi presencia, ya una especie de vergüenza, ó ya tal vez la inutilidad de confesarlo. A media noche sentí que se levantó en busca del solitario; pero como este la había

cedido su cama, se había ido á contemplar la hermosura de la noche, y orar sobre la cumbre de la montaña. Me dijo al día siguiente que acostumbraba hacer esto aun en tiempo de invierno, porque se complacia mirando el balanco de las despojadas cumbres de los árboles, el vuelo de las nubes por los cielos, el zumbido de los aires, y el ruido de los torrentes en la soledad. Tuvo que volverse á su cama mi hermana, y se quedó dormida. Pero ¡ay de mí! lleno de esperanzas no percibía en la debilidad de Atala sino unas señales pasajeras de cansancio.

A la mañana siguiente me despertáron los cánticos de los cardenales y de los pájaros burlones, que anidaban en las acacias y laureles plantados al rededor de la gruta. Fui á coger una rosa magnolia mojada con

las lágrimas de la mañana, y la puse en la cabeza de Atala que estaba dormida, esperando yo, según la religión de mi país, que bajase el alma de algún niño de pecho á esta flor en una gota de rocío, y entrase por un dichoso sueño en el seno de mi futura esposa. Después busqué á mi huésped, á quien hallé con su ropa recogida hasta la cintura, con el rosario en la mano, y aguardandome sentado en el tronco de un pino, que se habia caído de viejo. Me propuso fuese con él á la misión, mientras que descansaba Atala: acepté su oferta, y nos pusimos en camino.

» Al bajar la montaña, ví unas encinas donde pensé que los genios habian grabado caracteres estraños. El ermitaño me dijo que los habia hecho él mismo, y que eran los versos de un antiguo poeta llamado Homero; y

asimismo algunas sentencias de otro poeta mucho mas antiguo, llamado Salomon. Parecia que se notaba en todo una antigua y misteriosa armonía entre la sabiduría de los tiempos, los versos gastados con el musgo, el solitario que los habia grabado, y las encinas viejas que en lo profundo del desierto le servian de libros.

» Su nombre, su edad, y la fecha de su misión estaban tambien señalados sobre una caña de la sábana que estaba al pié de estos árboles. Estrañé los hubiese grabado en un monumento tan frágil. Durará mas que yo, me respondió el Padre, y tendrá siempre mas estimacion que el poco bien que yo hice.

» Fuimos desde allí á una garganta del valle, donde ví una obra maravillosa: era un puente natural como el de la Virginea, del que acaso habréis

oído hablar. Los hombres, hijo mío, dijo el solitario, y sobre todo los de tu país, imitan con frecuencia á la naturaleza, pero sus copias son siempre defectuosas. No la sucede á ella lo mismo cuando quiere imitar las obras de los hombres: entónces sabe echar puentes desde la cima de una montaña á la cumbre de otra, colgar caminos en las nubes, vaciar rios en canales, esculpir montes por columnas, y por estanques la cavidad de los mares.

» Pasámos por bajo del único arco de este puente, y nos hallámos metidos dentro de otra obra maravillosa: íbamos de un encanto á otro. Este era el cimiterio de los indios de la mision, ó los *bosquecillos de la muerte*. Habia permitido el ermitaño que los indios enterrasen sus muertos segun su estilo, y solamente habia santifi-

cado este sitio con una cruz (1). Estaba dividido aquel terreno, y el campo comun de las cosechas, en tantas porciones como habia de familias. Se componia cada porcion de un bosque pequeño, que variaba segun el gusto é ideas de los que lo habian plantado. Serpenteaba por medio de ellos un apacible arroyuelo á quien llamaban el *arroyo de la paz*. Este risueño asilo de las almas llegaba por el oriente hasta el puente bajo el cual habíamos pasado; por el septentrion y mediodia á unos cerrillos; y solamente tenia entrada por el occidente, donde habia un bosque grande de pinos, cuyos troncos matizados de rojo y verde parecian unas altas columnas, y for-

(1) Sin duda el padre Aubrey habia imitado á los jesuitas de la China, que permitian á los chinos enterrar á sus parientes en sus jardines, segun su antigua costumbre.

maban un magnífico peristilo en aquel hermoso templo de la muerte. Reinaba en este bosque un ruido solemne parecido al que forma el órgano en las bóvedas de una iglesia cristiana; pero cuando se llegaba al fondo del santuario, no se oían mas que los himnos de las aves que al parecer celebraban una fiesta eterna en memoria de los difuntos.

« Al salir de este bosque descubrimos el pueblo de la mision, situado á la orilla de un lago sembrado de flores.

« Se llegaba á ella por una calle de magnolias y encinas verdes que guarnecen uno de los antiguos caminos de aquella soledad. Luego que los indios vieron en la llanura á su anciano pastor, dejaron sus trabajos y corrieron delante de él. Bajaban los unos respetuosamente su ropa; ayudaban otros sus trémulos pasos, y levantaban las

madres en sus brazos á sus tiernos hijos para que viesen al hombre de Jesucristo, que derramaba sobre ellos lágrimas paternales. Se informaba al paso de lo que ocurría en el pueblo, aconsejando á unos, y reprendiendo con dulzura á otros; hablaba de la recolección de las cosechas, de la instruccion de los niños, del alivio de las penas, mezclando á Dios en todos sus discursos.

« Escoltados de este modo llegámos al pié de una grande cruz que estaba sobre el camino. Aquí era donde el siervo de Dios acostumbraba celebrar los misterios de su religion. — « Mis queridos neófitos, dijo volviéndose al pueblo, os ha llegado un hermano y una hermana, y para colmo de la felicidad veo que la divina providencia libertó ayer vuestros sembrados: ved aquí dos motivos muy poderosos para

darle las gracias; ofrezcámosle el divino sacrificio asistiendo todos á él con un recogimiento profundo, una fé viva, un reconocimiento sin limites, y un corazón humilde.»

» Al instante se revistió este divino sacerdote de una túnica blanca de corteza de morales, que había traído consigo: sacó los vasos sagrados de un tabernáculo que estaba al pié de la cruz; preparó el altar sobre un pedazo de peña; trajéron agua de un arroyo inmediato, y se sacó vino para el sacrificio. Todos nos pusimos de rodillas en la alta yerba, y comenzó el misterio en medio del desierto.

» La aurora que se descubria detras de las montañas inflamaba el vasto oriente. Todo parecia de oro ó de rosa en la soledad. Salió en fin del abismo de la luz el astro anunciado por tanto esplendor, hallando su pri-

mer rayo la hostia consagrada, que en aquel mismo momento elevaba por los aires el sacerdote. ¡ Oh encanto de la religion! ¡ oh magnificencia del culto cristiano! ¡ un viejo ermitaño por sacrificador; una peña por altar; un desierto por iglesia, y unos inocentes salvages por asistentes! No dudo que se cumpliese el grande misterio en el momento en que inclinámos nuestro rostro sobre la tierra, y que descendiese Dios sobre todos los bosques así como le sentí bajar sobre mi corazón.

» Despues del sacrificio, en el que nada eché de menos sino á la hija de Lopez, nos volvimos á la poblacion, donde admiré de nuevo los milagros de la religion. Reinaba allí la mas preciosa mezcla de la vida social y de la naturaleza; junto á un bosquecillo de cipreses del antiguo desierto se veía una nueva labranza, cuyas dora-

das espigas ondeaban sobre los troncos de encinas caídas, reemplazando los manojos de mieses á los árboles de tres siglos. Por todas partes se veían humear los bosques entregados á las llamas, y correr lentamente el arado entre los escombros de sus raíces. Unos agrimensores iban midiendo el desierto con largos cordeles, y jueces árabitos señalaban las primeras propiedades. El ave cedía su nido, y la guarida de la bestia feroz se convertía en cabaña. Oíanse retumbar las fraguas, y los golpes del hacha hacían por la última vez resonar los ecos, que iban á espirar con los árboles que les servían de asilo.

» Vagueaba yo embelesado por medio de estos cuadros, que se me hacían mas dulces por la memoria de Atala, y por los sueños de felicidad en que mecía todo mi corazón. Admiraba el

triunfo del cristianismo sobre la vida salvaje; veía civilizarse el hombre á la sola voz de la religion, y asistia á sus primitivas bodas y á las de la tierra. Aquel, por este gran contrato, cedia á la tierra la herencia de sus sudores; y esta, en recompensa, se obligaba á darle fielmente las cosechas, alimentar sus hijos, y recoger sus cenizas y las del hombre.

» A este tiempo llegaron con un niño al misionero, que lo bautizó entre unos jazmines floridos que estaban á la orilla de un manantial, al mismo tiempo que en medio de los juegos y trabajos se presentaba un féretro en los bosquecillos de la muerte. Dos esposos recibieron bajo una encina la bendicion nupcial, y fuimos á colocarlos en un rincon de la soledad. Iba delante de todos el pastor echando bendiciones por todas partes sobre las

peñas, árboles y fuentes, al modo que en otros tiempos, según el libro de los cristianos, bendijo Dios la tierra iaculta dandola en herencia á Adán. Esta corta procesion, que mezclada con sus rebaños seguía de peña en peña á su venerable jefe, representaba á mi enternecido corazón aquellas antiguas celebraciones de las primitivas familias de los hombres, cuando Sem atravesaba con sus hijos el mundo desierto, siguiendo al sol que caminaba delante de él.

• Pregunté al santo ermitaño como gobernaba sus hijos, y me respondió con suma complacencia: No les he dado ley alguna; solo les enseño á amarse recíprocamente, orar á Dios; y esperar una vida mejor, pues en solo esto se encierran todas las leyes del mundo. Allí veis una cabaña mas grande que las otras en medio de la

poblacion, y sirve de capilla cuando hueue. En ella se junta por mañana y tarde el pueblo para alabar al Señor; y cuando estoy ausente, me sustituye un anciano, porque la vejez y la maternidad son una especie de sacerdocio de la naturaleza. Se van despues á trabajar al campo, en el cual, aunque esten divididas las propiedades con el fin de aprender la economia social, se depositan las cosechas en graneros comunes para mantener la caridad fraternal. Cuatro ancianos son los que distribuyen con igualdad el producto del trabajo. Añadid á esto las ceremonias religiosas, los cánticos, la cruz donde celebros los misterios, el olmo bajo el cual predico cuando hace buen tiempo, nuestros sepulcros inmediatos á las tierras de labor, nuestros rios donde bautizo los niños, y el San Juan del desierto, y tendréis

alguna idea del reino de Jesucristo.

» Me embelesaron las palabras del solitario, y conoci cuan superior era esta vida estable, moral y laboriosa, á la vida errante, inútil y ociosa del salvaje.

» ¡ Ah ! René, no murmuro contra la Providencia, pero confieso que jamas puedo acordarme de esta sociedad evangélica, sin experimentar toda la amargura de las aflicciones. ; Cuan feliz hubiera hecho mi vida una cabaña construida en estas orillas, en compañía de Atala ! ; en ella darian fin todas mis correrías ; allí acompañado de mi adorada esposa, desconocido de los hombres, y ocultando mi dicha en el fondo de los bosques, pasaria como los rios que no tienen nombre en el desierto ! En lugar de aquella paz que osaba entonces prometerme, ; entre cuantas aflicciones he pasado mis dias ! Pero hecho juguete de la fortuna,

derrotado en todas las orillas, desterrado por mucho tiempo de mi pais, y no encontrando en él á la vuelta mas que una cabaña arruinada y unos amigos olvidados en el sepulcro, debia ser este el destino de Chactas.

EL DRAMA.

» Aunque fué muy vivo el sueño de mi felicidad, fué tambien de corta duracion, porque me despertó la gruta del solitario. Quedé sorprendido cuando llegando á ella al mediodia, vi no se presentaba Atala á nosotros : no sé que repentino horror se apoderó de mí ; sentí despedazarse mi corazon, y me pareció que los laureles murmuraban tristemente sobre la montaña. Cuando llegué á la gruta, no me atrevi á llamar á la hija de Lopez : se espantaba igualmente mi imaginacion con la voz que con el silencio que sucedian á mis

gritos. Pero mas sobresaltado aun con la noche que reinaba á la entrada de la peña, dije al misionero: Vos, á quien el cielo acompaña y fortalece, penetrad esas sombras, y restituidme á mi querida Atala....

« ¡ Cuan débil es aquel á quien dominan las pasiones! ¡ cuan fuerte el que descansa en Dios! Mas valor residia en aquel corazon religioso, abrumado con setenta y dos años, que en toda la juventud de mi pecho. Entró en la gruta este hombre de paz, y yo me quedé fuera lleno de terror; pero oyendo salir al instante del fondo de la peña un murmullo sordo mezclado de llantos, di un grito, y recobrando todas mis fuerzas me abalancé á la noche de la caverna.... ¡ Espiritus de mis padres! ¡ solo vosotros sabéis el espectáculo que enterueció mis ojos!

« Habia encendido el solitario una

tea de pino, que tenia en su trémula mano sobre la cama de Atala: esta hermosa y jóven muger, medio levantada y apoyada sobre el codo, estaba pálida y desmelenada: brillaban sobre su frente unas gotas de sudor mortal, sus miradas tristes querian manifestarme su amor, y su boca procuraba sonreirse. Herido yo como de un rayo, fijos los ojos, estendidos los brazos, y entreabiertos los labios, quedé inmóvil; y reinando entónces por algun tiempo un profundo silencio entre los tres personajes de esta dolorosa escena, le rompió por fin el solitario diciendo: « Esto no será tal vez mas que » una calentura ocasionada del can- » sancio; y si nos resignamos en la vo- » luntad de Dios, tendrá compasion » de nosotros. »

« A estas palabras mi sangre, que estaba detenida, volvió á tomar de

nuevo en mi corazón su curso ordinario, y con la inconstancia de salvaje pasé repentinamente desde el miedo á una confianza excesiva; pero Atala no me dejó en este estado mucho tiempo, porque moviendo tristemente la cabeza, nos hizo señal que nos acercásemos á su cama.

« Padre mio, dijo con una voz débil, dirigiéndose al religioso: estoy ya tocando el momento de mi muerte. ¡ Oh Chactas! escucha sin desesperarte el funesto secreto que te he ocultado para no hacerte demasadamente miserable, y por obedecer á mi madre. Procura no interrumpirme con muestras de un dolor que precipitaria los pocos instantes que me quedan de vida. Tengo bastantes cosas que decir; pero no podré darme mucha prisa á causa de los débiles latidos de mi corazón, y de un cierto peso frio que

apénas puede sostener mi pecho. »

« Después de algunos momentos de silencio, prosiguió Atala diciendo:

« Comenzó mi triste destino aun casi ántes de nacer: me habia concebido mi madre en la desgracia; molestaba yo su seno, y me echó al mundo con agudos dolores de sus entrañas: se desconfió de mi vida, y para salvarla, hizo un voto mi madre prometiendo á la reina de los Angeles que la consagraria mi virginidad si recobraba mi salud....; Voto fatal que me precipita al sepulcro!

« Tenia ya diez y seis años cuando perdí á mi madre, la que pocas horas ántes de morir me llamó á la cabecera de su cama, y me dijo á presencia de un misionero que la consolaba en sus últimos instantes: Hija mia, bien sabes el voto que ofrecí por tí. ¿Querrás por ventura dejar mal á tu madre?

¡ Oh Atala mia ! te dejo en un mundo que no es digno de poseer una cristiana en medio de unos idólatras que persiguen al Dios de tu padre y mio, al Dios que despues de haberte dado la vida, te la conservó por un milagro.

« Ah ! ; hija mia querida ! acepta el velo de las vírgenes ; renuncia los cuidados de las cabañas , y las funestas pasiones que agitaron el seno de tu madre.... Ven , pues , querida mia , ven , y jura sobre esta imagen de la madre del Salvador , entre las manos de este santo sacerdote y de tu madre moribunda , que no me desmentirás á la faz del cielo ! Ten presente que me obligué por ti , á fin de salvarte la vida , y que si no cumples mi promesa , no solo serás castigada , sino tu pobre madre , cuya alma sepultará en tormentos eternos.

« ¡ Oh madre mia ! ; por que hablás-

teis así ? ; Oh religion santa , que oraciones á un mismo tiempo mis males y mi felicidad , que me pierdes y me consuelas ! ; Y tú , querido y triste objeto de una passion que me consumo hasta en los brazos de la muerte ; tú , querido Chaetas , bien ves al presente la causa del rigor de nuestro destino !... Deshecha en lágrimas , y precipitandome al seno maternal , la prometí cuanto exigia de mí . Pronunciando sobre mi el misionero algunas palabras formidables , me dió el escapulario que traigo siempre conmigo . Mi madre me amenazó con su maldicion si quebrantaba el voto ; y despues de haberme encargado un secreto inviolable para con los paganos perseguidores de mi religion , espiró teniendome abrazada .

« No conocí por el pronto el peligro de mi juramento . Llena de ardor

como verdadera cristiana, y orgullosa con la sangre española que corre por mis venas, no vi por todos lados sino hombres indignos de recibir mi mano, y me complacia en no tener otro esposo que al Dios de mi madre.... Pero te vi, o jóven y hermoso prisionero: me enterneció tu triste suerte, me atrevi á hablarte junto á la hoguera del bosque.... y entónces fué cuando sentí todo el peso de mis votos. » —

Al acabar Atala de pronunciar estas palabras, apretando yo los puños, y mirando al misionero con un aire amenazador, le dije : ¿ Es esta la religion que tanto me habeis ponderado ? ¿ Perezca el juramento que me quita á Atala ! ¿ muera el Dios que se opone á la naturaleza ! ¡ hombre ! ¡ sacerdote ! ¿ que has venido á hacer á estos bosques ?.....

« ¡ Salvarte, me dijo el viejo con

una voz terrible ; domar tus pasiones, ó impedirte, blasfemo, que atraigas sobre tí la cólera celestial ! Dime, jóven inconsiderado, ¿ te parece regular quejarte de tus dolores cuando empiezas á vivir ? ¿ donde estan las señales de tus trabajos ? ¿ donde estan las injusticias que has padecido ? ¿ donde tus virtudes, las cuales solo podian darte algun derecho para quejarte ? ¿ que servicios has hecho ? ¿ que bien has practicado ? ¡ Ah, desdichado ! no me presentas sino pasiones, ¿ y te atreves á acusar al cielo ? Despues que hayas pasado, como el padre Aubry, treinta años de destierro sobre las montañas, no juzgarás así de los designios de la Providencia ; entónces conocerás que nada sabes, que nada eres, y que no hay castigos tan rigurosos, ni males tan terribles que no merezca sufrir la carne corrompida. »

» Los centelleantes ojos del viejo, su barba que le llegaba al pecho, y sus fulminantes palabras le hacian semejante á un Dios. Consternado con la gravedad y magestad que descubria, me eché á sus piés pidiendole perdon de mi arrebató. Hijo mio, me respondió con un acento tan dulce que penetró mi alma; hijo mio querido, no es por mí por quien os he reprendido. ¡ Ah! teneis mucha razon, mi querido; bien poco es lo que he venido á hacer á estos bosques, y no tiene Dios un siervo mas indigno que yo. Pero, hijo mio, al cielo, al cielo es al que no debe acusarse jamas. Perdonadme si os he ofendido, pero escuchemos á vuestra hermana: tal vez habrá algun remedio, con que no perdamos las esperanzas..... ¡ Chactas! la religion, que hizo de la esperanza una virtud, es muy divina.

» Mi jóven amigo, me dijo Atala, testigo has sido de mis combates, y sin embargo no has visto de ellos sino una parte muy pequena, porque te ocultaba lo demas. El esclavo negro que riega con sus sudores las abrasadas arenas de la Florida, no es tan miserable como lo ha sido Atala. Aconsejandote que huyeses, y cierta sin embargo de que moriria si te alejabas de mí; temiendo huir contigo á los desiertos, y respirando al mismo tiempo á la sombra de los árboles, y llamando á grandes gritos á la soledad..... ¡ Ah! si solo se tratara de dejar á mis parientes, amigos, patria; y aun (¡ cosa espantosa!) si solo se tratara de..... Mas, ¡ o madre mia! tu sombra, tu sombra misma estaba siempre á mi lado echandome en cara sus tormentos; oía tus llantos, y veia abrasarte en las llamas del infierno..... Mis no-

ches eran penosas y llenas de fantasmas, mis días sumamente tristes; el rocío de la noche se secaba al caer sobre mi abrasada cutícula. Abria mis labios para respirar las brisas, y estas, en vez de refrescarme, se abrasaban con el fuego de mi aliento.

¡Que tormento el verte continuamente junto á mí, lejos de los hombres, en unas profundas soledades, y sentir en medio de los dios una barrera invencible! Pasar mi vida á tus piés, servirte como esclava, y disponer tu comida y cama en el mas recóndito rincón del mundo, seria para mí la suprema felicidad: ya tocaba á esta, y no la podía disfrutar. ¡Cuántos deseos he promeditado! ¡cuántos sueños han salido de este corazón tan triste! Fijando algunas veces mis ojos sobre tí en medio del desierto, llegaba hasta formar deseos tan insensatos

como culpables: algunas veces deseaba fuésemos los dos solos los únicos vivientes del mundo; otras, sintiendo que una divinidad me detenía en mis terribles transportes, deseaba verme libre de esta divinidad, aun cuando estrechada entre tus brazos tuviese que rodar de abismo en abismo con la destruccion del mundo. ¡Lo diré? ahora mismo que va á absorberme la eternidad, y voy á presentarme ante el inexorable juez; en este mismo momento, ¡ay de mí! en este mismo momento en que por obedecer á mi madre veo que mi virginidad me quita la vida, conozco que por una terrible contradicción...

» Hija mía, la interrumpió el misionero, os estravia vuestro dolor. No es justa la excesiva pasión á que os entregais; pero es menos culpable á los ojos de Dios, porque es mas bien

una ilusion del entendimiento que un vicio del corazon. Es preciso, pues, alejar de vos unos impulsos que no son dignos de vuestra inocencia. Pero tambien, hija mia querida, vuestra impetuosa imaginacion os asustó demasiado acerca de vuestros votos. La religion no exige de nosotros sino sacrificios humanos. Sus sentimientos verdaderos, y sus moderadas virtudes son muy superiores á los sentimientos exaltados, y á las virtudes forzadas de un supuesto heroismo. Si os hubiérais rendido, ¡ay pobre oveja descarriada! el buen pastor os hubiera buscado para volveros alrebaño. Teniais abiertos los tesoros del arrepentimiento. Para borrar las culpas delante de los hombres, se necesitan arroyos de sangre; para borrarlas delante de Dios, basta una sola lágrima. Tranquilizaos, pues, querida hija mia, tranquilizaos,

que vuestra situacion necesita de quietud: dirijámonos á Dios que sabe curar las llagas á sus siervos. Si se dignase, como lo espero, sacaros de esta enfermedad, escribiré al obispo de Quebec, que tiene los poderes necesarios para relajar vuestros votos, como puramente simples, y acabaréis vuestros dias junto á mí con vuestro esposo Chaetas.

» Al oír estas palabras del viejo, se apoderó de Atala una convulsion general que solo la dejó para dar señales de un agudo dolor. ¿Pues que, dijo ella juntando sus dos manos con ternura, hay para esto algun remedio? ¿se pueden relajar mis votos? Sí, hija mia, la respondió el padre. Es ya tarde, es ya tarde, contestó ella. Moriría sin duda en el momento que supiese podría ser feliz. ¿Que no hubiera yo conocido ántes á este virtuoso

anciano! ¡Que feliz sería hoy contigo, y con Chactas ya cristiano!..... Consolada, asegurada por este sacerdote augusto.... en este desierto.... para siempre.... ¡Ah, esta hubiera sido demasiada felicidad para mí!... — Sosiegate, la dije cogiendo una de sus manos; sosiegate, que no tardaríamos en disfrutar esta felicidad.... ¡Jamás, jamás! respondió Atala.... ¿Como? la repliqué yo. Aun no lo sabes todo, repuso ella. Ayer.... durante la tempestad.... me estrechabas.... tuya es la culpa.... yo iba á violar mis votos, y á sepultar á mi madre en las llamas del abismo.... ya estaba sobre mi su maldición.... ya mentía al Dios que me salvó la vida.... Cuando besabas mis trémulos labios, ¿no sabías que no abrazabas sino á la muerte? ¡Oh cielo santo! dijo el misionero: ¿que es lo que habeis hecho, hija mia?....

Cometer un delito, padre mio, respondió Atala con los ojos espantados; pero sola yo me perdí, salvando á mi madre.... Acaba, pues, la dije lleno de espanto, acaba.... ¡Ay de mí! exclamó ella, que pronosticando mi flaqueza, al dejar las cabañas traje conmigo.... ¿Que es lo que trajiste? la pregunté espantado.... ¿Un veneno? dijo el padre.... Ya está en mi corazón, replicó Atala.

» Se le cae de la mano la luz al solitario; yo caigo desmayado junto á esta desgraciada; nos estrecha el viejo con sus paternas brazos, y todos tres en tinieblas mezclamos nuestros sollozos sobre esta funebre cama.

» ¡Levantemonos! ¡levantemonos! nos dijo al instante encendiendo una luz el valeroso ermitaño. No perdamos unos momentos tan preciosos. Intrépi-

dos cristianos, despreciamos los asaltos de la adversidad : con una soga al cuello, y cubierta la cabeza de ceniza, arrojemonos á los piés del Altísimo para implorar su clemencia, ó para someternos á sus decretos ; tal vez tendremos á un tiempo.... Bien pudisteis, hija mía, habermelo dicho ayer tarde.

« ¡ Ah! Padre mio, respondió Atala, os busqué la noche pasada ; pero el cielo en castigo de mis culpas os alzó de mí. Cualquier socorro por otra parte hubiera sido inútil ; porque sin embargo de que los mismos indios son tan hábiles en los venenos, no conocen remedio para el que tomé. ¡ Oh Chactas ! juzga cual seria mi espanto cuando ví que el efecto no era tan pronto como lo esperaba : redobló mi amor las fuerzas, y no pudo mi alma separarse tan pronto de tí.

« No fuéron solo los sollozos los que interrumpieron la relacion de Atala, sino tambien aquellos furores que conocen solo los salvages. Me revolqué furioso sobre la tierra, torciendome los brazos y mordiendome las manos. El viejo sacerdote con una maravillosa ternura prodigando mil socorros desde el hermano á la hermana, sin embargo de la calva de su corazon y el peso de sus años, sabia hacerse inteligible á nuestra juventud ; y su religion sublime le suministraba acentos mas tiernos y mas ardientes que nuestras mismas pasiones. Este sacerdote que por espacio de cuarenta años habia estado sacrificando diariamente en las montañas al servicio de Dios y de los hombres, me representaba un grande holocausto despidiendo un humo perpetuo sobre los altos lugares del Señor.

« ¡ Ah ! en vano procuró aplicar re-

medios á los males de Atala. Su fatiga, su tristeza, el veneno, y una pasión mucho mas mortal que todos los venenos juntos, se reunian para quitar esta flor á la soledad. Manifestáronse por la tarde unos síntomas malignos: se hincháron todos sus miembros, y empezáron á enfriarse las estremidades de su cuerpo; tocando con mis dedos, me decia: ¿No los sientes helados? Yo no sabia que responderla, y se me crizaban de horror los cabellos. Despues me dijo: *Aun ayer, mi querido, tu solo tacto me hacia estremecer; pero ahora ya no siento tu mano..... apenas percibo tu voz, y van desapareciéndose sucesivamente á mi vista todos los objetos de la gruta..... ¿No son pájaros los que cantan? ¿Va á ponerse ahora el sol?.... ¡Chactas! ¡que hermosos parecerán sus rayos en el desierto, sobre mi sepulcro!*»

«Conociendo Atala que nos hacian llorar sus palabras, nos dijo: *Perdonadme, mis buenos amigos, estoy muy débil; mas puede suceder que me convierta en otra mas fuerte..... No obstante, ¡morir tan jóven!..... ¡tan pronto!.... ¡cuando mi corazon estaba tan lleno de vida!.... Gefe de la oracion, ten compasion de mí, sostenme. ¿Crees que esté contenta mi madre, y que me perdone Dios lo que hice?*

«Hija mia, le respondió el buen Religioso vertiendo lágrimas que enjugaba con sus trémulas y mutiladas manos: *hija mia, todas vuestras desgracias nacen de vuestra ignorancia; vuestra educacion salvaje, y la falta de instruccion necesaria, son las causas de vuestra perdicion: ignorábais que una cristiana no podia disponer de su vida. Consolaos, pues, mi oveja querida, consolaos: Dios os perdonará*

por la sencillez de vuestro corazón. Vuestra madre, y el imprudente misionero que la dirigia, han sido mas culpables que vos : se escudieron en sus facultades, arrancandoos un voto indiscreto ; pero sea con ellos la paz del Señor. Todos tres ofrecéis un terrible ejemplo de los peligros del entusiasmo, y de la falta de luces en materia de religion. Sosegaos, hija mía : el que sondea los riñones y los corazones, os juzgará segun vuestras intenciones, si eran puras, y no sobre vuestra accion que es criminal.

» Por lo que toca á vuestra vida, si llega pronto el momento de dormir en el Señor, ¡ ah ! mi querida hija, ¡ cuan poco perdeis perdiendo el mundo ! Sin embargo de la soledad en que habeis vivido, conocisteis muy bien los disgustos. ¿ Que pensariais, pues, si hubierais sido testigo de los males de

la sociedad, y si, llegando á las costas de Europa, hubiéseis oido el continuado grito del dolor que se levanta en aquella antiquísima tierra ? Los habitantes de las cabañas y de los palacios tienen todos que sufrir y gemir en este mundo : tambien se ha visto llorar á las reinas como á unas miserables mugeres, y causa espanto ver la cantidad de lágrimas que encierran los ojos de los monarcas.

» ¿ Es por ventura vuestro amor el que sentis ? En este caso, hija mía, seria tambien preciso llorar un sueño ; Conocéis acaso el corazón del hombre, ó podeis contar las inconstancias de sus deseos ? Primero calculariais el número de las ondas que arrolla el mar en una tempestad. ¡ Atala ! los sacrificios y los beneficios no son lazos eternos : llegaria tal vez un dia en que el disgusto sucediese á la hartura : se

contaria por nada lo pasado, y no se conocerian sino los disgustos de una union pobre y despreciada. Los mas bellos amores, hija mia, fuéron sin duda alguna los de aquel hombre y muger que salieron de la mano del Criador. Para ellos se habia formado un paraíso: eran inocentes é inmortales, y como perfectos en alma y cuerpo se convenian en todo. Eva habia sido criada para Adan, y Adan para Eva; y si, no obstante estas prerogativas, no habian podido conservarse en aquel estado dichoso, ¿que matrimonios podrán serlo? No os hablaré de los matrimonios de los primeros hijos de estos; de aquellas uniones inefabes, cuando la hermana se casaba con su hermano, cuando el amor y amistad fraternal se confundian en un mismo corazon, y cuando la pureza del uno aumentaba las delicias del

otro. Todas estas uniones padeciéron sin embargo sus turbaciones: se introdujéron los celos en el altar de céspedes donde se sacrificaba un cabrito: reináron tambien en la tienda de Abraham y en las mismas camas donde los patriarcas disfrutaban tanta alegría, que olvidaban la muerte de sus madres.

» Os engañarais, hija mia, si pensáseis ser mas inocente y mas dichosa en vuestros lazos, que las antiguas familias de que Jesucristo se dignó ser descendiente. Omíto las circunstancias de los cuidados domésticos, las disputas, los disturbios, las inquietudes, y todas las penas secretas que velan en la almohada del tálamo conyugal. La muger se casa llorando, y renueva sus dolores siempre que pare. ¿Cuántos males se experimentan en la sola pérdida de un recién nacido, si muere sobre el seno

de la madre, al aplicarle el pecho!... La montaña estaba llena de gemidos, y nadie podía consolar á Raquel en la pérdida de sus hijos. Estas amarguras uuidas á las ternuras humanas son tan fuertes, que no pocas veces hemos visto señoras muy queridas de reyes, que dejaron la corte para sepultarse en unos claustros, y sujetar la carne rebelde, cuyas plácemes estan llenos de dolores y sentimientos.

» Pero me diréis tal vez que estos últimos ejemplos no os han comprendido, porque toda vuestra ambicion se ha reducido á vivir en una oscura cabaña con el hombre de vuestra eleccion; que no buscais tanto las dulzuras de himeneo, quanto los encantos de aquella locura que la juventud llama amor. Ilusion, quimera, vanidad, y sueño de una imaginacion viciada! Yo mismo, hija mia, yo mismo co-

noxi tambien las borrascas del corazon; esta cabeza no estuvo siempre calva, ni este pecho tan tranquilo como os lo parece hoy. Dad crédito á mi experiencia: si el hombre constante en sus afectos pudiera conservar un sentimiento perpetuo, sin duda alguna la soledad y el amor igualarian al mismo Dios; pues son estos los dos eternos plácemes del gran Ser. Pero el alma del hombre se cansa, y no ama jamas por mucho tiempo un mismo objeto con plenitud. Hay además algunos puntos donde no se unen dos corazones, y estos puntos son suficientes para hacer la vida insoportable.

» Finalmente, querida mia, el mayor engaño de los hombres en el sueño de su felicidad es olvidar esta enfermedad de la muerte, que está unida á su naturaleza; es preciso morir, es preciso disolverse. Tarde ó temprano, sea

cual fuere vuestra felicidad, ese hermoso rostro habia de tomar aquella figura uniforme que da el sepulcro á la familia de Adán: el mismo ojo de Chactas no os conoceria entre vuestras compañeras de tumba. El amor no estiende su imperio sobre los gusanos del féretro. Pero ¿que digo? (¡oh vanidad de vanidades!) ¿que hablo yo del poder de las amistades de la tierra! ¿quereis conocer su estension? Si volviera un hombre á este mundo despues de algunos años de muerto, dudo lo volviesen á mirar con alegría aquellos mismos que mas lloraron su muerte. ; Tan en breve se forman otros lazos! ; tan fácilmente se adquieren otras costumbres! ; tan natural es al hombre la inconstancia! ; tan poco interesa nuestra vida al corazon de nuestros amigos!

» Dad pues las gracias, hija mia, á la bondad divina, porque os saca tan

pronto de este valle de miserias. Ya os está preparado sobre las nubes el vestido blanco, y la resplandeciente corona de las virgenes: ya estoy oyendo á la Reina de los Angeles que os dice: *Ven, mi digna sierva, ven, paloma mia, ven á sentarte sobre un trono de candor entre todas las virgenes que sacrificaron su hermosura y juventud al servicio de la humanidad, á la educacion de los hijos, y al ejercicio de la penitencia: ven, rosa mística, á descansar sobre el seno de Jesucristo: ese féretro, que es la cama nupcial que habeis escogido, no será engañado por vuestro celestial esposo, y jamas tendrán fin sus abrazos.*

» Así como abate los vientos el último rayo del dia, y espatee la calma por el hermosa cielo; del mismo modo la apacible palabra del viejo calmó las pasiones sublevadas en el seno de

mi amante. No pensaba al parecer sino en mi dolor, y en los medios de hacerme soportar su pérdida. Unas veces me decía que moriría dichosa, si la prometía enjugar mis lágrimas: otras me hablaba de mi madre y de mi patria; y procurando de este modo distraerme del dolor presente, me renovaba otro pasado. Me exhortaba á la paciencia y á la virtud. « No serás siempre desgraciado, me decía: si te prueba hoy el cielo, es solamente para hacerte mas compasivo de los males ajenos. El corazón, o Chactas, es como aquellos árboles que no dan su bálsamo para las heridas de los hombres, sino cuando sufren la incisión del hierro. »

« Después de haberme hablado así, se encarbaba al misionero, esperando de su boca aquel mismo alivio que ella me hacia experimentar; y ya consola-

dora, ya consolada, daba y recibía la palabra de vida sobre la cama de la muerte.

« El celo del ermitaño se aumentaba continuamente. Todos sus huesos parecían reanimados por el fuego de la caridad: al mismo tiempo que preparaba remedios, encendía la lumbre y refrescaba la cama, hacia admirables discursos acerca de Dios y de la felicidad de los justos. Con el farol de la religion en la mano parecia ir delante de Atala al sepulcro, para mostrarla en él los secretos maravillosos. Toda aquella humilde gruta estaba llena de la grandeza de esta muerte cristiana, y los espíritus celestiales estaban atentos sin duda á esta escena, donde solo la religion luchaba contra el amor, contra la juventud y contra la muerte.

« Triunfaba esta religion divina, cuya victoria se conocia por una santa

tristeza que sucedía en nuestros corazones á los primeros transportes de las pasiones. Como á medianoche, parecia se hallaba Atala con mas ánimos para repetir algunas oraciones que pronunciaba el religioso al lado de su cama. Poco tiempo despues me alargó la mano, y con una voz que apenas se percibia me dijo : « Hijo de Outalissi, » ¿ te acuerdas de aquella primera noche que me tuviste por la virgen de los últimos amores ? ¡ O presagio singular de nuestro destino ! » — Detuvose un poco, y siguió despues diciendome : « Cuando pienso que voy á dejarte para siempre, hace mi corazón un esfuerzo tan grande para vivir, que me siento casi en disposición de hacerme inmortal á fuerza de amar. Pero ¡ o Dios mio, hagase vuestra voluntad ! » — Calló Atala por algunos instantes, y prosiguió des-

pues en estos términos : « Solo me falta pedir os perdon de los males que os he ocasionado : os he atormentado con mi orgullo y mis caprichos. Chactas, un poco de tierra que echés sobre mi cuerpo, va á poner un mundo entero entre los dos, y á libraros para siempre del peso de mis desgracias. »

« ¡ Perdonaros yo ! la respondí anegado en lágrimas : ¿ no soy yo el que os acarree tantas desdichas ? » Amigo mio, me replicó ella interrumpiendome, me habeis hecho tan feliz, que si tuviera que comenzar de nuevo la vida, preferiria siempre la satisfacción de haberos amado por algunos instantes en un desgraciado destierro, á toda una vida de descanso en mi patria. »

» Estinguióse aquí la voz de Atala : esparciéronse por sus ojos y boca las

sombras de la muerte : sus dedos errantes andaban como palpando alguna cosa : conversaba en voz baja con los espíritus invisibles ; y haciendo un esfuerzo procuró, aunque en vano, desatar de su cuello el pequeño crucifijo : mandóme á mí que lo desatase, y me dijo :

« La primera vez que te hablé junto
» á la hoguera, viste á su luz brillar
» esta cruz sobre mi seno : esta es la
» única alhaja que tiene Atala. Lopez,
» tu padre y mio, la envió á mi madre cuando yo nací. Recibe, pues,
» de mí esta herencia, o hermano mio,
» y conservalá en memoria de mis des-
» gracias. En los disgustos de tu vida
» podrás recurrir á este Dios de los
» desgraciados, y derramarás tal vez
» alguna lágrima por tu amante; pero
» tengo, Chactas, otra súplica que
» hacerte, y será la última : amigo

» mio, nuestra union sobre la tierra
» no podia ser sino muy corta; pero
» hay despues de esta vida otra mu-
» cho mas larga. ¡ Que terrible cosa
» seria verme separada de tí para
» siempre ! Hoy no hago mas que ir
» delante de tí para aguardarte en el
» reino celestial. Si me has amado,
» jóven idólatra, haz que te instruyan
» en la religion cristiana que prepara
» nuestra union eterna, y obra á tu
» presencia un grande milagro hacien-
» dome capaz de dejarte sin morir en
» las congojas de la desesperacion. Yo,
» Chactas, me contento solamente con
» una simple promesa, porque sé muy
» bien lo que cuesta un juramento
» para exigirlo de tí. Tal vez este voto
» te separaría de alguna muger mas
» dichosa que yo.... pero ¿ te amaria
» tanto como Atala ? ¡ Oh madre mia !
» perdona á tu hija este extravío. ¡ Oh

» Virgen santa, detened vuestra có-
 » lera ! ¡ Dios mio ! yo vuelvo á caer
 » en mis flaquezas, y os robo unos
 » pensamientos que solo debería em-
 » plear en vos. »

» Penetrado de dolor, y sollozando
 de modo que parecía romperse mi
 pecho, prometí á Atala abrazar la re-
 ligion cristiana. A este tiempo se le-
 vantó el solitario con un aire inspi-
 rado, y estendiendo sus brazos ácia
 la bóveda de la gruta, dijo : « Ya es
 » tiempo de invocar aquí el nombre
 » de Dios. »

» Apenas habia pronunciado estas
 palabras, cuando una fuerza sobrena-
 tural me obligó á ponerme de rodillas,
 é inclinar la cabeza al pié de la cama
 de Atala. Abre el sacerdote un cajon
 secreto, donde estaba metida una urna
 de oro cubierta con un velo de seda ;
 se postra, y la adora profundamente :

iluminóse de repente la gruta : oyé-
 ronse por los aires las palabras de los
 ángeles, y los sonidos de las arpas
 celestiales ; y cuando el solitario sacó
 de su tabernáculo el vaso sagrado,
 creí ver salir al mismo Dios del lado
 de la montaña.

» Abrió el caliz el sacerdote, tomó
 entre sus dedos una hostia tan blanca
 como la nieve, y se acercó á Atala pro-
 nunciando palabras misteriosas. Tenia
 esta santa muger levantados los ojos al
 cielo como en éstasis : parecia que ha-
 bían calmado todos sus dolores, y re-
 cobró la vida su boca : se abrieron
 sus labios acercandose con respeto á
 recibir el Dios que estaba oculto bajo
 aquel pan místico. Mojó despues este
 divino viejo un poco de algodon en
 un aceite consagrado, y ungió con él
 las mejillas de Atala : miró por un
 momento á esta hija moribunda, y

pronunció de repente estas rigurosas palabras: « ¡Sal, alma cristiana, sal, y ve á unirte con tu Criador! » Levantando yo entónces mi cabeza abatida, dije mirando al vaso donde estaba el oleo santo: *Padre mio, ¿ dará este remedio la vida á Atala?* — Si, hijo mio, respondió el anciano cayendose como desmayado en mis brazos, *la vida eterna.* Acababa de espirar Atala.

» Al llegar aquí, se vió Chactas precisado por segunda vez á interrumpir su relacion. Estaba inundado en lágrimas, y su voz no le permitia pronunciar mas que algunas palabras que se le ahogaban en la garganta. Abrió su seno el ciego sachem, sacó de él el crucifijo de Atala, y dijo: « ¡ Esta es la prenda de la diversidad! ; Oh René! ; oh hijo mio! tú le ves, pero yo no. Dime, ¿ no ha padecido alguna alteracion el oro despues de

» tantos años? ¿ no percibes en él alguna señal de mis lágrimas? ¿ no reconoces el sitio que tocó con sus labios aquella santa muger? ¿ porque no es ya cristiano Chactas? ¿ que frivolas razones politicas ó patridicas le han detenido hasta ahora en los errores de sus padres? No, no quiero dilatarlo mas: ya me está gritando la tierra... ¿ Aguardas acaso á bajar al sepulcro para abrazar una religion divina?... ¡ Oh tierra! no me aguardarás ya mucho tiempo. Luego que un sacerdote remoce en el agua esta cabeza encanecida con las pesadumbres, espero reunirme á Atala. Pero... ¡ acabemos de contar lo que falta de mi historia. »

LOS FUNERALES.

» No me detendré, o René, en pintarte la desesperacion que se apoderó

de mi alma cuando dió Atala el último aliento. Necesitaria para ello mas calor del que tengo, y sería necesario que mis ojos cerrados se pudiesen abrir al sol para pedirle cuenta de las lágrimas que derramaron á su luz. Si, primero se cansará de alumbrar las soledades del Kentucky esa luna que brilla ahora sobre nuestras cabezas, y suspenderá la corriente de sus ondas el rio que conduce ahora nuestras piraguas, que deje yo de verter lágrimas por Atala. Por espacio de dos dias enteros quedé insensible á los discursos del ermitaño. Para calmar mis penas aquel excelente hombre no se valia de las vanas razones de la tierra; solo se contentaba con decirme estrechándome entre sus brazos: *Hijo mio, esta es la voluntad de Dios.* No hubiera creído jamas, á no haberlo experimentado por mi mismo, se encerrase tanto

consuelo en estas pocas palabras del cristiano resignado.

» La ternura, la unción, y la inalterable paciencia del antiguo siervo del Altísimo vencieron por fin la obstinacion de mi dolor. Yo mismo me avergoncé de las lágrimas que le hacia derramar: « Padre mio, le dije, ya » es por demas; no es razon que per- » turben la paz de vuestros dias las » pasiones de un hombre jóven. De- » jadme llevar los restos de mi amante, » los sepultaré en un rincón del de- » sierto; y, si todavía quedo conde- » nado á vivir, procuraré hacerme » digno de aquellas bodas eternas que » Atala me ha prometido. »

» A esta tan inesperada vuelta de valor, se sobresaltó de gozo el buen padre, y exclamó: « ¡ Oh sangre de » Jesucristo! ¡ sangre de mi divino » Maestro! en ella reconozco tus mé-

« ritos; espero confiado que salvarás
 « á este jóven. ¡Dios mio! acaba tu
 « obra: restituye la paz á esta alma
 « atribulada, y no dejes de sus des-
 « gracias mas que los últimos y hu-
 « mildes recuerdos. »

« Este hombre justo no quiso en-
 « tregarme el cuerpo de mi amante, á
 « pretexto de que vendria la misión, y
 « enterrariamos á la hija de Lopez con
 « toda la pompa cristiana. Yo me opuse
 « á ello diciendole: « Que las desgra-
 « cias y virtudes de Atala habian sido
 « desconocidas de los hombres, y de
 « consiguiente su tumba, cavada fur-
 « tivamente con sus manos y las mias,
 « debía ocultarse en aquella oscuri-
 « dad. » Nos convinimos, pues, en ir
 « á la mañana siguiente á enterrar á Atala
 « bajo el arco del puente natural, á la
 « entrada de los bosquecillos de la
 « muerte; é igualmente nos resolvimos

« á pasar la noche en oracion junto al
 « cuerpo de tan santa muger.

« Por la tarde transportamos sus
 « preciosos restos á una abertura de la
 « gruta que miraba al norte: los habia
 « envuelto el ermitaño en una pieza de
 « lienzo de Europa, que habia hilado su
 « madre, y era la única alhaja que le
 « habia quedado de su antigua patria:
 « ya hacia mucho tiempo que la tenia
 « destinada para su mortaja. Atala es-
 « taba colocada sobre unas matas de sen-
 « sitivas silvestres: sus piés, cabeza, es-
 « paldas y una parte de su seno estaban
 « descubiertos: se veía en sus cabellos
 « una flor de magnolia ya marchita.....
 « la misma que yo habia puesto sobre
 « la cama de esta virgen para hacerla
 « fecunda. Sus labios, como un boton
 « de rosa cogido dos dias ántes, pare-
 « cian lánguidos y risueños: en sus me-
 « jillas blancas se distinguian algunas

venas azules : estaban cerrados sus hermosos ojos : juntos sus piés modestos, y sus manos de alabastro apretaban sobre su corazón un crucifijo de ébano : puso-sele al cuello el escapulario de sus votos : parecia que la habian encantado el ángel de la melancolia, el sueño de la inocencia, y la tumba. No he visto nunca una cosa mas celestial : cualquiera que no supiese que habia tenido vida esta vestal, la tendria por la estatua de la virginidad dormida.

« El religioso no cesó de orar toda la noche, y yo estaba sentado silenciosamente á la cabecera de la fúnebre cama de mi querida Atala. ¡ Cuantas veces, cuando ella dormia, tenia sobre mis rodillas su encantadora cabeza! ¡ Cuantas me incliné sobre ella para percibir y respirar su aliento! Pero á la sazón no salia ruido alguno

de su inmóvil seno, y en vano aguardaba yo que despertase la hermosura.

« Alumbra-ba la luna en esta noche fúnebre con una luz opaca, y se presentó en medio de las tinieblas como una blanca vestal que venia á llorar sobre el féretro de una compañera suya. Al instante esparció por los bosques aquel gran secreto de melancolia, que solo gusta descubrir á las viejas encinas, y á las antiguas orillas de los mares. De tiempo en tiempo metia el religioso un ramo florido en agua bendita, y sacudiendo despues el ramo perfumaba la noche con bálsamos del cielo. Otras veces repetia con tono anticuado algunos versos de un anciano poeta llamado Job, y decia :

« Pasé como una flor; me sequé como la yerba de los campos. ¡ Por-
» que se ha dado la luz á un misera-

* ble, y la vida á los que estan en la
* amargura del corazon? »

» Así cantaba aquel hombre, venerable anciano. Su voz grave y poco armoniosa corría al silencio de los desiertos. El nombre de Dios y del sepulcro salía de todos los ecos, de todos los torrentes, y de todas las selvas. Los arrullos de la paloma de Virginea, la caída de un arroyo en la montaña, y el sonido de la campanilla que llamaba á los viajeros, se mezclaban de tal modo con estos cánticos fúnebres, que parecia se oía en los bosquecillos el coro de los difuntos que respondía á la voz del solitario.

» A este tiempo se dejó ver una faja dorada que se formó en el oriente. Estaban sobre las peñas los gavilanes, y se metían las martas en los troncos huecos de los árboles: esta era la señal del comboy de Atala. Eché so-

bre mis hombros su cuerpo, é iba delante el ermitaño con un azadon en la mano. Comenzámos á bajar de peña en peña: la vejez y la muerte debilitaban igualmente nuestros pasos.

» Al ver al perro que nos habia hallado en el bosque, y que dando brincos de alegría nos enseñaba otro camino, empecé de nuevo á llorar. Unas veces los largos cabellos de Atala, juguete de las brisas de la mañana, estendian su dorado velo sobre mis ojos: otras, fatigado yo con el peso, me veia precisado á ponerle sobre el musgo, y sentarme para tomar aliento. Llegámos finalmente debajo del arco del puente, que era el sitio que habia señalado mi dolor. ¡ Oh hijo mio!..... tiernisimo espectáculo era ver á un jóven salvaje, y á un cristiano y viejo ermitaño puestos de rodillas, uno frente de otro, cavando

en un desierto con sus mismas manos un sepulcro para una pobre jóven, cuyo cuerpo estaba allí cerca tendido en la seca madre de un torrente.

» Luego que concluimos nuestra obra, depositamos aquella hermosura en su cama de tierra. ¡Ay hijo mio! ¡cuan diferente era la cama que habia esperado yo prepararla! Tomando entónces en la mano un poco de tierra, y guardando un triste silencio, fijé por última vez mis estraviados ojos sobre la cara de Atala, y eché aquel polvo antiguo sobre la frente de sus diez y ocho primaveras. Vi desaparecer por grados las facciones de mi amante, y ocultarse sus gracias bajo la cortina de la eternidad: su blanco pecho resaltó por algun tiempo sobre la negra tierra, al modo que una blanca flor de lis sale del medio de una oscura arcilla.

« Lopez, dije yo entónces, ¡mira » como tu hijo entierra á su hermana! » Y acabé de cubrir á Atala con la tierra del sueño.

» Nos volvimos á la gruta, y comuniqué al misionero el proyecto que habia formado de quedarme junto á él; pero este santo ermitaño que conocia maravillosamente el corazon del hombre, descubrió mi pensamiento y el ardor de mi dolor. « Chactas, me dijo, » hijo de Outalissi, mientras que vivió » Atala, procuré que viviéscis en estos » desiertos; pero ahora que se ha tro- » cado vuestra suerte, debeis pensar » en servir á vuestra patria. Creedme, » hijo mio, no son eternos los dolores: » es preciso que tengan fin tarde ó tem- » prano, porque no es infinito el co- » razon del hombre, y es una de nues- » tras grandes miserias no poder ser » por mucho tiempo desgraciados. Vol-

» veos al Meschacébe : id á consolar
 » á vuestro padre , que os está diaria-
 » mente llorando , y necesita de vues-
 » tro apoyo. Hacedos instruir en la
 » religion de vuestra querida Atala
 » cuando tengais proporcion , y acor-
 » daos de la promesa que la hicisteis
 » de ser virtuoso y cristiano. Yo , yo
 » mismo velaré aquí sobre el sepulcro
 » de vuestra hermana.... Marchad ,
 » hijo mio , marchad en la inteligencia
 » de que Dios , el alma de vuestra
 » amante , y el pensamiento de vuestro
 » decrépito amigo de la montaña , os
 » seguirán al desierto. »

» Tales fuéron las palabras que me
 dijo el hombre de la peña. Su auto-
 ridad era demasiadamente grande , y
 muy profunda su sabiduria , para no
 obedecerle yo. A la mañana siguiente
 dejé á mi venerable huésped , que ,
 estrechandome sobre su corazon , me

dió sus últimos consejos , su última
 bendicion , y sus últimas lágrimas.
 Pasé luego al sepulcro de Atala ; pero
 quedé sorprendido al ver una pequeña
 cruz que se descubria sobre la muer-
 te , del mismo modo que se percibe el
 mástil de un navio que naufragó. Me
 persuadi habria venido por la noche
 el solitario á orar junto al sepulcro ,
 y esta señal de amistad y religion de
 parte del viejo me hizo derramar
 abundantes lágrimas. Estuve tentado
 por descubrir el sepulcro , para vez
 otra vez á mi amante ; pero me con-
 tuvo un respeto religioso. Me senté
 en la tierra recientemente cavada ,
 con el codo apoyado en mis rodillas ;
 y sostenida la cabeza en mi mano ,
 quedé sepultado en el mas amargo
 sueño. Allí fué , querido René , cuan-
 do por primera vez reflexioné seria-
 mente sobre la vanidad de nuestra

vida y de nuestros proyectos. ¡ Ah! hijo mio, ¿ quien es el que no hace estas reflexiones? Yo no soy mas que un ciervo viejo, encanecido con los inviernos: mis años compiten con los de la corneja: mas ¡ ay de mi! que á pesar de tantos dias acumulados sobre mi cabeza, y á pesar de la esperiencia tan grande de la vida, aun no he encontrado hombre que no hubiese caido en estos sueños de felicidad, ni corazon que no tenga alguna llaga oculta. El mas sereno en apariencia se parece al pozo natural de la sábana Alachua, cuya superficie parece serena y cristalina; pero cuando se mira al fondo de esta tranquila fuente, se divisa un gran cocodrilo que mantiene el pozo en sus aguas.

Despues de haber pasado un dia entero en aquel lugar de dolor, dispuse á la mañana siguiente dejar, al

primer canto del pelicano, aquella sepultura sagrada. Sali de alli como del término desde donde queria emprender el camino de la virtud. Por tres veces invoqué el alma de Atala: otras tres respondió á mis gritos el genio del desierto debajo del arco fúnebre: saludé despues al oriente, y descubrí á lo lejos en los senderos de la montaña al ermitaño que se dirigia á la cabaña de algun desgraciado. Puesto yo de rodillas, y abrazando estrechamente la sepultura, dije: « ¡ Duermo en » paz en esta tierra estraña, jóven » desgraciada! En recompensa de tu » amor, de tu destierro, y de tu » muerte, vas á quedar abandonada » hasta del mismo Chaetas. » Vertiendo entonces arroyos de lágrimas, me separé de la hija de Lopez, y sali con dolor de estos lugares solitarios, dejando al pié del magostuoso monu-

mento de la naturaleza otro mas angusto, que fué el humilde sepulcro de la virtud. »

EPÍLOGO.

CHACTAS, hijo de Outalissi, el Nathe, contó esta historia al europeo René: los padres se la refirieron á sus hijos; y yo, lector mio, como viagero en tierras lejanas, te conté fielmente lo que de ella me dijéron los indios. En esta narracion he notado muchas cosas; á saber, la pintura del pueblo cazador, y la del pueblo labrador; la religion, que es la legisladora del salvaje; los peligros de la ignorancia y del entusiasmo religioso, opuestos á las luces y al verdadero espíritu del Evangelio; los combates de las pasiones y de las virtudes en un corazón sencillo, y finalmente el triunfo del cristianismo sobre el mas fogoso sen-

tiniento y sobre el mas terrible miedo: el amor y la muerte.

Al referirme esta historia un simonolo, me pareció bastante instructiva y bella, porque pintó en ella la flor del desierto, la gracia de la cabaña, y el dolor de una sencillez tan natural que no puede espresarse. Solo me faltaba una cosa que saber. Pregunté en que habia venido á parar el Padre Aubry, y nadie me pudo dar razon. Lo hubiera ignorado siempre, si la Providencia, que todo lo dirige, no me hubiera descubierto lo que deseaba. Ved aquí lo que pasó.

Ya habia corrido yo las orillas del Meschacebe, que forman al mediodia las magnificas barreras de la nueva Francia (deseando ver al norte la catarata de Niagara, que es la otra maravilla de este imperio), y habia llegado cerca de esta caída, que está en

el antiguo pais de los agononsionis (1), cuando una mañana al atravesar una llanura, divisé una muger que estaba sentada bajo de un árbol, y tenia sobre sus rodillas un niño muerto. Enternecido con este espectáculo, me acerqué poco á poco á aquella jóven madre, y oí que hablaba de este modo :

« Si te hubieras quedado entre nosotros, hijo mio querido, ¿ con que gracia manejaría el arco tu mano ? »
 « Con tus nerviosos brazos sujetarias los mas enfurecidos osos, y en la cumbre de la montaña alcanzarias en la carrera al mas ligero gamo. »
 « ¿ Blanco armino de la peña ! ¿ irte tan jóven al pais de las almas ! ¿ Como te compondrás allá para vivir ? No está allí tu padre para alimentarte

(1) Los Iroqueses.

» con la caza ; tendrás frio, y no » hallarás un espíritu que te provea » de pieles para cubrirte. ¡ Ah ! es » preciso que me dé prisa á seguirte » para cantarte canciones, y presen- » tarte mi pecho. »

Esta jóven madre, despues de tan fúnebre oracion á estilo de los desiertos, cantó con una voz trémula, meció al niao sobre sus rodillas, mojó sus labios con la leche maternal, y prodigó á la muerte todos los cuidados que se dan á la vida.

Queriendo secar el cuerpo de su hijo sobre las ramas de un árbol, segun costumbre de los indios, para llevarlo despues al sepulcro de sus padres, principió al instante la tierna y religiosa ceremonia : desnudó á su hijo, y respirando algunos instantes sobre su boca, le dijo : « Alma de mi » hijo, alma encantadora, tu padre te

» crió tiempo hace por medio de un
 » ósculo sobre mis labios; y yo; ay
 » de mí! no puedo con mis ósculos
 » darte la vida.» Descubrió despues
 su seno, estrechando tanto sobre él
 su helado cuerpecillo, que se hubiera
 reanimado con el fuego del corazon
 materno, si no se hubiera Dios reser-
 vado el soplo que da la vida.

Levantóse, pues, buscando con la
 vista en aquel desierto, hermoseado
 con la aurora, algun árbol en cuyas
 ramas pudiese poner á su hijo, y es-
 cogió un acbuche cubierto de flores
 rojas, y festoneado de guirnaldas de
 apio, que exhalaba los mas suaves
 perfumes: sujetaba con una mano las
 ramas inferiores, y con la otra ataba á
 ellas el cuerpo de su hijo: soltando
 despues la rama, volvía esta á su posi-
 cion natural, llevando consigo el des-
 pojo de la inocencia, cubierto con sus

fragantes hojas. ¡Oh! ¡cuan tierna es
 esta costumbre de los indios! En sus
 sepulcros aereos, penetrados los cuer-
 pos de una sustancia etérea, sepul-
 tados en una verde y florida espesura,
 refrescados con el rocío, embalsama-
 dos y mecidos con las brisas sobre la
 misma rama en que tiene su nido y
 deja oír su triste melodía el ruisenor;
 en fin, espuestos de este modo entre
 aromas, flores y rosas, pierden toda la
 fealdad del sepulcro. Pero si son los
 despojos de una jóven á quien la
 mano de su amante colgó en el árbol
 de la muerte; si son los restos de un
 hijo querido á quien su madre depo-
 sitó en la morada de las avecillas, en-
 tónces se aumenta mas el embeleso.
 ¡Árbol americano, que sosteniendo
 cuerpos humanos en tus ramas los ale-
 jas de la habitacion de los hombres, y
 los aproxima á la de Dios, quede yo

estático bajo tu sombra! En tu sublime alegoría me muestras el árbol de la virtud: sus raíces crecen en el polvo de este mundo: se pierde de vista su cima en las estrellas del firmamento, y sus ramas son los únicos escalones por donde el hombre que camina sobre este globo puede subir desde la tierra al cielo.

Después de haber puesto la madre á su hijo sobre el árbol, arrancó un rizo de sus cabellos, y lo colgó en las hojas, mientras que el céfiro de la aurora mecía en su último sueño al que una materna mano había adormecido á la misma hora en una cuna de musgo. A este mismo tiempo me dirigí ácia la muger: la puse mis dos manos sobre la cabeza, y di los tres gritos de dolor. Después sin hablarnos, tomámos cada uno su ramo, y empezámos á espantar los insectos que mut-

mullaban al rededor del cuerpo del niño; pero tuvimos cuidado de no espantar una paloma cuyo nido estaba inmediato, y queria quitar al niño un cabello para tener mas nullidos sus pichones. « Paloma mia, la dijo la india, si acaso no eres el alma de mi hijo, que ha volado, serás sin duda una madre que busca materiales para hacer una cuna. Llevate esos cabellos que no volveré mas á lavar en el agua de la fuente: llevatelos para echar sobre ellos á tus hijos: ¡quiera el grande espíritu conservarcelos! »

Sin embargo la madre lloraba de alegría al ver la atención del extranjero: á este tiempo llegó un jóven, que acercandose á nosotros, la dijo: « Hija de Celuta, recoge nuestro hijo; no estaremos mucho tiempo aquí: saldremos mañana al primer

» sol. — Hermano , le dije entonces ,
 » te deseo un cielo azul , muchas ca-
 » bras , una capa de castor , y la es-
 » peranza : ¿ no eres por ventura de
 » este desierto ? No , me respondió el
 » jóven : somos unos desterrados , y
 » vamos á buscar una patria. » Al de-
 » cir esto , inclinó el guerrero la cabeza
 » sobre su pecho , y con la punta de su
 » arco doblaba la cabeza de las flores.
 » Conoci que era lastimosa su historia ,
 » y callé.

Desató la muger á su hijo de las ra-
 mas del árbol , y lo dió á su esposo
 para que lo llevase. Miraban estos
 jóvenes á su hijo , y se sonreían en
 medio de sus lágrimas. Entónces le
 dije yo : « ¿ Me permitis que encienda
 » vuestra lumbre esta noche ? No tene-
 » mos cabaña , respondió el guerrero :
 » si queréis seguirnos , nosotros nos
 » acampamos en la orilla de la cas-

» cada. » — Convengo en ello , les dí-
 je , y marchámos juntos.

No tardámos en llegar á la orilla de
 la catarata , que se advertia por sus
 horribles bramidos. Formase del río
 Niagara , que sale del lago Erié , y
 desagua en el lago Ontario : su altura
 perpendicular es de ciento euarenta y
 cuatro piés. Desde el lago Erié hasta
 el salto baja rápidamente el río ; pero
 cuando cae , no parece sino un mar
 cuyos torrentes se comprimen en la
 boca de una cueva. La catarata se di-
 vide en dos brazos , y se encorva en
 forma de herradura. Entre las dos cai-
 das se avanza una isla que está hueca
 por debajo , y pendiente con todos sus
 árboles sobre la confusion de las on-
 das. La masa del río que se precipita
 ácia el mediodia , se redondea en un
 vasto cilindro desarrollandose despues
 en sábana de nieve , y brillando al sol

con todos los colores. La que cae al levante, baja cubierta de una sombra tan espantosa, que parece una columna de agua del diluvio: se encorvan y se cruzan sobre el abismo muchos arcos iris. La onda hiriendo la peña desgajada, salta en remolinos de espuma, que se levanta sobre los bosques como la llamarada de un grande incendio. Decoran esta escena muchos pinos, nogales silvestres, y peñas cortadas. Las águilas, arrastradas de la corriente del aire, bajan dando vueltas hasta el fondo de la cueva, y los carcajús se cuelgan con sus colas de la punta de una rama baja para coger en el abismo los destrozados cadáveres de los dantas y de los osos.

Mientras contemplaba yo este espectáculo con un placer mezclado de terror, me dejaron los dos esposos.

Los busqué subiendo á lo largo del rio encima de la cascada, y los encontré muy pronto en un sitio proporcionado á su dolor. Estaban echados sobre la yerba con unos viejos, cerca de algunos huesos humanos, cubiertos con pieles de bestias. Espantado de todo lo que por espacio de algunas horas estaba viendo, me senté junto á la jóven madre, y la dije:

« ¿ Que significa todo esto, hermana
 » mia? — Hermano mio, me respondió
 » ella, esta es la tierra de la patria,
 » y estas las cenizas de nuestros abue-
 » los, que nos acompañan en nuestro
 » destierro. — Pues ¿ como, la repli-
 » qué, estáis reducidos á tanta desdi-
 » cha? Somos, me contestó la hija de
 » Celuta, los residuos de los Natches.
 » Despues de la grande mortandad
 » que hicieron los franceses en nues-
 » tra nacion por vengar á sus paisa-

» nos, los hermanos nuestros que es-
 » caparon de las manos de los vence-
 » dores, hallaron acogida entre los
 » chikasas nuestros vecinos, donde
 » estuvimos tambien nosotros tran-
 » quilos por algun tiempo; pero ya
 » hace siete lunas que se han apode-
 » rado de nuestras tierras los blancos
 » de la Virginia, diciendo se las ha
 » dado un rey de Europa. Levantá-
 » mos entonces los ojos al cielo, y
 » cargando con las reliquias de nues-
 » tros abuelos nos pusimos en camino
 » atravesando el desierto. Parí en el
 » viage, y como era mala mi leche á
 » causa del dolor, quitó la vida á mi
 » hijo. » Al pronunciar estas palabras
 la jóven madre enjugó sus ojos con
 sus cabellos, y yo la acompañé en el
 llanto.

» Adoremos, la dije al instante, al
 » grande espíritu; pues todo sucede

» por su órden. Todos somos viage-
 » ros, y nuestros padres lo han sido
 » tambien como nosotros: mas hay un
 » país donde descansaremos. Si no
 » temiera tener la lengua tan ligera
 » como la de un blanco, os pregunta-
 » ria si habiais oido hablar de Chactas
 » el natche. » — A esta palabra me miró
 la india, y me dijo: « ¿ Quien os ha
 » dado noticia de Chactas el natche?
 » La sabiduría, respondí. Yo os diré,
 » replicó la india, todo lo que sé,
 » porque habeis espantado las moscas
 » del cuerpo de mi hijo, y porque
 » acabais de pronunciar unas hermosas
 » palabras acerca del grande espíritu.
 » Yo soy la hija de la hija de René
 » el europeo, á quien Chactas habia
 » adoptado por hijo. Chactas, que
 » habia recibido el bautismo, y mi
 » desgraciado abuelo René, murieron
 » ámbos en aquella carnicería. — El

» hombre va siempre pasando de un
 » dolor á otro, la respondi inclinán-
 » dome. ¿Y no podréis darme tambien
 » alguna noticia del Padre Aubry?
 » — No ha sido mas afortunado que
 » Chactas, contestó la india. Los che-
 » roqueses, enemigos de los franceses,
 » penetraron hasta su mision, guiados
 » por el sonido de la campanilla que
 » se tocaba para socorrer á los viage-
 » ros. El Padre Aubry se pudo salvar;
 » pero no quiso abandonar á sus hijos,
 » y permaneci6 con ellos para con su
 » ejemplo esforzarlos á morir. Lo que
 » máron con grandes tormentos; pero
 » jamas pudieron sacar de él una pa-
 » labra que se dirigiese á deshonorar á
 » su Dios ó á su patria. No ces6 du-
 » rante el suplicio de pedir al Señor
 » por sus verdugos, y compadecerse
 » de la suerte de las victimas que mi-
 » raba al rededor de sí. Deseando los

» cheroqueses arrancar una señal de
 » flaqueza á este guerrero de los ejér-
 » citos celestiales, trajéron delante de
 » él un salvage cristiano, á quien hor-
 » riblemente habian mutilado; pero
 » quedáron sorprendidos al ver po-
 » nerse de rodillas á este jóven, y
 » besar las llagas del viejo ermitaño,
 » que le decia con un semblante se-
 » reno: *Hijo mio, á nosotros nos han*
 » *hecho el espectáculo del mundo, de*
 » *los ángeles y de los hombres. Fu-*
 » *errosos los indios le metieron en la*
 » *garganta un hierro encendido para*
 » *impedirle que hablase: ent6nces no*
 » *pudiendo ya consolar á sus seme-*
 » *jantes, espir6.*

» Se dice que los cheroqueses, sin
 » embargo de estar acostumbrados á
 » ver sufrir á los salvages, no dejáron
 » de confesar reconocian en el humilde
 » valor del Padre Aubry una cosa que

» no penetraban, y escedia á todos los
» valores de la tierra. Muchos de ellos
» admirados de su muerte se hicieron
» cristianos.

» Cuando volvió Chactas, algunos
» años despues, de la tierra de los
» blancos, y supo las desgracias del
» jefe de la oracion, fué á recoger sus
» cenizas y las de Atala. Atravesó el
» desierto, y llegó al parage donde
» estaba situada la mision; pero apenas
» pudo reconocerlo. Habia robosado
» el lago haciendo de toda la sábana
» una laguna intransitable. El puente
» natural se habia caido, y sepultó
» bajo sus ruínas el sepulcro de Atala,
» y los bosquicillos de la muerte.
» Anduvo Chactas por algun tiempo
» recorriendo aquellos sitios; visitó la
» gruta del solitario, que la halló llena
» de zarzas y frambuesos, y la ocu-
» paba una cierva que daba de mamar

» á su hijo. Se sentó en la peña de la
» centinela de la muerte, donde no
» halló sino algunas plumas de aves
» pasajeras. Miétras lloraba allí, sa-
» lió silenciosamente de entre unos
» matorrales vecinos la culebra do-
» méstica del misionero, y se le en-
» roscó en los piés: acarició y calentó
» en su seno á esta antigua amiga, que
» habia quedado sola en medio de
» aquellas ruínas. Contó tambien el hijo
» de Outalissi, que muchas veces á la
» entrada de la noche habia percibido
» en aquellas soledades la sombra de
» Atala, y la del Padre Aubry, cuyas
» visiones le habian llenado de un reli-
» gioso temor, y de una triste alegría.
» Despues de haber buscado inútil-
» mente el sepulcro del ermitaño y
» el de Atala, iba ya á abandonar
» aquellos lugares, cuando vió brincar
» delante de sí la cierva de la cueva,

» la cual se paró al pié de la grande
 » cruz de la mision, que estaba casi
 » cercada de agua : su madera estaba
 » roida del musgo, y se colgaban de
 » sus brazos las aves del desierto. Sos-
 » pechó Chactas que la agradecida
 » cierva lo habia guiado al sepulcro
 » de su huésped. Cayó debajo de la
 » pena que habia servido de altar en
 » tiempo de los sacrificios, y halló
 » allí los despojos de un hombre y de
 » una muger. No dudó que fuesen los
 » del sacerdote y los de la virgen, que
 » los ángeles habrian sepultado en
 » aquel sitio : los envolvió en unas
 » pieles de oso, volvió á tomar el ca-
 » mino del desierto, y llevó consigo
 » aquellas preciosas reliquias, que so-
 » naban en sus espaldas como la aljaba
 » de la muerte. Las ponía por la no-
 » che á su cabecera, y tenia sueños de
 » amor y de virtud. ¡ Oh estrangero!

» contempla aquí este polvo y el del
 » mismo Chactas. »

Al acabar la india estas palabras,
 me levanté, acerquéme á las sagradas
 cenizas, me postré delante de ellas
 con silencio, y alejandome despues á
 pasos largos, exclamé diciendo : ¡ Así
 pasa sobre la tierra todo lo que fué
 bueno, virtuoso y sensible! ¡ Oh hom-
 bre! ¡ solo eres un sueño rápido y do-
 loroso! ¡ no existes mas que para ser
 desgraciado! ¡ nada eres sino por la
 tristeza de tu alma y eterna melancolia
 de tu pensamiento!

Ocupéme toda la noche en estas
 reflexiones al borde de la catarata. A
 la mañana siguiente me dejaron mis
 huéspedes para continuar su viage á
 la soledad. Abrian la marcha los jó-
 venes guerreros, y la cerraban sus
 esposas : llevaban los primeros las es-
 timadas reliquias, y las segundas sus

recien nacidos ; en medio iban los viejos á paso lento , colocados entre sus abuelos y su posteridad ; esto es , entre los que ya habian muerto , y los que aun no habian nacido ; entre los recuerdos y la esperanza ; la patria perdida , y la que iban buscando . ¡ Ah ! ¡ quantas lágrimas turban la soledad cuando se abandona de esta suerte la tierra nativa , y cuando desde lo alto de la colina del desierto se percibe por última vez la casa donde uno se crió , y el rio de la cabaña que continúa tristemente corriendo por medio de los solitarios campos de la patria !

¡ Desgraciados indios , á quienes ví vagar por los desiertos del nuevo Mundo con las cenizas de vuestros abuelos ! ¡ vosotros , en quienes hallé la hospitalidad , sin embargo de vuestra miseria , ni aun eso poco os puedo prestar hoy , porque ando tambien

errante como vosotros por capricho de los hombres ; y aun soy mas desgraciado en mí destierro , porque no traje conmigo los huesos de mis padres !

FIN DE ATALA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

RENÉ.

LLEGANDO René á los Natches (1), se habia visto en la precision de tomar una muger por esposa, para conformarse con las costumbres de los indios; pero no vivia con ella. Una inclinacion melancólica le arrastraba á lo interior de los bosques; pasaba solo en ellos los dias enteros, y parecia salvaje entre los salvages. Habia renunciado el trato de los hombres, es-

(1) Véase Atala.

cepto el de Chaetas, su padre adoptivo, y el del Padre Souel, misionero en el fuerte Rosalia (1). Aquellos dos ancianos habian tomado mucho imperio sobre su corazón: el primero por medio de una indulgencia enteramente amable, y el otro por una extrema severidad. Desde la cacería del castor que el ciego Sachem (2) habia contado sus aventuras á René, no habia este, aunque fué solicitado muchas veces, querido hablar de las suyas. Por lo mismo Chaetas y el misionero deseaban vivamente saber en que consistía que un europeo bien nacido tomase la estraña resolución de sepultarse en los desiertos de la Luisiana. René se habia escusado siempre, pretestando el poco interes de

(1) Colonia francesa en Natchez.

(2) Anciano ó consejero.

su historia, que se oedia, segun decia él, á la de sus pensamientos. « Por lo que toca al motivo que he tenido para pasar á la América, añadia, debo sepultarle en un eterno olvido. »

Algunos años pasaron de esta manera, sin que los viejos pudiesen conseguir les revelase su secreto. Por último cierta carta que recibió de Europa por la via de las misiones estrangeras, redobló su tristeza de tal manera que hata hasta de sus antiguos amigos. Le volviéron á instar con mas ardor para que les descubriese su corazón. Usaron para esto de tanta discrecion, dulzura y autoridad, que por último se vió obligado á satisfacerles. Convino, pues, con ellos en el dia para contarles, no las aventuras de su vida, pues no las habia experimentado, sino los sentimientos secretos de su alma.

En 21 del mes que los salvages llaman *la luna de las flores*, se acercó René á la cabaña de Chaetas. Dió los brazos al ciego Sachem, y le condujo bajo un sasafra, ó laurel de los Iroqueses, á la orilla del Meschacebe. No tardó el P. Souel en llegar al lugar citado. Empezaba á salir la aurora: se percibía en el plano, á alguna distancia, la aldea de los Natches con su bosque de moreras, y sus cabañas que parecían colmenares. La colonia francesa y el fuerte Rosalia se divisaban sobre la derecha á la orilla del río. Tiendas, casas á medio construir, fortalezas comenzadas, desmontes cubiertos de negros, y grupos de blancos é indios presentaban en aquel pequeño espacio el contraste de las costumbres sociales y salvages. En el fondo de la perspectiva ácia el oriente, comenzaba á aparecer el sol entre las que-

bradas cimas de los Apalaches, que se señalaban en las doradas alturas del cielo como caracteres de todas formas: al occidente ondeaba el Meschacebe con un silencio magnifico, y formaba el borde del dibujo con una inconcebible grandezza.

René y el misionero admiraron por algun tiempo aquella bella escena, y compadeciéron al ciego Chaetas, que no podia disfrutarla. Despues el solitario y Sachem se sentaron sobre los céspedes al pié del árbol. El jóven se colocó en medio de ellos, y de allí á un rato de recogimiento y silencio habló de esta manera á sus antiguos amigos.

« No puedo menos de cubrirme de vergüenza al empezar mi narracion. La paz de vuestros corazones, respetables ancianos, y la calma de la naturaleza que me rodea, me hace son-

rojar de la turbacion y agitacion de mi alma.

» Cuanta compasion me tendréis! ¿que miserables os parecerán mis perpetuas inquietudes! ¿Que pensaréis, vosotros que habeis consumido todos los pesares de la vida, de un jóven sin fuerzas y sin virtud, que halla en si mismo su tormento, y que apenas puede quejarse de otros males distintos que los que él mismo se ha acarreado? ¡Ah! no le condeneis, que bastante castigo ha recibido.

» Mi venida al mundo costó á mi madre la vida; me sacáron de su seno con el hierro. Tenia un hermano á quien bendijo mi padre, porque era el primogénito. Yo fui criado lejos del hogar paternal, siendo desde muy niño entregado á manos estrañas.

» Mi memoria era feliz: hice rápidos progresos en los estudios; pero

era el que llevaba el desórden entre mis compañeros y condiscipulos. Mi humor era impetuoso, mi carácter desigual, unas veces ruidoso y contento, y otras silencioso y triste; ya juntando al rededor de mi á mis jóvenes amigos, y ya abandonandolos de repente para entregarme á las diversiones solitarias.

» Cada otoño volvia al castillo paternal, situado en medio de las florestas, cerca de un lago, en una provincia retirada.

» Timido y atormentado delante de mi padre, no hallaba la alegría y contento que tenia al lado de mi hermana Amelia. Me unian estrechamente á esta hermana una dulce conformidad de genio y gustos: ella era un poco mayor que yo. Nos divertiamos en trepar juntos por los collados, en nadar en el lago, y en pascar los bos-

ques al caer de las hojas; paseos cuya memoria solo baña mi corazón de alegría. ¡Oh ilusiones de la infancia y de la patria, jamás perdais vuestras dulzuras!

» Caminábamos unas veces enteramente pensativos, prestando todo el oído al silencio del otoño, ó al ruido de las hojas secas que tristemente ho-llábamos con nuestros piés; y otras murmurábamos algunos versos en que intentábamos pintar la naturaleza. Siendo yo jóven, cultivaba las musas: no hay cosa mas poética en la vivacidad de las pasiones que un corazón de diez y seis años: la mañana de la vida está llena, como la mañana del día, de pureza, de imágenes y de armonías.

» Muchas veces en el dilatado bosque ó por entre los árboles, los domingos y días de fiesta, los sonidos de

la distante campana, que llamaba al templo al hombre rústico. Recostado contra el tronco de un olmillo, escuchaba en silencio el piadoso murmullo. Cada trémulo movimiento del cobre infundía en mi sencilla alma la inocencia de las costumbres campestres, la calma de la soledad, los encantos de la religion, y la deleitable melancolía de los recuerdos de mi primera infancia. ¡Oh! que corazón habrá tan insensible que no se haya sobresaltado al ruido de las campanas de su lugar, de aquellas campanas cuya alegría embelésó su cuna; que anunciaron su venida al mundo, indicaron el primer latido de su corazón, y publicaron en todos los alrededores la santa alegría de su padre, y los dolores y gozos aun mas inesfables de su madre? Todo se halla en los hechiceros recuerdos que suministra el ruido de la campana na-

talicia, filosofía, piedad, ternura, la cuna y la tumba, lo pasado y lo futuro.

» Es verdad que Amelia y yo disfrutábamos mas que nadie de estas ideas melancólicas, porque los dos teníamos un poco de tristeza en el corazón, bien nos viniese de Dios, ó nos viniese de nuestra madre.

» Mientras tanto asaltó á mi padre una enfermedad que le llevó en pocos dias al sepulcro. Espiró en mis brazos, y aprendí á conocer la muerte sobre los labios del mismo que me habia dado la vida: impresion tan grande que aun dura en mí hoy en dia. Esta fué la primera vez que se representó claramente á mi vista la inmortalidad del alma. No pude creer que aquel cuerpo inanimado fuese en mí el autor del pensamiento: conocí que debia tener otro origen; y lleno de un santo dolor, que participaba de alegría, es-

peré que algun dia me habia de reunir con el alma de mi padre.

» Otro fenómeno me confirmó en esta sublime idea. Las facciones paternales habian tomado en el féretro cierta señal de elevación. ¿Porque este asombroso misterio no habia de indicar nuestra inmortalidad? ¿porque la muerte, que todo lo sabe, no habia de haber grabado sobre la frente de su víctima los secretos de otro distinto mundo? ¿porque finalmente no habia de haber en la tumba cierta manifestacion grande de la eternidad?

» Traspasada Amelia de dolor estaba retirada en lo interior de una torre, desde donde oyó resonar bajo las bóvedas del castillo gótico el cántico de los sacerdotes del acompañamiento, y los sonidos de la campana fúnebre. Acompañé á mi padre á su última morada; se cubrieron de tierra

sus despojos, y le oprimieron con todo su peso la eternidad y el olvido : en la misma tarde paseaba la indiferencia su tumba, pues para su hijo é hija era ya lo mismo que si nunca hubiera existido.

» Fué menester desamparar el techo paternal inmediatamente que heredó mi hermano : yo me retiré con Amelia en casa de unos parientes ancianos.

» Detenido á la entrada de los engañadores caminos de la vida, los contemplaba sin atreverme á meter en ellos. Amelia me hablaba muchas veces de la felicidad de la vida religiosa ; me decía que yo era el único obstáculo que la detenía en el mundo, y fijaba en mí sus ojos con tristeza. Estas conversaciones me penetraban ; iba á pasear mis imaginaciones á un monasterio cercano de mi nueva mansión ; hubo punto en que estuve ten-

tado por ocultar en él mi vida. ¡ Dichosos los que han concluido su viage sin haber perdido de vista el puerto, y sin haber pasado como yo inútiles días sobre la tierra !

» Los europeos, agitados continuamente, se ven precisados á construirse soledades. Cuanto mas tumultuoso y alborotador es nuestro corazon, otro tanto mas nos atraen la calma y el silencio de los desiertos. Aquellos hospicios de mi país, abiertos á los desgraciados, estan comunmente ocultos en los valles, que conducen al corazon el vago sentimiento del infortunio y la esperanza de un abrigo : tambien se les descubre algunas veces sobre sitios elevados, donde parece que el alma religiosa se eleva ácia el cielo para ofrecerle sus perfumes, como una planta aromática de las montañas.

» Aun veo la magestosa mezcla de

las aguas y bosques de aquella antigua abadía, en que pensaba ocultar mi vida á los caprichos de la suerte, y aun ando errante, al declinar el día, por aquellos retumbantes y solitarios claustros. Cuando la luna medio iluminaba las columnas de los arcos, y reflejaba su sombra en el muro opuesto, me detenía á contemplar la cruz que señalaba el campo de la muerte, y las altas yerbas que crecían entre las piedras de los sepulcros: ¡Oh hombres, que habiendo vivido lejos del mundo habéis pasado desde el silencio de la vida al silencio de la muerte! que filosofía tan melancólica infunden vuestros sepulcros en mi corazón!

» Fuese por mi inconstancia natural, ó por estar preocupado contra la vida monástica, yo mudé de designio. Me resolví á viajar: me despedí de mi hermana: ella me estrechó entre sus

brazos con un alegre movimiento al parecer, y como si fuese feliz en dejarme: á vista de esto no pude menos de hacer una amarga reflexion sobre la inconsecuencia de las amistades humanas.

» Sin embargo, lleno de ardor me interné solo sobre este borrascoso océano del mundo, cuyos puertos y escollos me eran desconocidos. Visité entónces los pueblos que ya no existen; caminaba sentandome sobre las ruinas de Roma y de la Grecia (pais de fuerte é ingeniosa memoria), donde los palacios de los reyes estan sepultados en el polvo, y sus mausóleos ocultos entre las zarzas. ¡Oh fuerza de la naturaleza, y debilidad del hombre! un poco de yerba penetra muchas veces el mármol mas duro de esos sepulcros, de que jamas se levantarán aquellos muertos tan poderosos. Algunas veces se descubria

sola y derecha en un desierto una alta columna, así como asoma por intervalos un gran pensamiento en un alma devastada por el tiempo y la infelicidad.

» Meditaba en estos monumentos todas las horas, y en todos los accidentes de mi viage. Ya este mismo sol, que habia visto poner los cimientos de aquellas ciudades, se acostaba magistrosamente á mi vista sobre sus ruinas; ya levantandose la luna delante de un cielo puro entre dos urnas de cenizas medio destruidas, me mostraba todos los pálidos sepulcros, y muchas veces he creído ver el genio de los recuerdos sentado pensativamente á mi lado, y á los rayos de este astro fomentador de los delirios.

» Me dejé por último de visitar monumentos, en donde solo pisaba por lo comun un polvo criminal.

» Desde los sueños de las familias que ya no existen, pasé á las ilusiones de las razas vivientes. Estandome paseando un dia por una gran ciudad, y yendo por detras de un palacio, divisé en un patio retirado y desierto una estatua que señalaba con el dedo un lugar famoso por un sacrificio (1). Me admiró el silencio que reinaba en aquel sitio, pues ni aun estaba perturbado por las querellas del viento, que gemia al rededor del mármol trágico. Solo algunos trabajadores estaban sentados con indiferencia al pié de la estatua, silbando y labrando piedras. Les pregunté lo que significaba aquel monumento: unos no quisieron decirmelo, y otros ignoraban hasta la grande catástrofe que representaba. Ninguna

(1) En Londres, detras de Withall, la estatua de Carlos II.

cosa me suministró medida mas adecuada de los sucesos de la vida, y de lo poco que somos. ¿Que ha sido de esos personajes que metieron tanto ruido? Dió el tiempo un paso, y se reemplazó la faz de la tierra.

» Buscaba sobre todo en mis viages á los artistas, y á aquellos hombres divinos que cantan sobre la lira los dioses y la felicidad de los pueblos, que honran las leyes, la religion y los sepulcros.

» Estos cantores son de raza divina, y ellos solos poseen el talento único é incontestable, que ha concedido el cielo á la tierra: su vida es pura y sublime á un mismo tiempo; celebran á los dioses con una boca de oro, y son los mas sencillos de los hombres; revelan los secretos como los inmortales, ó como los niños; esplican las leyes del universo, y desconocen los

mas inocentes negocios de la vida; tienen maravillosas ideas de la muerte, y mueren como recién nacidos sin advertirlo.

» Sobre los montes de la Calcedonia me cantó el último poeta galo que se ha oido en aquellos desiertos los poemas con que consolaba su solitaria vejez un antiguo héroe. Estábamos sentados sobre cuatro piedras consumidas del musgo, y un torrente de agua corria á nuestros piés: á alguna distancia saltaba un macho cabrío sobre la torre arruinada, y el viento del desierto silbaba sobre los matorrales de Cona. Entretanto la religion cristiana, hija tambien de las altas montañas, habia puesto cruces sobre los monumentos de los héroes del Morven, y tocado la arpa de David á las orillas del mismo torrente en que Ossian hizo resonar la suya:

tan tranquila, como eran de guerreras las divinidades de Selma, guarda sus rebaños en el sitio mismo donde combatía Fingal, y ha esparcido ángeles de paz por las nubes que ántes habitan fantasmas homicidas.

» La antigua y risueña Italia me ofreció la multitud de sus obras maestras. ¡ Con que santo y poético horror andaba errante por aquellos vastos edificios consagrados por las artes á la religion ! ¡ que laberinto de columnas ! ¡ que sucesion de arcos y bóvedas ! ¡ que bellos son aquellos ruidos que se oyen al rededor de las medias naranjas, semejantes á los rumores del mar, á los murmullos de los vientos en las florestas, ó, por mejor decir, á la voz de Dios en su templo ! El arquitecto construye, por decirlo así, las ideas del poeta, y hace que lagan sus impresiones en los senti-

dos, así como el poeta en el alma.

» Sin embargo, ¿ que habia aprendido yo hasta entónces en medio de tanta fatiga ? Nada de cierto entre los antiguos, y nada de bello entre los modernos. Lo pasado y lo presente son dos estatuas incompletas : la una se ha desechado y mutilado por la ruina de los años, y la otra no ha recibido aun su perfeccion de la posteridad.

» Pero, tal vez, antiguos amigos míos, y vos particularmente, sabio *Chactas*, estaréis maravillados de que ni una sola vez en toda mi narracion os haya hablado de los monumentos de la naturaleza.

» Estaba un dia subido en la cima del Etna, volcan que arde en medio de una isla. Vi levantarse el sol sobre mí en la inmensidad del horizonte ; reducida á mis piés la Sicilia como un

punto, y estendido á lo largo el mar en los espacios. En esta vista perpendicular de la pintura apenas divisaba los rios como unas líneas geográficas, trazadas sobre un mapa; pero mientras que mi vista percibia por un lado aquellos objetos, se sumergia por otro en lo profundo del Etna, y descubria sus abrasadoras entrañas entre los álitos de un negro vapor.

» Un jóven lleno de pasiones, sentado sobre el borde de un volcan, y llorando sobre los desgraciados mortales cuyas estrechas moradas veia á sus piés, no es sin duda, virtuosos ancianos, mas que un objeto digno de vuestra compasion; pero pensad como querais de René, esta pintura os ofrece una viva imagen de su carácter y de su triste existencia; así es como toda mi vida he tenido delante de mis ojos una creacion inmensa é

imperceptible á un mismo tiempo, y un abismo abierto á mi lado.»

Pronunciando estas últimas espressiones, conoció René que distraida el habla no aparecia en su lengua inmóvil. El Padre Souel estaba asombrado, y el viejo y ciego Sachem, como no oia hablar ya al jóven, no sabia que pensar de este silencio.

Entretanto tenia René clavados los ojos en un grupo de indios que paseaban en la llanura; se enterneció de repente; lloró, y exclamó gritando:

« ¡ Felices salvages! ¡ ah! ¡ que no pueda yo disfrutar la paz que siempre os acompaña! sentados tranquilamente vosotros bajo una cucina, dejais pasar los dias sin contarlos, mientras que con tan pocas utilidades recorro yo tantos países. Vuestro discurso se limita á vuestras necesidades, y llegais mejor que yo al resultado de la filo-

sosia entre los juegos y el sueño, como el niño. Si la ligera melancolía que se engendra del exceso de la felicidad toca alguna vez vuestra alma, salís bien pronto de esta pasajera turbación, y levantando ácia el cielo vuestra vista, busca con ternura no sé que cosa desconocida, que se compadece del pobre salvaje. »

Aquí cesó de nuevo la voz de René, é inclinó la cabeza sobre su pecho. Chactas estendiendo su brazo sobre el hombro y tomando el brazo de su hijo, le gritó diciendo con un tono lleno de emoción : ¡ hijo mío ! ¡ querido hijo !...

Volviendo en sí á estas exclamaciones el hermano de Amelia, y sonrojándose de su turbación, pidió á su padre que le perdonase.

El anciano salvaje le respondió con una dulzura perfecta : « Mi amigo » j6ven, los movimientos de un cora-

» zon como el tuyo no podrán ser
» iguales ; procura tan solamente mo-
» derar ese fogoso carácter, que ha
» hecho ya en tí tanto estrago. Si pa-
» deces mas que otro alguno en los
» contrastes de la vida, no te admires,
» pues mas dolores debe sufrir un
» alma grande que una pequeña. Con-
» tinúa tu narracion. Nos has hecho
» reconocer la Europa ; apresurate,
» pues, á darnos á conocer tu patria.
» Bien sabes que he visto la Francia,
» y no ignoras los vinculos que me
» han unido á ella : me complaceré
» en oír hablar de aquel gran mo-
» narca (1) que ya no existe, y cuya
» soberbia cabaña he visitado. Yo no
» vivo, querido hijo mío, mas que
» con mi memoria : un anciano con
» sus recuerdos es semejante á la en-
» cina decrepita de nuestros bosques,

(1) Luis XIV.

» que no se engalana con su propia
 » hoja, sino que algunas veces cubre
 » su desnudez con plantas estrañas
 » que han vegetado sobre sus antiguos
 » troncos.»

Sosegado el hermano de Amelia con tan apacibles palabras, volvió á tomar de esta manera el hilo de la historia secreta de su corazón.

« ¡ Ah! padre mio, yo no podré hablarte de aquel gran siglo, cuyo solo fin he visto en mi infancia, y que no existía ya cuando volví á entrar en mi patria. Jamas se ha verificado en pueblo alguno una transformacion mas maravillosa y repentina. Desde la elevacion del talento, desde el respeto á la religion, y desde la gravedad de las costumbres, habia bajado todo súbitamente á la veleidat del espíritu, á la impiedad y á la corrupcion.

» En vano, pues, habia yo espe-

rado hallar en mi patria con que calmar aquella vana inquietud, y el ardiente deseo que siempre me habia acompañado: el estudio del mundo me habia enseñado alguna cosa, y por eso no disfrutaba ya la dulzura de la ignorancia.

» Parecia que mi misma hermana, por una conducta inexplicable, se complacia en aumentar mis pesadumbres. Había dejado á Paris unos dias ántes de mi llegada, y la escribí que intentaba volverme á unir con ella. Me respondió brevemente, apartándome de este proyecto, á pretesto de no saber el parage adonde la llamarían sus quehaceres. Que tristes reflexiones hice yo entónces sobre la amistad que entibia la presencia y borra la ausencia, que no se resiste á la desgracia, y mucho menos á la prosperidad!

» Me hallé, pues, mas aislado en mi

patria qué lo que jamas me habia visto en tierra agena. Quise entregarme por algun tiempo en un mundo que ni me decia nada, ni me percibia. Mi alma, que aun no habia sido poseida de passion alguna, buscaba un objeto á que adherirse. Bien pronto percibi que daba mas de lo que recibia. Ni se exigia de mí un lenguaje elevado, ni un juicio profundo. Mi ocupacion era minorar mi vida para nivelarla con la sociedad. Tenido por todas partes por un espíritu novelero; avergonzado de mi modo de vivir; cada vez mas disgustado de las cosas y de los hombres, tomé el partido de retirarme á un arrabal donde viví totalmente ignorado y oculto.

Desde luego encontré bastante placer en esta vida oscura é independiente: desconocido de todos, me mezclaba con la multitud, y obser-

vaba aquellos dilatados desiertos de hombres, mucho mas tristes que los de los bosques, como que su soledad es toda para el corazon.

» Sentado muchas veces en una iglesia poco frecuentada, pasé horas enteras en meditacion. Veia venir mugeres infelices á postrarse delante del Altísimo, ó á los pecadores á arrodillarse ante el tribunal de la penitencia. Ninguno salia de estos lugares sin un rostro mas sereno; y los sordos clamores que se oían por defuera, parecian ser las olas de las pasiones y de las borrascas del mundo, que acababan de espirar al pié del templo del Señor. ¡ Gran Dios, que vísté en secreto correr mis lágrimas en aquellos sagrados retiros, no ignoras tú cuantas veces me postré á tus piés para suplicarte que me descargases del peso de la existencia, ó mudases en mí el

hombre viejo ! ¡ Ah ! ¿ quien no ha conocido alguna vez la necesidad de reengendrarse , de remozarse en las aguas del torrente , y remojar su alma en la fuente de la vida ? ¿ quien no se halla agoviado algunas veces con la carga de su propia corrupcion , é incapaz de hacer cosa grande , noble y justa ?

« Cuando se acercaba la noche , tomando el camino de mi retiro me detenía sobre los puentes para ver ponerse el sol. Inflamando el astro los vapores de la ciudad , parecia que oscilaba lentamente en un fluido de oro , como la péndola del gran reloj de los siglos. Me retiraba despues por un laberinto de calles solitarias , donde se ofrecían á mi imaginacion diversas escenas , á medida que se acercaba la noche. Mirando todas aquellas luces que resplandecian en las habitaciones

de los hombres , se transportaba mi alma en medio de las escenas de dolor y de alegría que ellas alumbraban : reflexionaba que bajo de tantos techos habitados no tenia un solo amigo. Pero en medio de mis reflexiones llegaba la hora á dar sus medidos golpes en el reloj de una catedral gótica : iban repitiendose sobre todos los tonos , y á todas las distancias de iglesia en iglesia : ¡ ay de mi ! exclamaba yo : cada hora abre un sepulero en la sociedad , y acerca una multitud de lágrimas.

« Aquella vida que me tenía entonces hechizado , no tardó en serme insoportable. Me cansó la repeticion de las mismas escenas y de las mismas ideas. Me puse á sondear mi corazon , y á preguntarme que es lo que desearia. Lo ignoraba ; pero de improviso me pareció que los bosques me

serian deliciosos. Veme aquí resuelto repentinamente á concluir en un desierto campestre una carrera apenas empezada, y en la que habia ya consumido siglos enteros.

» Abracé este proyecto con el mismo ardor con que emprendía todos mis designios: me encaminé ácia una choza cubierta de rastrojo, así como lo habia hecho en otro tiempo para dar la vuelta al mundo.

» Se me acusa de que tengo gustos inconstantes y rápidos; de que no puedo gozar largo tiempo de una misma quimera, y de que soy la presa de una codiciosa imaginacion que se apresura á llegar al fondo de mis placeres, como si estuviera enfadada de su corta duracion: se me acusa de que paso siempre mas allá del término á que puedo llegar. ¡ Ah! yo busé solo un bien desconocido, cuyo indeterminado

instinto me persigue. Consiste mi falta en que hallo limites en todo, y en que lo que es finito no es para mí de ningun valor. Sin embargo, conozco que amo la monotonia de los sentimientos de la vida; y si tuviese aun la locura de creer en la felicidad, la buscara en la costumbre.

» La absoluta soledad y el vivificante espectáculo de la naturaleza me sumergieron bien pronto en un estado imposible casi de describir. Sin parientes, sin amigos, solo, por decirlo así, sobre la tierra, no habiendo amado aun, pero buscando el amar, estaba agoviado de una superabundancia de vida. Yo me sonrojaba algunas veces repentinamente, y como que sentia correr en mi corazon arroyos de una ardiente lava: otras daba gritos involuntarios, y tanto mis sueños como mis vigiliass turbaban la noche: me

hacia falta alguna cosa para llenar el abismo de mi existencia: bajaba al valle, y me subía á la montaña, llamando con toda fuerza este ideal objeto de una llama futura; yo le abrazaba en el viento, le agarraba en los murmullos del río; todo me representaba esta fantasía imaginaria, los astros en los cielos, y el mismo principio de vida en el universo.

» Sin embargo, no carecía de sus hechizos este estado de calma y de turbación, de riqueza y de indigencia. Yo amaba los delirios á que me inducía, usando aun de los resortes de mi vida.

» Estaba divertido un día en deshojar una rama de sauce sobre un arroyo, y en aplicar una idea á cada hoja que la corriente arrebatava. Un príncipe que teme perder su corona en una súbita revolución, no experi-

menta angustias mas vivas que las que yo esperímenté á cada accidente que sucedía al deshojamiento de mi rama. ¡ Oh debilidad de los mortales! ¡ oh infancia del corazón humano, que jamas se envejece! He aquí, pues, hasta el grado de puerilidad que puede abatirse nuestra soberbia razón; y sin embargo es cierto que muchos hombres ligan su destino á cosas tan frágiles como mis hojas de sauce.

» Mas ¿ como he de manifestar aquella multitud de sensaciones fugitivas que esperímentaba en mis pascos? Los ruidos que hacen las pasiones en el vacío de un corazón solitario, se asemejan al murmullo que los vientos y las aguas hacen resonar en el silencio de un desierto: disfrutamos de él, pero no le podemos pintar.

» Me sorprendió el otoño en medio de estas incertidumbres: entré

con alegría en los sombríos meses de las tempestades. Unas veces hubiera querido ser uno de aquellos antiguos guerreros, errante por medio de los vientos de las nubes y de las fantasmas : y otras llegaba hasta envidiar la suerte del pastor á quien veía calentar sus manos al corto fuego de las malezas que habia encendido en la estremidad de un monte. Escuchaba sus melancólicos cantos, y me recordaban que en todo país es triste el canto natural del hombre, aun cuando espese la felicidad. Nuestro corazón es un instrumento incompleto, una lira falta de cuerdas, y en la que estamos obligados á cantar los acentos de la alegría en el tono consagrado á los suspiros.

» Durante el día me descarriaba por grandes matorrales que terminaban en bosques. Muy poco se necesitaba para

dar pábulo á mis delirios : una hoja seca que arrojaba el viento delante de mí; una cabaña cuyo humo se elevaba en la cima despojada de los árboles; el musgo que temblaba al viento del norte sobre el tronco de una vieja encina; una roca separada, ó un estanque desierto en que murmuraba el marchito junco. Muchas veces atrajo mis miradas el campestre campanario que se elevaba á lo lejos en un solitario valle : muchas he seguido con la vista los pájaros peregrinos que volaban sobre mi cabeza. Se me representaban los términos ignorados, y los climas lejanos donde ellos caminan : hubiera querido tener sus alas : un secreto instinto me atormentaba : conocia que no era yo mismo mas que un viajero ; pero parecia que me decía una voz del cielo : « Hombre, aun » no ha llegado la estación de tu pe-

» regiracion; aguarda á que se le-
» vante el viento de la muerte, y en-
» tónces desplegarás tu vuelo ácia es-
» tas regiones incógnitas, por las que
» anhela tu corazon.»

» ¡ Levantaos pronto, horrascas dese-
» seadas, que debeis conducir á René á
» los espacios de otra vida! Diciendo
» esto, caminaba á largos pasos con el
» rostro encendido, y mi cabellera agi-
» tada por el viento, sin sentir ni la
» lluvia ni la escarcha, encantado, ator-
» mentado, y como poseído por el ene-
» migo de mi corazon.

» Por las noches, cuando venia el
» cierzo á bambolear mi humilde choza;
» cuando un torrente de agua caía sobre
» mi techo, y cuando por entre mi ven-
» tana veía á la luna surcar las nubes
» amontonadas, como un pálido navio
» que hiede las olas, me parecia que
» se redoblaba la vida en el interior de

mi corazon, y que hubiera podido
» crear mundos enteros. ¡ Ah! ¡ si me
» hubiera sido posible dividir con otro
» los transportes que experimentaba!
» ¡ O Dios! ¡ si me hubieras dado una
» muger de mi gusto, ó si me hubieses
» traído por la mano una Eva sacada
» de mí mismo como á nuestro primer
» padre!... me hubiera postrado de-
» lante de ti, belleza celestial: si, me
» hubiera postrado delante de tí, pues
» tomandote despues en mis brazos hu-
» biera pedido al Eterno que te conce-
» diese los restos de mi vida.

» ¡ Ay de mí! yo estaba solo sobre
» la tierra. Se apoderaba de mi cuerpo
» una secreta languidez, y se renovaba
» con mas fuerza aquel disgusto de la
» vida, que habia sentido desde mi mas
» tierno juventud. Ya no suministraba
» mi corazon ideas algunas á mi pensa-
» miento, y solo percibia mi existencia

por el profundo sentimiento de descontento y enfado.

» Luché contra mí mismo mal por algún tiempo, pero con indiferencia, y sin tener la firme resolución de vencerle. No pudiendo por último hallar remedio á aquella extraña herida de mi corazón, que en ninguna parte existía y existía en todo, determiné quitarme la vida.

» ¡ Sacerdote del Altísimo, que estás oyendo, perdona á un desgraciado, á quien el cielo había privado casi de razón! Yo estaba lleno de religión, y raciocinaba como un impio; mi corazón amaba mejor que este á Dios, y mi entendimiento le desconocía; mi conducta, mis discursos, mis sentimientos y mi modo de pensar eran solo contradicción, tinieblas y mentiras. ¡ Ah! el hombre sabe siempre bien lo que quiere; ¿ pero

está siempre seguro de lo que piensa?

» Todo me faltaba á un tiempo, la amistad, el mundo y el retiro. Todo lo había probado, y todo me había sido ingrato. Desechado por la sociedad, y abandonado de Amelia, ¿ que me quedaba ya cuando despues me vino á faltar también la soledad? Esta era la última tabla en que había esperado salvarme, y conocía se iba á sumergir en el abismo.

» Aunque tan determinado á des-
embarazarme del peso de la vida, resolví emplear toda mi razón en este acto insensato. Nada me apresuraba; no determiné de fijo el momento de la partida, con el fin de saborearme largos ratos con los últimos momentos de la existencia, y recoger todas mis fuerzas á ejemplo de un antiguo para conocer la ausencia de mi alma.

» Me era necesario tomar disposi-

eiones por lo tocante á mi fortuna, y me ví obligado á escribir á Amelia. Se me escapáron algunas quejas de su olvido, y dejé sin duda vislumbrar la conmocion que superaba poco á poco á mi corazon. Creía no obstante haber disimulado bien mi secreto; pero mi hermana, acostumbrada á leer en los entresijos de mi alma, lo adivinó fácilmente: se consternó con el violento tono que reinaba en mi carta, y con mis preguntas sobre negocios de que jamas habia hecho caso. En vez de responderme, me vino á sorprender repentinamente en mi soledad.

« Para que podais penetrar bien, o ancianos, cual pudo ser en adelante la amargura de mi dolor, y cuales fuéron mis primeros arrebatos volviendo á ver á Amelia, debeis figuraros que esta era la única persona que yo habia amado en el mundo, y

que todos mis sentimientos se venian á refundir en ella con la dulzura de los recuerdos de mi infancia. Recibí, pues, á Amelia con un éstasis de mi corazon. ¡Tan largo tiempo habia que no hallaba alguno que me comprendiese, y delante de quien pudiese desahogar mi alma!

« Arrojandose Amelia á mis brazos, me dijo bañada en lágrimas: « ¡Ingrato! » ¿quieres morir, viviendo tu hermana? ¿sospechas de su corazon? No te expliques, no te escuses; todo lo sé, todo lo he comprendido como si hubiera estado contigo. ¿Pretendes engañarme á mí? ¿á mí, que he visto nacer los primeros sentimientos de tu vida? ¡Reflexiona tu desgraciado carácter, tus disgustos y tus injusticias! ¡jura en tanto que te estrecho sobre mi corazon, jura que esta es la última vez que te entregas á tus

» locuras! ; haz el juramento de no ir
» jamas contra tu vida! »

» Al pronunciar estas palabras, me miraba Amelia con compasion y ternura, dandome de cuando en cuando dulcissimos y tiernos besucos : era no una madre, sino aun mas tierna todavia. ; Ah! mi corazon volvió á prestarse á todas las alegrías : semejante á un niño, no queria mas que ser consolado : cedi al imperio de Amelia ; exigió un juramento solemne, y le hice sin titubear, y sin que llegase aun á sospechar que pudiese nunca ser desgraciado.

» Estuvimos mas de un mes disfrutando el hechizo de nuestra compañía. Cuando creyendo hallarme solo, oia por la mañana la voz de mi hermana, experimentaba en mí un dulce estremecimiento de alegría y de felicidad. Habia recibido Amelia de la natura-

leza cierta cosa divina en todo; su alma tenia las mismas inocentes gracias que su cuerpo; era infinita la dulzura de sus sentimientos; no habia en su espíritu cosa alguna que no fuese suave, y un poco pensativa: se podia decir que conspiraban á esto como de acuerdo su corazon, su pensamiento y su voz: tenia la timidez y amor propios de la muger, y la pureza y melodía de un ángel.

» Pero llegaba ya el punto en que iba yo á espiar las inconsecuencias de mi vida. Habia persistido en mi delirio hasta desear experimentar una desgracia para tener á lo menos un objeto real de sufrimiento. ¡Espantoso deseo, cuyas voces no deja nunca Dios de oír en medio de su cólera!

» Mas ¿que voy yo á revelaros, sabios amigos míos? ved las lágrimas que corren de mis ojos, pues yo mismo...

Algunos días hace que nada hubiera bastado para arrancarme este secreto; pero al presente se acabó ya todo.

» No obstante, augustos ancianos, sea para siempre sepultada en el silencio esta historia. Acordaos de que solo la he contado bajo el árbol del desierto.

» Se acababa el invierno, cuando percibí que Amelia perdía progresivamente el reposo y la salud que ella empezaba á darme. Iba enflaqueciendo, se la hundían los ojos, su andar era muy decaído, y muy turbada su habla. La cogí un día de repente bañada en lágrimas al pié de un crucifijo. La noche, el día, el mundo, la soledad, mi ausencia, mi presencia, todo la consternaba. Venían á espirar sobre sus labios suspiros involuntarios; unas veces daba una larga carrera sin cansarse; otras apenas se podía

sostener; tomaba y dejaba su labor; abría un libro sin poder leerle; comenzaba un período, y no le acababa; se anegaba repentinamente en lágrimas, y se retiraba para orar.

» En vano procuraba yo descubrir su secreto. Cuando la preguntaba estrechandola entre mis brazos, me respondia sonriendose, que estaba como yo, y que no sabia lo que tenia.

» Tres meses se pasaron de esta manera, y cada dia se empeoraba mas. El origen de sus lágrimas era á mi parecer una correspondencia misteriosa, pues segun las cartas que recibia, parecia mas tranquila ó mas conmovida. Por último, una mañana habiendose ya pasado la hora en que nos desayunábamos juntos, subí á su habitacion: llamé, y no se me respondió: entreabrí la puerta, y no habia nadie en el aposento.

» Divisé sobre la chimenea un pliego
 con sobreescrito para mí. Le cogí tem-
 blando, le abrí, y lei esta carta que
 he conservado para privarme en lo su-
 cesivo de todo motivo de alegría.

« El cielo me es testigo, mi querido
 » René, de que daría mil veces mi vida
 » por librarte de un solo momento de
 » afliccion; pero por mi desgracia no
 » puedo hacer nada en tu favor. Me
 » perdonarás el haberme ausentado de
 » tu casa sin que lo supieses, como
 » una delincuente: no hubiera podido
 » dejar de asentir á tus súplicas, y me
 » era por otra parte forzoso el partir.
 » ¡Oh Dios, tened compasion de mí!
 » Bien sabes, hermano mío, que
 » siempre tuve inclinacion á la vida
 » religiosa; y es tiempo de que me
 » aproveche de las advertencias del

» cielo. ¿Porque he aguardado á tan
 » tarde? Dios me castiga. Por tí habia
 » yo permanecido en el mundo.....
 » Perdoname: el pesar de dejarte toda
 » me tiene turbada.

» Ahora es, querido hermano mio,
 » cuando conozco á fondo la necesidad
 » de aquellos asilos, contra los cuales
 » te he oído declamar muchas veces.
 » Creeme, hay desgracias que nos
 » separan para siempre de los hom-
 » bres. ¿Que será de los pobres des-
 » graciados?..... Yo estoy persuadida
 » á que tú mismo, hermano mio, tú
 » mismo hallarías el reposo en estos
 » retiros de la religion. La tierra no
 » ofrece cosa que sea digna de tí.

» No te acordaré yo tu juramento; ^(R)
 » conozco la fidelidad de tu palabra:
 » la has jurado, y vivirás por mí. ¡Ah!
 » ¿que cosa hay mas miserable que
 » el pensar continuamente en dejar la

» vida? Para un hombre de tu carácter
 » no hay cosa mas cómoda que el morir: creeme, es mas penoso el vivir.

» Pero, hermano mio, sal cuanto
 » antes de la soledad, que no te es
 » buena: busca alguna ocupacion. Sé
 » que te ries amargamente de la necesidad que hay, segun creen en Francia,
 » de *tomar un estado*: no menosprecies tanto la experiencia y sabiduria
 » de nuestros padres. Mejor es, mi
 » querido René, parecernos un poco
 » mas al comun de los hombres, y
 » tener un poco menos de desgracia.

» Tal vez hallarias en el matrimonio
 » un remedio á tus enfados. Una muger
 » y unos hijos divertirian tus dias. ¿Y
 » que muger no procuraria hacerte
 » feliz? La fogosidad de tu alma y la
 » belleza de tu ingenio, tu aire noble
 » y apasionado, ese mirar tan altivo y
 » tierno, todo te aseguraria de su fide-

» lidad y de su amor. ¡Ah! ; con que
 » delicias no te estrecharia ella en sus
 » brazos y sobre su corazon! ; como
 » echaria sobre ti todas sus ojeadas y
 » pensamientos para prevenir tus me-
 » nores deseos, y aliviar tus mayores
 » penas! Seria á tu vista toda amor y
 » toda inocencia: te pareceria que
 » habias hallado otra hermana.

» Yo marchó al convento de.... Este
 » monasterio construido á orillas del
 » mar conviene á la situacion de mi
 » alma. Oiré por la noche desde lo
 » interior de mi celdilla el murmullo
 » de las olas que bañan los muros del
 » edificio; me acordaré de aquellos
 » paseos que daba contigo por medio
 » de los bosques, cuando creíamos oír
 » el ruido de los mares en la agitada
 » copa de los pinos. Amable compañero
 » de mi infancia, ¿es esto lo mismo
 » que el no volverte á ver? Apenas

» tenía mas edad que tú, cuando te
 » mecia en la cuna; muchas veces
 » hemos dormido juntos. ¡Ah! ¡si un
 » mismo sepulcro nos reunirá algun
 » día! Pero no; yo debo dormir sola
 » bajo los helados mármoles de aquel
 » santuario donde descansan para siem-
 » pre las hijas que nunca han amado.
 » No sé si podrás leer estas líneas
 » harradas con mis lágrimas. Además
 » de que, amigo mio, ¿no era preciso
 » separarnos un poco antes ó un poco
 » despues? Mas ¿que necesidad tengo
 » yo de hablarte de la incertidumbre
 » y poco valor de la vida? Trae á
 » tu memoria al jóven del T..... que
 » pereció en la isla de Francia. Cuando
 » recibiste su última carta, algunos
 » meses despues de su muerte, ni aun
 » existían ya los despojos de su cuerpo;
 » y el instante que daba principio á tu
 » duelo en Europa, era el en que le

» concluían sus amigos en Indias. ¿Que
 » es, pues, el hombre, si su memoria
 » se borra tan pronto que no pueden
 » saber su muerte algunos de sus ami-
 » gos, sino cuando estan ya consola-
 » dos los otros? ¿Que! querido y mi
 » muy querido René, ¿se borraría tan
 » prontamente de tu corazon mi me-
 » moria?..... ¡Oh, hermano mio! si
 » yo me ausento de ti ahora, es para
 » no separarme de ti en la eternidad.
 » — AMELIA. — P. D. Aquí añado
 » la donacion de mis bienes; espero
 » no desecharás esta señal de mi
 » amistad. »

» Un rayo que hubiese caido á mis
 » piés no me hubiera causado mas alte-
 » ración que esta carta. ¿Que secreto me
 » ocultaba Amelia! ¿quien la obligaba
 » á abrazar tan repentinamente la vida
 » religiosa? ¿me habia ligado de nuevo
 » á la existencia por medio del encanto

de la amistad, para abandonarme de repente? Ah! ¿porque vino á apartarme de mi designio? Un frío movimiento de compasion la habia vuelto á llamar ácia mí: pero cansada bien presto de una triste obligacion, se apresura á dejar á un desgraciado, que á nadie mas que á ella tenia sobre la tierra. Se cree hacer lo posible cuando se impide á un hombre la muerte..... Tales eran mis quejas. Dando despues una vuelta sobre mí mismo, decia: ¡Ingrata Amelia! si tú hubieras estado en mi lugar: si, como yo, hubieras estado agoviada con el vacío de tus dias, no, no te hubiera abandonado tu hermano!

» Sin embargo, cada vez que volvía á leer la carta, hallaba un no sé que tan triste y tan tierno, que derretía todo mi corazón. Repentinamente me sobrevino una idea que me dió alguna

esperanza. Imagíneme que Amelia se habria apasionado tal vez por algun hombre de condicion inferior, y que no se atrevia á confesarlo, á causa de la vanidad de nuestra familia. Parecia que me indicaba esta sospecha su melancolia, su misteriosa correspondencia, y el aire de pasion que respiraba su carta. La escribi inmediatamente para darla las quejas mas tiernas, y suplicarla que me declarase su corazón, y que no sacrificase la felicidad de su vida á parientes que casi le eran estraños.

» No tardó en responderme diciendo, que estaba ya determinada, que habia obtenido la dispensa del noviciado, y que iba á pronunciar sus votos inmediatamente. Concluía añadiendo: « Yo he despreciado demasiado á nuestra familia: á tí es á quien únicamente he amado: amigo mio, Dios

» no aprueba esas preferencias, y hoy
» me castiga.»

» Esta carta me inspiró un movimiento rabióso: la obstinacion de Amelia, el misterio de sus palabras, y la poca confianza en mi amistad, me conmovieron en gran manera.

» Despues de haber titubendo un poco acerca de la determinacion que debía tomar, me resolví ir á B.... con el designio de retardar á lo menos el sacrificio, si no podia impedir su cumplimiento.

» Se hallaba á un lado de mi camino la tierra en que me había criado. Cuando divisé desde él aquellos bosques donde había disfrutado los únicos momentos dichosos de mi vida, no pude contener mis lágrimas, y me fué imposible resistir á la tentacion de darla la última despedida. Me desvié, pues, un instante para cumplir aquella sagrada peregrinacion.

» Mi hermano mayor había vendido la herencia paternal, y el nuevo propietario no la habitaba. Llegué al castillo por la larga calle de abetos; atravesé á pié los patios desamparados: me detuve silencioso á mirar las cerradas y medio rotas ventanas, el cardo que crecía al pié de los muros, las hojas que estaban derranadas en el umbral de las puertas, y aquella solitaria galeria en que había visto tantas veces á mi padre y á sus fieles criados. Los escalones estaban ya cubiertos de musgo, el amatillo aleli crecía entre sus desnudas y movedizas piedras. Un guarda desconocido me abrió desapidablemente la puerta. Como no me determinaba á pasar del umbral, me dijo: « Bien! á vos os va á suceder lo que á aquella estrangera que vino aquí hace algunos dias, que al ir á entrar se quedó pálida y trémula, y

» fué preciso llevarla á su carruage. »
 Me fué fácil reconocer á la *extranjería*,
 que habia venido asi como yo á buscar
 en aquellos lugares lágrimas y recuer-
 dos. Cubriendo mis ojos con mi pa-
 ñuelo, entré en la habitacion de mis
 antepasados. Recorri las sonoras habi-
 taciones, donde solo oia el ruido de
 mis pasos, y que no estaban alum-
 bradas mas que con la débil luz que
 pasaba por entre los postigos cerrados.
 Estuve en la alcoba donde perdió mi
 madre la vida cuando me echó al
 mundo; aquella donde se retiraba mi
 padre; donde habia yo dormido en
 mi cuna; y la pieza en que habia re-
 cibido la amistad mis primeros votos
 en el seno de una hermana..... Todas
 las salas estaban descolgadas, y la
 araña hilaba sus telas en las aband-
 onadas tarimas. Sali precipitadamente
 de aquellos lugares, y me alejé á lar-

gos pasos, sin atreverme á volver la
 cabeza. ¡Que dulces, pero que rápi-
 dos son los momentos que los herma-
 nos y hermanas pasan en sus tiernos
 años, reunidos bajo las alas de sus
 ancianos padres! La familia del hom-
 bre dura un solo día; el soplo de Dios
 la dispersa como el humo; apénas
 conoce el hijo al padre, el padre al
 hijo, el hermano á la hermana, la her-
 mana al hermano. La encina vé bro-
 tar al rededor sus agallas, pero no asi
 á sus hijos los hijos de los hombres.

» Llegando á B... me dirigí al con-
 vento, y solicité hablar con mi her-
 mana. Me respondieron que no reci-
 bia á persona alguna. La escribí, y
 me respondió que no la era lícito dar
 un solo pensamiento al mundo, en el
 punto mismo en que se iba á consagrar
 á Dios; que si la amaba, procurase no
 afligirla con mi dolor. Añadia: « Sin

» embargo si quieres comparecer ante
 » el altar el dia de mi profesion, di-
 » gnate servirme allí de padre; este
 » es el único papel correspondiente á
 » tu valor, y el mas adecuado á nues-
 » tra amistad, y á mi paz misma. »

» Aquella fria firmeza que oponia á todo el fuego de mi amistad, me indujo á violentos arrebatos. Unas veces iba ya á volver pié atras; otras me determinaba á permanecer tan solo por turbar la pompa. El infierno llegaba hasta sugerirme el pensamiento de darme de puñaladas en la iglesia, y mezclar mis últimos suspiros con los votos que me iban á arrebatarse á mi hermana. La superiora del convento hizo que me avisasen que se habia preparado un banco en el santuario, y me convidaba á asistir á la ceremonia, que habia de empezar desde el dia siguiente.

» Al rayar el alba, oí la primera señal de las campanas, que anunciaba el sacrificio. A cosa de las diez me fui al monasterio muy despacio, y como con una especie de agonía..... Ninguna cosa puede ser mas trágica que la asistencia á semejantes espectáculos, ni ninguna mas dolorosa que sobrevivir á ellos.

» Llenaba la iglesia un pueblo inmenso: me condujeron al banco del santuario, en el que me dejé caer sin saber casi donde estaba, ni á que resolverme. Ya esperaba el sacerdote en el altar: abrese de repente la misteriosa reja, y se adelanta Amelia adornada con todas las pompas del mundo. Estaba tan hermosa, y tenía sobre su rostro un no sé que tan divino, que escité un movimiento de admiración y de sorpresa. Aterrado por el glorioso dolor de la virtuosa,

y abatido por las grandezas de la religion, se desvaneciéron todos mis violentos proyectos; me abandonó mi fuerza; me senti cogido por una mano toda poderosa, y solo hallé en mi corazon profundas adoraciones, y los gemidos de la humildad en vez de las blasfemias y amenazas.

» Se colocó Amelia bajo un dosel que habian dispuesto para ella. Comenzó el sacrificio al resplandor de cien luces, y en medio de flores y perfumes para hacer mas agradable el holocausto. Al ofertorio se quitó el sacerdote sus ornamentos, se quedó solo con sobrepelliz, subió al pulpito, y pintó en un sencillo y patético discurso la felicidad de la vida religiosa, las tribulaciones del mundo, y la paz de la virgen que se consagraba al Señor. Cuando pronnció aquellas palabras: *Ella ha parecido como el in-*

ciento que se consume en el fuego, parecia que se estendia por el auditorio una grande calma, que se percibian olores celestiales, que se hallaba uno al abrigo y bajo las alas de la paloma mistica, y que estaba viendo bajar ángeles sobre el altar, y subir ácia los cielos con perfumes y coronas.

» Acaba el sacerdote su discurso, vuelve á tomar sus vestiduras, y continúa el sacrificio. Sostenida Amelia de dos jóvenes religiosos, se pone de rodillas en la última grada del altar. Viene á buscar entónces para cumplir las funciones paternales. Al ruido de mis vacilantes pasos en el santuario estuvo Amelia casi para desfallecer. Me ponen al lado del sacerdote para alargarle las tijeras. Sentí renacer mi arrebató en este instante; iba á centellear mi furor, cuando reu-

niendo Amelia su valor, me echó una mirada tan llena de zaherimiento y dolor, que me quedé aterrado. ¡La religion triunfa! se aprovecha mi hermana de mi torbacion, y alarga valerosamente la cabeza: por todas partes se sujeta al hierro sagrado su hermosa y soberbia trenza; sustituye á los adornos del siglo una vestidura larga de estameña, que la hacia no menos hechicera; ocultanse bajo una toca de lino los enfados de su frente, y cubre su despojada cabeza con el misterioso velo, doble simbolo de la virginidad y de la religion. Jamas habia parecido tan hermosa: el ojo de la penitencia estaba fijo sobre el polvo del mundo, y su alma estaba en el cielo.

« No obstante, aun no habia pronunciado Amelia sus votos, y para morir al mundo era preciso que pasase como por medio del sepulcro. Se

tiende sobre el mármol; estienden sobre ella un paño de tumba, y señalan las cuatro esquinas cuatro hachas fúnebres. Empieza el sacerdote, con la estola al cuello y el libro en la mano, el oficio de difuntos, que prosiguen vírgenes jóvenes. ¡ Oh alegrías de la religion, que grandes y que terribles sois! Me habian hecho poner de rodillas junto á aquel fúnebre aparato: sale repentinamente un confuso murmullo por debajo del velo sepulcral: me inclino, y llegan á mis oidos estas espantosas palabras (que nadie sino yo pudo oir): « ¡ Dios de las misericordias, haz que yo jamas me levante de este lecho fúnebre, y colma de bienes á un hermano que no ha tenido parte en mi pasion! »

« A estas palabras que salieron de lo profundo del féretro, me iluminaba la verdad; estraviase mi razon;

me dejó caer sobre el paño de la muerte; cojo á mi hermana en mis brazos, y grito: « ¡ Casta esposa de
» Jesucristo, recibe mis últimos abra-
» zos entre los fielos de la muerte y
» las profundidades de la eternidad,
» que te separan ya de tu hermano! »

« Este movimiento, este grito, y estas lágrimas turban la ceremonia; se interrumpe el sacerdote; aterradas las religiosas cierran la reja; la multitud se conmueve; se dirige apresuradamente ácia el altar, y me llevan sin conocimiento. ¡ Ah! ¡ que poco debo á los que me restituyéron á la vida! Luego que volví en mí, supe que se había consumado el sacrificio, y que se había apoderado de mi hermana una fiebre ardiente. Ella hacia que me rogasen que jamás intentase volverla á ver... ¡ Oh miseria de mi vida! una hermana temia hablar á un hermano, y un her-

mano tenia miedo de hacer oír su voz á una hermana. Salí de aquel monasterio como de un lugar de espacion, donde las llamas nos disponen para la vida celestial, y donde así como en el infierno temporal de los justos se vive solo por la esperanza.

« Una desgracia personal se sobrelleva, sea la que quiera; pero una desgracia de la que somos causa involuntaria, y que hiere á una victima inocente, es la mayor de todas las calamidades. Guiado por los males de mi hermana, se me representaba todo lo que ella habria sufrido á mi lado; siendo una victima tanto mas desgraciada, en cuanto la pureza de mi ternura debia serla odiosa y amable á un mismo tiempo, y que atraida á mis brazos por un sentimiento era rechazada por otro.

« ¡ Que combates en su interior!

¡ que esfuerzos no habia hecho ella ! Unas veces se queria alejar de mí , y no tenia fuerzas ; otras tenia mi vida , y temblaba por ella y por mí . Yo me vituperaba mis mas inocentes caricias , y me horrorizaba . Volviendo á leer la carta de la desgraciada (¡ que misterios contenia !) , percibi que sus húmedos labios habian estampado en ella mas huellas que las de sus lágrimas . Entónces se desenvolviéron para mí muchas cosas que no habia podido comprender ; aquella mezcla de alegría y tristeza que Amelia manifestó al tiempo de partir á mis viages ; el cuidado que tuvo de huir de mí cuando volví , y aquella flaqueza que por tanto tiempo la impidió entrar en un monasterio , sin duda la habian lisonjeado con la esperanza del remedio . Sus proyectos de retirarse del mundo , y la disposicion de sus bienes en mi favor habia

sido igualmente causa de aquella correspondencia secreta , que sirvió para mi engaño .

» ¡ Oh mis antiguos amigos ! ¡ entónces fué cuando supe lo que era derramar lágrimas por un mal que no era imaginario ! Se abalanzáron con furor sobre esta primera presa mis pasiones indeterminadas por tan largo tiempo . Aun hallé una especie de satisfaccion inesperada en la plenitud de mi pesar , y percibi con un secreto movimiento de alegría , que el dolor no es una afeccion que se agota como el placer .

» Yo habia querido dejar al mundo ántes que el Todopoderoso lo dispusiese , y este era un grande delito . Dios me habia enviado á Amelia para librarme , y castigarme á un mismo tiempo . De este modo arrastran tras sí los desórdenes y las desgracias todo

pensamiento culpable, y toda accion criminal. Amelia me pedia que viviese, y yo no debía agravar sus males: por otra parte (¡cosa estraña!) no habia vuelto á desear la muerte desde que era desgraciado. Mi pesar habia llegado á ser una ocupacion que llenaba todos mis momentos. ¡Tan mezclado está mi corazon con la melancolia y la miseria!

» Tomé, pues, súbitamente otra resolucion; me determiné á dejar la Europa, y pasar á la América.

» A este mismo tiempo se estaba equipando en el puerto de N..... una flota para la Luisiana; me compuse con uno de los capitanes de los navios, hice sabedora de mi proyecto á Amelia, y traté de mi viage.

» Mi hermana habia estado á las puertas de la muerte; pero Dios que la tenia preparada la primera palma

de las vírgenes, no quiso llamarla á sí tan pronto; su prueba en este mundo fué diferida por mas tiempo: habiendo entrado por segunda vez en la penosa carrera de la vida, se entregó valerosamente como una heroína, encorvada con su cruz, al rigor de los dolores, no viendo en el combate mas que el triunfo, y el exceso de la gloria en el exceso de los sufrimientos.

» La venta de los pocos bienes que me quedaban, y cedi á mi hermano, los muchos preparativos de un convoy, y los vientos contrarios me detuvieron mucho tiempo en el puerto. Todas las mañanas iba á informarme del estado de Amelia, y siempre sacaba nuevos motivos de admiracion y de llanto.®

» Vagaba sin cesar al rededor del monasterio construido á orillas del mar. Percibia muchas veces en una pequeña ventana enrejada, que daba á una playa

desierta, una religiosa sentada en una actitud pensativa, que registraba la superficie del Océano, donde aparecía algun navio que surcaba junto á las estremidades de la tierra. Muchas veces la volví á ver al enrejado de la misma ventana con la claridad de la luna, y observé estaba contemplando la mar iluminada por el astro nocturno, y parecia que aplicaba el oído al ruido de las olas que se estrellaban tristemente en las solitarias orillas.

» Creia aun oirlas cuando en medio de la noche llamaba á las religiosas la campana para que velasen y orasen. Mientras tania con lentitud, y se congregaban las virgenes silenciosamente en el coro, corria yo ácia el monasterio: estando allí solo al pié de las murallas, y en medio de las tinieblas de la noche, escuchaba con un santo éxtasis los últimos acentos de los cán-

nicos, que se mezclaban bajo las bóvedas del templo con los endebles ruidos de las lejanas olas.

» Yo no sé como todas estas cosas en vez de aumentar mis penas me estimulaban de cada dia mas. Mis lágrimas eran menos amargas cuando las derramaba sobre los peñascos y en medio de los vientos. Mi mismo pesar, extraordinario por su naturaleza, traía consigo algun remedio. Nos gocijamos de cuanto no es comun á los demas, aun cuando sea una desgracia. Llegué casi á concebir alguna esperanza de que mi hermana seria menos miserable con el tiempo.

» Parecia que me confirmaba estas ideas una carta que recibí de ella por entónces. Amelia se quejaba tiernamente de mi dolor, y me aseguraba que el tiempo disminuiria el suyo. « Yo no desespero, decia, de mi feli-

» ciudad: el exceso mismo del sacrificio,
 » ahora que está ya consumado, sirve
 » para volverme alguna paz. La sen-
 » cillez de mis compañeras, la pureza
 » de sus votos, el arreglo de nuestra
 » vida, y todo cuanto hay esperece
 » bálsamo sobre mis días. Cuando oyo
 » bramar las tempestades, y que aletea
 » sobre mi ventana el pájaro de mar,
 » yo, pobre paloma del cielo, re-
 » flexiono la felicidad que he tenido
 » en hallar un abrigo contra la tem-
 » pestad. Aquí se respira cierta cosa
 » divina, y un aire tranquilo que no
 » interrumpe el soplo de las pasiones;
 » esta es la montaña santa, y la cum-
 » bre elevada desde donde se oyen
 » los últimos ruidos de la tierra, y
 » los primeros conciertos del cielo;
 » aquí entretiene dulcemente la reli-
 » gion á una alma sensible; sustituye
 » en vez de los amores mas violentos

» una especie de castidad ardiente,
 » por la cual se reunen la amante y la
 » vírgen. Agota los sollozos, enciende
 » una llama incorruptible donde arde
 » una hoguera mortal; mezcla divi-
 » namente su paz y su inocencia con
 » los restos de la confusion y del de-
 » leite de un corazon que busca su
 » reposo, y de una vida que se huye. »
 » No sé lo que el cielo me tiene
 » preparado, ó si en esta ocasion me
 » quiso dar á entender que las borras-
 » cas acompañarán todos mis pasos. Ya
 » estaba dada la orden para hacerse la
 » flota á la vela; muchos navios se ha-
 » bían dispuesto ya al ponerse el sol, y
 » yo me habia preparado para pasar la
 » última noche en tierra, á fin de es-
 » cribir mi carta de despedida á Ame-
 » lia. Cerca de la media noche, cuando
 » yo me empleaba en este triste cuidado,
 » y mientras que humedecia el papel con

mis lágrimas, llegó de repente á mis oídos el ruido de los vientos. Escucho, y en medio de la tempestad distinguo los tiros del cañon de alarma, mezclados con los tañidos de la campana monástica. Vuelo á la ribera que estaba desamparada, sin oírse en ella mas que el bramido de las olas, y me senté allí sobre un peñasco. Por un lado se estendian las brillantes olas, por otro parecia que subian en masa hasta los cielos los sombríos muros del monasterio: aparecía una pequeña luz en la ventana enrejada, y veo que eras tú, Amelia mía, que postrada á los piés de un crucifijo pedias al Dios de las tempestades librase de ellas á tu desgraciado hermano.... ¡Ah, que amargo contraste agitaba mi inconsolable corazón! La borrasca sobre las olas; la paz en su retiro; hombres estrellados sobre los escollos al pié del

asilo que nada puede turbar; lo infinito al otro lado del muro de una celda, así como solo se halla la piedra del sepulcro entre la eternidad y la vida; los agitados faroles de los navíos; el farol inmóvil del convento, humilde, pero cierto, dirigiendo sin peligros á la religiosa á una tierra celestial; la incertidumbre de los destinos del navegante; la vestal poseyendo bajo un mismo techado su lecho y su sepulcro, y conociendo en un solo dia todos los dias faturos de la vida; por otra parte una alma como la tuya, o Amelia, dilatada y tempestuosa como el Océano, un naufragio mas horrible que el del marinero.... Toda esta pintura está grabada profundamente en mi memoria..... Sol de este nuevo cielo, testigo al presente de mis lágrimas, ecos de las riberas americanas, que repetis los

acentos de René; ¡ con cuan acerbo dolor vi yo á la mañana siguiente de aquella terrible noche, recostado sobre el castillo de proa de mi navio, alejarse para siempre mi tierra natal, y contemplé sobre la costa los últimos bamboleos de los árboles patrios, y las fábricas del monasterio que se bajaban ácia el horizonte! »

Luego que René acabó de contar su historia, sacó un papel del pecho, y se le alargó al padre Souel. Arrojandose despues á los brazos de Chaetas, y ahogando sus sollozos, dió al misionero el tiempo suficiente para leerle.

Era una carta de la superiora de.... Contenia la relacion de los últimos momentos de la *hermana Amelia de la Misericordia*, victima de su celo y de su caridad en la asistencia de sus compañeras acometidas de una enfer-

medad contagiosa. Toda la comunidad estaba inconsolable, y miraban allí á Amelia como á una santa: añadia la superiora, que despues de treinta años que hacia que gobernaba la casa, no habia visto religiosa de un genio tan dulce y tan igual, ni que mas se alegrase de dejar las tribulaciones de este mundo.

El anciano Chaetas apretaba á René entre sus brazos, y lloraba. « Querido » mio, dijo á su hijo, quisiera que » estuviere aquí el Padre Aubry; no » sé que paz sacaba del fondo de su » corazon, pues parecia que al paso » que calmaba las borrascas como que » las desconocía: era la luna en una » noche tempestuosa, á quien las nu- » bes errantes no pueden sobrepujar » en su carrera; pura é inalterable se » adelanta tranquila por encima de » ellas. ¡ Ah! por lo que á mí toca;

» todo me turba, y me arrastra. »

Hasta entónces habia estado oyendo la historia de René el padre Souel con un semblante austero, y sin proferir una sola palabra. Tenia en su interior un corazon compasivo, pero manifestaba esteriormente un carácter inflexible: la sensibilidad de Sachem le hizo romper por último su silencio: « Nada, dijo él al hermano de Amelia, » nada merece en esta historia la compasion que aquí se os muestra. Yo » veo un jóven lleno de ilusiones, á » quien todo desagrada, y que se ha » apartado de las cargas de la sociedad » por entregarse á inútiles delirios. » Señor, un hombre no es superior » porque perciba el mundo bajo un » aspecto odioso: nosotros solo aborrecemos á los hombres y á la vida » por no ver lo distante. Estended » un poco mas vuestras miradas, y os

» convenceréis bien pronto de que » todos esos males de que os quejais » son nada en sustancia. Pero ¿ que » oprobio el que no se pueda pensar » en la única desgracia real de vuestra » vida, sin que resalte la vergüenza! » Toda la pureza, toda la virtud, toda » la religion, y todas las coronas de » una santa apénas hacen tolerable la » idea de vuestras melancolias. Vuestra » hermana ha espiado su falta; » pero, si he de decir mi sentir, temo » que por una espantosa justicia no se » ha apoderado de vuestra alma, á » vista de su muerte, un reconocimiento salido del seno de la tumba. » ¿ Que haceis solo en lo interior de » los bosques, donde consumis vuestros » dias despreciando todas vuestras » obligaciones? Me diréis que ha habido » santos que se han sepultado en » los desiertos. Si, señor, aquellos es-

» taban con sus lágrimas, y empleaban
 » en apagar sus pasiones el tiempo que
 » vos perdeis en dar pábulo á las vues-
 » tras. ¡ Joven presuntuoso ! ¿ habeis
 » creído que el hombre puede bas-
 » tarse á sí mismo ? La soledad es mala
 » para el que no vive con Dios ; redob-
 » bla las fuerzas del alma al mismo
 » tiempo que le quita todo motivo de
 » ejercicio. Cualquiera que ha reci-
 » bido algunas fuerzas, las debe em-
 » plear en el servicio de sus seme-
 » jantes : si deja que sean inútiles,
 » inmediatamente es castigado por una
 » secreta miseria, y tarde ó temprano
 » le envia el cielo un castigo espan-
 » toso. »

Turbado todo con estas palabras,
 levantó René del seno de Chaetas su
 humillada cabeza : el ciego Sachem
 comenzó á sonreirse, y aquella sonrisa
 de la boca, que no iba unida con la de

los ojos, tenia alguna cosa de miste-
 riosa y celestial. « Hijo mio, dijo el
 » antiguo amante de Atala, él nos ha-
 » bla severamente ; corrige al anciano
 » y al joven, y tiene razon. Sí, es
 » menester que dejes ese extraño modo
 » de vivir, que no acarrea mas que in-
 » quietudes : la felicidad se encuentra
 » en los caminos trillados.

» Estando un dia el Meschacebe
 » aun muy cerca de su origen, se cansó
 » de ser tan solo un cristalino arroyo.
 » Pidió nieves á las montañas, aguas á
 » los torrentes, lluvias á las tempe-
 » tades, y llegó á reunir un caudal in-
 » menso. Traspasa en breve sus ribe-
 » ras, y asola sus encantadoras orillas.
 » Jactóse luego el orgulloso arroyo de
 » su poder ; pero viendo que inmedia-
 » tamente quedaba todo desierto, que
 » corría abandonado en una grande
 » soledad, y que siempre estaban tur-

» bias sus aguas, lloró amargamente
 » no solo el primero y el humilde le-
 » cho que había formado la naturaleza,
 » sino la pureza de su primera cor-
 » riente, y los pájaros, flores, árboles,
 » y arroyuelos amables, compañeros
 » inseparables de sus aguas en tiempos
 » pasados y á los principios de su
 » vida. »

Dejó de hablar Chactas, y se oyó la voz del *flamante*, que retirado en las cañas del Meschacébe anunciaba una tempestad ácia el medio del día. Levantáronse los tres amigos para volverse á sus cabañas: René caminaba silencioso entre el misionero que oraba á Dios, y el ciego Sachem que buscaba su camino. Su dice que obligado por los dos ancianos volvió á habitar con su esposa, pero sin hallar con ella la felicidad que buscaba. Perció poco tiempo despues con Chactas y el Padre

Souel, en la mortandad de los franceses y natches en la Luisiana: aun se manifiesta allí una peña donde, al ponerse el sol, iba á sentarse.

FIN DE RENÉ.

JANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CENTRO DE BIBLIOTECAS

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO DE INVESTIGACIÓN Y BIBLIOTECAS



DE NUEV

BIBLIOTEC